

ASEFIXIA



UNA NOVELA NEGRA DE ASESINATOS EN SERIE



D.J.57

**RAÚL
GARBANTES**

Asfixia

Raúl Garbantes

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2018 Raúl Garbantes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

Últimas publicaciones del autor:

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Capítulo 1

Unos días más tarde, el teléfono del inspector Guillermo Goya sonaría a las 4:02 de la mañana. Todavía entre sueños, Goya adivinaría el motivo de esa llamada: de madrugada, nunca se reciben buenas noticias. Levantaría el tubo y la voz del otro lado le anunciaría lo que él intuía: alguien fue asesinado. Será la voz de Aneth, inconfundible a pesar de la hora.

Esa noche, la voz de Aneth vendrá a librarlo de la pesadilla de todas las noches. Porque otra vez, como casi siempre, Goya habrá soñado con Pérez. Con el momento exacto en que su antiguo compañero, Javier Pérez, fue asesinado. Así que, más que un sueño o una pesadilla, es una reproducción exacta de aquel terrible recuerdo. Es exacta, solo que transcurre como en cámara lenta: Pérez, que en el sueño lleva puesto el traje azul y la camisa hawaina por la que fue merecedor de tantas bromas en el Departamento, entra en el callejón de la 59 y no llega a desenfundar; se oyen dos balazos, y Pérez que cae lento, con la mano agarrada a la cartuchera y la camisa roja de sangre. Dos tiros y los ojos del asesino, los ojos satisfechos y provocadores del Fraile, que lo miran a Goya desde una furgoneta que ahora acelera, y Pérez que murmura: «Atrápalo». Y para cuando la cabeza toca el piso, Pérez ya está muerto, ni supo de dónde le llegó la parca. Y Goya que se queda junto a él en lugar de perseguir al asesino, porque si fuera otro el que se desangrase en sus manos, tal vez lo dejaría, pero es Pérez: no puede..., cómo lo va a dejar. «Atrápalo», repite la voz de Pérez. «Atrápalo».

Entonces, a pesar del motivo de su llamada, la voz de Aneth será liberadora porque habrá de rescatarlo de aquel sueño recurrente. El motivo, en este caso, ha sido el supuesto asesinato de una mujer, una tal Lily, Lily algo, Goya no ha podido escucharlo bien. Solo ha tomado una nota mental del domicilio donde ocurrió el crimen. En diez minutos salgo, va a decir.

—¿Otra vez soñando con su compañero, jefe? —preguntaría la voz un tanto

masculina de Aneth. Por teléfono, siempre suena así. O será que Goya todavía no acaba de despertarse, o será la resaca que percibe apenas intenta despegar la cabeza de la almohada.

Goya colgaría sin hacer comentarios. Le asusta la capacidad de deducción de esa novata. Quizá sea ese sexto sentido que tienen las mujeres.

Esto ocurrirá unos días después. Y será el primer asesinato de una serie de quién sabe cuántos.

Sin embargo, ahora el cielo recién se ha apagado. La luz de su TV es un tajo en el silencio oscuro del apartamento. El teléfono mudo. Tres cubitos se derriten en su vaso. Goya vuelve a cargarlo: en unos días deberá reabastecerse. Y otra vez tendrá que soportar el reproche de Aneth, los consejos de una novata que cree que entiende algo de la vida, que piensa que lo conoce porque comparte con él algunas horas al día. Si ni siquiera sabe que no ve a su hija desde la vez esa en el hospital, cuando se recuperaba de aquellas heridas de bala y Laura se apareció para después no volver a verlo; no sabe Aneth que desde aquel día él y Laura no han vuelto a hablar. Y sin embargo, se cree con la autoridad suficiente, por el solo hecho de ser compañeros, a opinar, a acosarlo con lo del *whisky* y tanta palabrería que cansa. Goya da un trago largo y se queda jugando con un cubito en la boca. Tal vez se acueste sin cenar.

Ahora, a unas doce calles del apartamento del inspector Goya, Lorenzo Gracia descorcha un malbec y espera ansioso a que Lily sirva la cena. Es una noche de tantas en Sancaré: calurosa, húmeda. Lily vive, porque el tiempo es estricto y la llamada no ha ocurrido todavía. Aún no han pasado los días y aún Aneth no ha debido llamar al inspector Goya informándole que la encontraron muerta en la bañera. Entonces, con esa condición propia que tienen los vivos de ignorar lo que sucederá en breve, ella sirve la cena preferida de Lorenzo: bife con puré; mientras, sonrío y mueve el culo de acá para allá, sensual y torpe a la vez, y Lorenzo enloquece con cada movimiento de cintura y no piensa en otra cosa más que en superar rápido la cena para tenerla pronto en sus manos.

Ahora, Flavia duerme el sueño de los justos. No piensa en que su esposo la engaña con una morena de veinticuatro años llamada Lily. Y como ni siquiera sabe de su existencia, mucho menos puede saber que en unos días alguien va a encontrar el cadáver de esa niñita en la bañera, y que pronto una inspectora novata va a llamar por teléfono al jefe Goya informándole lo ocurrido. Flavia duerme, acaso sueña también. Es temprano todavía, pero mañana habrá que llevar a los chicos al colegio, así que es mejor dormir, aunque Lorenzo no esté porque surgió una reunión inaplazable con un cliente pesado y con su socio Eckert.

De modo que así transcurre la noche: ingenua, mentirosa, corriente, ajena. Calurosa, como toda noche en Sancaré.

Ahí está, lo dijo. Claro que iba a suceder. Siempre pasa. Algunas se demoran más, otras se precipitan y lo sugieren incluso antes de los seis meses; en una oportunidad, incluso, le vinieron con este planteo apenas cumplido el mes. Es una cuestión de tiempo. Pero, más tarde o más temprano, sucede. La torpeza, si bien puede ser una característica típica del hombre —y mira que Lorenzo ha conocido tipos torpes—, no les es ajena a las mujeres. Y más si de jóvenes hermosas se trata. Lorenzo lo sabe muy bien y, sin embargo, no deja de traer a su vida mujeres jóvenes y hermosas... y un tanto torpes también. Por eso es que no le sorprende que Lily lo haya dicho, que acabara de decirlo. Aunque, en realidad, no lo dijo, no fue un comentario al pasar, un simple deseo. Fue una demanda, casi una orden:

—Nuestra relación debe progresar, Lorenzo, lo nuestro tiene que avanzar.

Lorenzo no terminaba de tragar el último trozo de carne y Lily ya se había despachado torpemente, como una nena que no aguanta la ansiedad.

Lorenzo levantó una ceja, después la otra. El primer movimiento fue involuntario; el segundo, el de ambas cejas subiendo como si fueran tensadas desde arriba por un hilo invisible, fue premeditado. No quiere dejar la más mínima duda: Lorenzo está sorprendido con lo que Lily acaba de decirle —de

exigirle—, Lorenzo no se lo esperaba —claro que es mentira—, Lorenzo mantiene las cejas arriba y la frente arrugada porque todavía tiene un trozo de carne entre los dientes y no puede dejar caer la mandíbula ante semejante planteo.

Por su parte, Lily imaginaba que Lorenzo reaccionaría así, levantando las cejas y quedándose con la mirada perdida, con los ojos fijos en la biblioteca del pasillo. Porque, aunque lo quiera mucho, más de lo que ha querido a ningún otro hombre en sus veinticuatro años de vida, incluso a su propio padre, por sobre todas las cosas a su padre, reconoce que en cuestiones de amor, Lorenzo es bastante previsible. Algo torpe, digamos. Quizá esa torpeza sea lo que más le atrae a ella. Esa combinación de hombre maduro y chiquilín inocente es ciertamente lo que más le seduce de Lorenzo. Y lo peor es que él lo sabe, y se aprovecha. Lily no puede más que esmerarse en disimularlo. Por eso es que muchas veces, en lugar de correr hacia él y abrazarlo y colgársele del cuello y llenarlo de besos, decide contenerse y se queda sin hacer nada, sintiéndose una nena tonta, una boba. Como ahora, que a pesar de haberle preparado su cena preferida, a pesar de haberlo esperado con el Carolina Herrera que a él tanto le gusta, a pesar de haberse puesto la minifalda color bordó que Lorenzo le regaló el jueves pasado, a pesar de todo el esfuerzo por ser la mujer perfecta, siente culpa por lo que acaba de decir, como si hubiese dicho una locura. Mientras tanto, este tonto sigue acá: los ojos clavados en la biblioteca, en el pasillo, la frente arrugada y sin decir ni una puta palabra. Tal vez lo mejor sea hacer de cuenta que no ha pasado nada, olvidarse de esos sueños de matrimonio que no la dejan dormir, porque duerme sola y no está él a su lado, y que la noche siga como siempre, como el jueves pasado, servir el helado, ir pronto a la cama, hacer el amor y postergarlo una semana más, o postergarlo para siempre, y aguantarse las noches solitarias, silenciosas, injustas. Aunque Lily entiende que ha dado un paso grande: no se puede retroceder. Si hubo un momento en el que se podía, un momento donde detenerse, donde pensarlo bien era una posibilidad, ese momento ya había pasado. Esa puerta ya estaba cerrada.

Lorenzo cree que ya ha dilatado su reacción lo suficiente. O dice algo ahora, que ya ha captado la atención de Lily con un silencio algo desmedido pero efectivo, o la tensión dramática que ha conseguido se diluirá y ya no tendrá el control de la situación. Entonces clava sus ojos en los de ella, sonrío, termina de tragar su carne y apoya las manos en la mesa, la alianza brilla en el dedo de su mano izquierda.

—Dime, Lily, ¿dónde crees que debería ir esta relación?

Ella se levanta, recoge los platos y los lleva a la cocina. Al cabo de unos segundos vuelve con dos copas de almendrado, el helado favorito de Lorenzo. ¿En verdad tiene Lorenzo un sabor de helado favorito? Posiblemente no. Pero recuerda que ella se lo ha preguntado, junto con otras preguntas absurdas propias de una chica de veinte, y a él no le ha quedado más que contestar, ha debido inventarse una respuesta. Helado favorito: almendrado; plato favorito: bife con puré; color preferido: azul; estilo de mujer: como tú, Lily, como tú.

Lily pone su copa en la mesa, la copa de Lorenzo se la da en la mano, junto con un beso en la mejilla.

—Tontito —le dice—. Sabes que quiero casarme contigo, sé que eres el hombre con quien quiero estar, el hombre a quien quiero hacer feliz. Solo eso, Lolo.

Esto no ocurriría si Lily tuviera treinta o cuarenta años, por supuesto. La mesura y la sensatez vienen con los años, con la experiencia, con la derrota. Pero si ella no tuviera los veintipico que tiene —¿eran veintitrés o veinticuatro?—, él no estaría ahora ahí, frente a ella, deseando que se acabe eso de cenar como si fueran novios, desperdiciando el tiempo que podrían aprovechar para tener sexo salvaje, para tenerla arriba de él; la minifalda color bordó se queda puesta, la piel morena y firme, perfecta, como firmes y perfectos son sus senos, brillando de sudor, ella cabalgándolo como si él fuera el mejor hombre que ha pisado la Tierra. Y le ha dicho «Lolo». Y de solo escucharlo, siente una erección tal que podría levantar la mesa. Tal vez sea precisamente eso, ese «Lolo», lo que lo ha llevado a prometer de más. Porque cuando en la cama ella le dice «Eres

increíble, Lolo», «Dame más, Lolo», él quizá ha soltado la lengua, quizá ha prometido cosas que no puede ni piensa cumplir. Pero ¿cómo no hacerlo cuando tienes a una mujer hermosa gritando «Cógeme así, Lolo, cógeme más»?

Sería mejor resolver eso pronto, que el helado se derrite.

—¿Y qué propones que haga con Flavia?

Lorenzo come una cucharada grande de almendrado, pero no es suficiente para apagar el calor que siente en la cara al tener que traer a la conversación el nombre de su esposa. Hace calor, en Sancaré siempre hace calor, no baja de los 30 grados. Pero él siente que debajo de su ropa, entre los pliegues de la camisa y del *jean*, emergen unos 50 grados: pesados, hirvientes, insoportables. Y ya no es el calor provocado por la imagen de Lily montándolo y gimiendo, ahora es por Flavia, dormida seguramente en su casa, en la cama en la que él ahora debería estar acostado, tal vez abrazándose, tal vez pendientes de si los niños se despiertan, tal vez rozándose apenas, nada más que para saber que están, que ella y «él» están, los dos, como debe ser, como debería ser. Y claro que podría sentirse peor, se sentiría a las puertas del mismísimo infierno si supiera que mañana Flavia haría un escándalo por el preservativo que en un rato Lorenzo llevará —¿o lo habrá dejado Lily?— en el bolsillo de su *jean*, si supiera que amanecerá con los gritos de Flavia y un alboroto delante de los niños, y el café caliente en la cara y los gritos de Flavia, histérica, casi demente; si supiera eso que va a pasar mañana, Lorenzo seguramente no pasaría la noche con Lily, se iría ahora mismo. Si supiera eso y todo lo que va a suceder, no solo con él, sino con Lily, con la pobre e ingenua Lily... Pero claro, Lorenzo no lo sabe, ¿cómo saberlo?

De modo que solo intenta sortear la situación sin que se haga evidente su incomodidad. Entonces sonrío, esta vez con una sonrisa más grande que la anterior. Vuelve a mandarse una cucharada del helado inútil, que no sirve para refrescar, no sirve para quitar el mal sabor de boca, no sirve para nada. «Helado preferido, vete al carajo, mujer, con estas preguntas estúpidas».

—Bueno —dice Lily sin sacar los ojos de su copa—, divorciarte sería un

buen comienzo.

Lily sonríe también. Espera que su sonrisa no se vea tan fatal como la de Lorenzo. Se muerde el labio, la cuchara vacía a mitad de camino. Le guiña un ojo. Él le devuelve el guiño. Pero ella advierte que detrás de la sonrisa, detrás de ese mínimo gesto, se oculta torpemente el fastidio. Porque los hombres son así, torpes, ingenuos. Lorenzo es así. Lo ama a pesar de su torpeza, a pesar del silencio y de no responder lo que ella espera que le responda: que sí, que pronto, que en cualquier momento deja a la estúpida de su mujer y se viene con ella, que solo necesita tiempo para resolver los típicos asuntos que conlleva un divorcio. Cualquier respuesta, incluso de esas sacadas de las series baratas de los 90, sería mejor que ese silencio, que esa contundente y estéril sonrisa.

Evidentemente, nada de eso va a pasar. El helado se termina en su copa, ahora es apenas un líquido amarillo allá en el fondo, tibio, triste. Lo mejor va a ser desbaratar ese momento, hacer de cuenta que no pasó nada, que ella no dijo lo que dijo, que él no calló lo que calló.

—Podríamos matarla —dice Lorenzo poniéndose serio. Ella abre grande los ojos, él los abre todavía más. Y otra vez son ellos, nada más que ellos dos. Y sueltan una carcajada, como si estuvieran solos en el mundo, sin importar el tiempo, ni el pasado ni el futuro, solo importa el ahora, ese segundo en que se miran y se reconocen, en que ríen como niños, mirándose desde bien adentro y bien profundo, como si se amaran. Esta vez las risas son sinceras, no hay lugar para la especulación en esa mesa calurosa de Sancaré.

Lily se levanta —todavía sonríe, los ojos brillan— y extiende su mano. Lorenzo corre la silla y de un movimiento la tiene sentada sobre sus piernas. Hace calor y las pieles se pegan como apósitos, y no importa. Lorenzo la toma del cuello y la besa, y ya no siente ese calor insoportable en la cara, ahora es otra vez fuego en la entrepierna, ese cosquilleo en la espalda sudorosa. Ya se han ido Flavia y los niños, ya se ha marchado aquella Lily exigente en que de forma abrupta se ha convertido la tierna Lily; ya ha pasado lo peor. Lorenzo la carga en sus brazos y la lleva a la habitación. Ella le murmura algo al oído. Tal vez dice

«no me hagas caso, Lolo». Tal vez dice cualquier otra cosa.

Las preguntas de una veinteañera suelen ser ridículas. Una especie de *multiple choice*, donde uno debe rellenar un cuestionario ya preestablecido y con el que la veinteañera en cuestión cree sacar una radiografía del tipo con el que está. ¿Eres de Libra o de Virgo? ¿Prefieres las montañas o la playa? ¿Películas de terror o películas románticas? ¿Tú arriba o tú abajo? ¿Hamburguesas o pastas?

Es curioso, durante estos últimos años han sido varias las chicas con las que Lorenzo ha tenido algo, y a pesar de las diferencias entre cada una de ellas, ese modelo de preguntas son ya un clásico infaltable. Las hay morenas, rubias, pelirrojas, jovencitas, maduras, delgadas, rellenitas, independientes, hogareñas, adictas al sexo, románticas desvergonzadas, liberales —falsamente liberales—, celosas, entusiastas, sensibles, estrictas, meticulosas, profesionales, insoportables. Tan disímiles entre sí como puede serlo un cactus de una margarita, y sin embargo, todas las veinteañeras acuden al mismo cuestionario: ¿Prefieres vino o cerveza, Lolo? ¿Cuentos o novelas?

Si no se ha hecho todavía, alguien debería escribir un libro acerca de lo básicas que son las mujeres de veintipico cuando comienzan una relación. Y no estamos diciendo que las mujeres sean básicas, todo lo contrario, es el ser de mayor complejidad en el planeta, mucho más que los hombres. Muchísimo más. Pero por alguna razón, y aquí radica la curiosidad, entre los dieciocho y los veinticinco las mujeres atraviesan algún tipo de crisis que las hace convertirse en torpes encuestadoras profesionales. Quizá tenga que ver con la falta de mundo, quizá sea porque es ese y no otro el momento en que pasan de niñas a mujeres con todas las letras, quién sabe. Habría que ser un estudioso de la psique femenina para llegar a una conclusión más o menos sensata. A fin de cuentas, la razón no importa. Lo que importa es que sucede, siempre. Por eso es que el hombre se aburre. Porque nunca le preguntan a uno acerca de cosas que realmente le interesan.

Veamos, si ahora estuviera sentado al lado de Lorenzo un tipo cualquiera, ya

sea su más íntimo amigo o un perfecto desconocido, sabría muy bien qué preguntarle. Incluso no harían falta preguntas, pues hay preguntas que no hace falta hacer. Entonces, Lorenzo largaría todo, diría cuánto le gusta apostar, por ejemplo. Diría, y su interlocutor lo entendería perfectamente, aunque no se tratara de un aficionado a las apuestas, que apostar lo excita casi tanto como una hermosa mujer esperándolo entre sábanas. Que el ritual de las apuestas —porque existen rituales, independientemente de que se trate de la ruleta, de los caballos, de un simple juego de naipes— estimula al hombre como casi ninguna otra cosa. Lorenzo podría decir que lo que más le atrae es precisamente ese ritual. No las apuestas, no que llegue primero el veloz «Señor de los Cielos» y sea ese el caballo al que le apostamos. Eso es accesorio, ganar, perder, qué va. Lo hermoso de apostar, y aquí tenemos un tema interesante, es lo periférico, lo de alrededor. Llegar al hipódromo o al casino, o lo que fuera, encontrarte con caras de desconocidos, pero con quien compartes un íntimo secreto, acaso una desesperación, una pasión solitaria. Como aquel diálogo genial de la película preferida de Lorenzo (sí, también ha debido responder cuál es su película preferida): «El tipo puede cambiar de todo: de cara, de casa, de familia. De novia, de religión. De dios. Pero hay una cosa que no puede cambiar: no puede cambiar de pasión».

Ver tu rostro en el rostro de los demás, esa angustia previa, ese buscar en los bolsillos hasta el último billete, y esperar. Eso, la espera es su pasión. El éxito de las apuestas radica en la espera. La hermosa y desgarradora espera. Esa tensión que te hace sentirte realmente hombre, como el último vaivén antes de llegar al clímax con la hermosa morena de turno. Y el resultado... el resultado es como acabar. Todo lo grandioso ya pasó, ya quedó atrás.

En resumen, amamos a las mujeres y amamos la espera. Es ahí, en ese aplazamiento momentáneo, donde el hombre es feliz, donde es realmente hombre. El hombre apuesta porque espera algo, pero principalmente porque disfruta la espera. Porque decide ser quien espera. Sin embargo, con las mujeres es distinto. Similar pero distinto. Lo que nos atrae de ellas es saber que nos

esperan. Que, a pesar de todo, incluso a pesar de haberlo perdido todo en aquel caballo que flaqueó en los últimos metros, nos esperan.

Ahí va otra respuesta a otra pregunta no hecha. Las mujeres, jóvenes y hermosas. Pequeñas preferentemente, abajo del metro sesenta y cinco. Calladas. No sumisas, lo suficientemente inteligentes como para saber cuándo callar, cuándo ya está bien con el bendito *multiple choice*. Independientes, eso sí. Aquellas que han sabido soltar los lazos y que han emprendido una vida propia, cuanto más lejos de la familia, mejor, de la madre sobre todo. A la madre, mejor no verla ni en fotos. Y debe estar dispuesta, estar siempre dispuesta. La mujer perfecta, Lorenzo no tiene dudas respecto a esto último, es aquella a quien la llamas y te dice «Claro, Lolo, no tengo planes, vente ahora mismo». ¿Es mucho pedir? ¿Una mujer a la que no tienes que insistirle para verla? ¿Un caballo que quizá no gane, pero que te mantiene expectante hasta segundos antes de la llegada?

De esa clase de mujer parecía ser Lily, de las que te esperan. Pero Lorenzo ya no se espanta. Ya sabe que al principio todas suelen ser así. Hasta que les pica el bichito del matrimonio. Lorenzo piensa mucho en eso. Y no porque pretenda acusarlas, sino porque procura entenderlas. Tal vez, así como él se siente completo sentado junto a desconocidos que aprietan fuerte los dientes por su caballo, así como él se siente en plenitud sabiendo que una hermosa mujercita lo espera en la intimidad de un apartamento cualquiera, tal vez las mujeres alcanzan la plenitud convertidas en esposas, en madres. Tal vez sea genético, quién sabe.

Otra pregunta que ningún hombre haría, pero que Lorenzo siempre se responde, muchas veces inconscientemente, es qué tal con tu mujer, de qué pecado es culpable ella. Lorenzo lo piensa, pobrecita Flavia. Piensa mucho en ella. Ella es tan perfecta como puede serlo una persona. Incluso más. Solo que ha cometido el indecente hábito de envejecer. Cualquiera que la vea dirá que es una hermosa mujer para su edad, y ese dictamen, como el peor de los halagos posibles, no hará más que confirmar lo que Lorenzo piensa: que él tiene razón,

que están justificadas sus escapadas furtivas con la veinteañera de turno, que es sencillamente hermosa, a secas.

Flavia ignora que por la mañana encontrará un preservativo en uno de los bolsillos de Lorenzo. Y como no lo sabe, y está bien que así sea, no se imagina el escándalo con que va a comenzar el día. No lo sabe, claro. Tampoco sabe a qué extremos puede llegar ella frente a una situación límite, y ya no hablamos de un preservativo, hablamos de cosas serias. En cierta medida, acaso como cada uno de nosotros, Flavia no sabe de lo que es capaz.

Por mucho que se esfuerce en ser la esposa perfecta, jamás logrará ver el futuro, nadie nunca lo ha hecho. Aunque, quizá si se esforzase, podría al menos conjeturar que Lorenzo la engaña. Pero Flavia no es mujer de conjeturas. Y la posibilidad de engañar a tu esposo, o que tu esposo te engañe, es tan remota como lo es poder ver el futuro. De modo que no piensa en eso. Y toda vez que Lorenzo le dice que ha de reunirse con Eckert o con cualquier otro de los abogados del bufete, ella no hace más que creerle. ¿Por qué tu esposo habría de mentirte? Entonces, ya sea con Eckert, con ese tal Omar Weiler o con el que sea que se tenga que reunir, que a fin de cuentas ella no puede acordarse de los nombres de todos los socios de Lorenzo, ella se queda tranquila, Lorenzo es un profesional. Y Flavia lo admira.

Cuando piensa en Lorenzo, en este Lorenzo de ahora, que no para de conseguir lo que se propone, de ganar casos, de subir posiciones en el bufete, no siente otra cosa más que admiración. Alguien le dijo alguna vez que una sabe que un hombre es «el» hombre cuando lo admiras, lo amas y lo deseas. En aquel momento, cree recordar, ella objetó esa máxima y adujo algo a favor del deseo, tal vez en contra. Recuerda que intentó refutar esa sentencia, pero no recuerda cómo. Y si se acuerda de eso es porque, años más tarde, supo que estaba equivocada. Cuando conoció a Lorenzo supo que él era «el» hombre. Porque lo deseaba, lo admiraba y lo amaba. Y hasta el día de hoy lo hacía.

Así que no tiene por qué andar cuestionando las salidas de Lorenzo, aunque

de un tiempo a esta parte se hayan hecho más recurrentes. No tiene que cuestionarlas y no lo hace. Durante sus años de matrimonio han sabido complementarse, han construido una sociedad perfecta. Y si ella dejó la universidad fue porque entendió que ya no era prioridad su futuro, sino el futuro que construirían juntos. Supo, no sin meditarlo con la almohada durante días, que ella debía acompañar a Lorenzo, apoyarlo. Y que la mejor manera de hacerlo era proporcionándole cierta tranquilidad, que Lorenzo no tuviera que preocuparse de otra cosa más que por su carrera. Flavia se encargaría de los asuntos de la casa. Y él volvería todos los días y encontraría en ella la paz de un hogar y el amor de su mujer. Y más adelante Flavia se haría cargo de los hijos que tendrían, que serían tres, y cuando él ya se hubiera acomodado, contratarían una mucama para que ella no enloqueciera con los quehaceres diarios. Ella, sin que Lorenzo ni siquiera lo sugiriera ni lo esperara, había decidido que ese sería su rol en esa sociedad de dos. Un rol vital, imprescindible. Y ese renunciamiento, esa hidalguía pequeña de hacerse a un lado para allanarle el camino a su hombre sería la máxima expresión de amor.

Finalmente, no serían tres los niños, serían dos: Alejo y Valentina. Y la mucama estuvo un tiempo, pero al parecer ya no pueden pagarla. Eso sí que se lo cuestiona. No tiene que ver con que Flavia sea una mujer interesada, materialista. No tiene que ver con eso. Villablanca es el barrio más elegante de todo Sancaré, y por ende, el más caro. No hay que negarlo, su casa, la casa que Lorenzo compró porque ella se enamoró no más verla, es la más hermosa de Villablanca. Pero viven ahí porque pueden pagarla. No es un capricho, ella podría vivir sin quejarse incluso en los Olivares y sería feliz igual. Un techo no es mejor que otro si se lo construye con los tres pilares aquellos: amor, admiración, deseo. Así que Villablanca está muy bien, tiene todos los lujos, pero eso no importa. El dinero no importa. Sin embargo, a ella le parece... singular que, a pesar del éxito de Lorenzo, no tengan dinero para pagar por algunas horas de limpieza a la semana. Ese sí es un asunto que últimamente se ha convertido en una de sus principales inquietudes. El dinero. A pesar de que no le importa el

dinero, le angustia. No sabe por qué, y preferiría que no le inquietase. Pero no puede evitarlo.

A veces piensa en preguntarle a Lorenzo, pero si hay algo que no desea es sumarle una preocupación. Sobre todo teniendo en cuenta las preocupaciones con las que debe lidiar Lorenzo a diario, que debían ser muchas.

Las de Flavia también son muchas, y también son importantes. Porque la crianza de dos niños lo es, el colegio, el club, las clases de inglés, el calendario de vacunas, el dentista, la ropa que no les dura ni un mes y ya les queda chica, la tarea, las preguntas. Sabe, y el propio Lorenzo se encarga de remarcarlo cada vez que puede, ¿no es adorable Lorenzo?, que sus responsabilidades son tan o más valiosas que las de él.

En resumen, y tomando en cuenta que todavía no ha encontrado el preservativo en el piso de la cocina, la sociedad que han sabido constituir juntos, basada en la admiración, el deseo y el amor, es invulnerable. Así se siente Flavia: indestructible. Por eso es que no piensa que ahora, por ejemplo, Lorenzo puede estar en otro lugar y no en la reunión con sus socios o con algún cliente importante de Sancaré, tal vez con el propio alcalde. Porque no hay razones para pensarlo. O porque ha decidido no ver lo que tiene frente a sus narices.

Capítulo 2

El celular de Lorenzo vibra debajo de la almohada. Lorenzo siente la vibración contra la mejilla a la primera o segunda vez. Es la alarma que programó antes de llegar al apartamento de Lily. La misma alarma que programó el jueves pasado, y el anterior, y el anterior: 3:15 de la madrugada. Mete la mano bajo la almohada y la desactiva. Lily duerme todavía, no ha movido ni un pelo. Ronca apenas, un silbido tenue que se filtra por entre los dientes blanquísimos. Lorenzo se queda mirándola, contemplándola. Descubre que así le gusta más: las pestañas delgadas y amplias, serenas; el gesto immaculado, inocente, casi una nena, le calienta todavía más. A decir verdad, hay que asumirlo, no hay forma en que esta chiquita no lo caliente.

Medita durante unos largos segundos si quedarse o irse. Pero ya es hora, van a ser las tres y media y hay que levantarse; Flavia lo espera.

La mira un rato más, ahora se fija en la curva suave del pómulos derecho de Lily, los poros de la nariz, la comisura de la boca como dibujada con un trazo ligero. Lorenzo se levanta. Su cabeza, la cabeza de arriba, ha tomado el control y ha hecho lo que debe hacer: levantarse, buscar la ropa desparramada por el parque, salir de la habitación sin hacer ruido, caminar por el pasillo bordeando la pequeña biblioteca, sentarse en la silla y vestirse en silencio.

Se pone las medias y las zapatillas y se levanta de la silla con mucho cuidado porque no quiere que Lily se despierte, como el jueves pasado, cuando él se apuraba en calzarse los zapatos y perdió el equilibrio y tiró la silla y casi termina también despatarrado en el suelo. Se pone la camisa y el *jean* y agarra de la mesita junto a la puerta las llaves y el cargador portátil de su iPhone.

Nadie en el ascensor, nadie en el vestíbulo, nadie en el escritorio del conserje. Mejor, así se evita la mirada recelosa de cualquier tipo frustrado que ande por ahí, o la mirada cómplice de quien crea divertido ver salir a un tipo, seguramente casado, a las 3:45 de la madrugada.

De camino a casa no se cruza con más que un par de autos, tal vez conductores tramposos que también regresan a sus casas. «Después de una noche de sexo, como todo hombre se merece», murmura Lorenzo mirándose en el retrovisor.

Enchufa el iPhone al USB del Audi y aprovecha para borrar cualquier rastro de su encuentro con Lily: llamadas, mensajes, fotos, ¿videos? No, esa noche no han hecho ningún videíto. Se lo debe.

Vuelve a mirarse en el retrovisor y su propia voz, pícara ahora y proveniente del espejo, le contesta:

«La próxima insistimos hasta que Lily acepte ser filmada mientras nos da la mamada de nuestra vida».

Se guiña un ojo involuntariamente y, ya cerca de su casa, se concentra en el camino. El portón del garaje se eleva, silencioso, Lorenzo entra con las luces apagadas. Espera a que el portón se cierre. Se baja del auto y cierra su puerta, apoyándola muy despacio, no activa la alarma. Su principal preocupación es que Flavia no se despierte. Hoy esa posibilidad es su mayor preocupación. Pero días más tarde eso habrá de parecerle una insignificancia. Como cuando Flavia lo despierte a los gritos, con un preservativo en la mano; o como cuando Lorenzo llegue a lo de su «querido amigo» Illescas, y apenas Lorenzo ponga un pie en la oficina de su preferido corredor de apuestas, Illescas le diga que no está contento, que no está feliz, que mejor le paga antes del viernes los cien grandes que le debe o el lunes tendrás que ir en muletas a tu lujosa oficina, Lorenzo. O como cuando sea sospechoso de la muerte de Lily y de las otras; o como cuando Flavia deba comparecer en el tribunal de Sancaré por aquellas muertes. Sin embargo, que Flavia no se despierte es lo más importante del mundo hoy.

Lorenzo entra por la puerta trasera, abierta a pesar de que Lorenzo le ha pedido mil veces a Flavia que la mantenga cerrada, que el barrio es seguro y tranquilo, pero nunca sobran las precauciones. Recorre la planta baja sin chocarse con nada. Se ayuda con la linterna del iPhone, no sería la primera vez que se tropiece con alguno de los juguetes de Alejo.

Ya en el baño de servicio se detiene unos largos minutos frente al espejo: ni rastro de labial, ni un rasguño, nada. Se enjuaga y se lava bien las partes comprometidas, principalmente las manos. Los dedos, que han sabido recorrer y penetrar cada cavidad, cada circunferencia de la hermosa y demente Lily. Se lava los dientes también. Una vez que llega a la conclusión de que todo está perfecto, sale y sube las escaleras. Evita pisar el maldito quinto escalón, que rechina peor que la puerta de una cabaña en una película de terror. Se desviste y tira la camisa, las medias y el *jean* en el canasto del cuarto de lavado. Se asoma a la habitación de los niños. El aire acondicionado en 17 grados, qué mala costumbre, Alejo duerme todo destapado, las sábanas tiradas en el piso, una media puesta, la otra, vaya uno a saber dónde; Valentina duerme abrazada a su amada muñeca, destapada también. Lorenzo cierra muy despacio porque si sería grave que Flavia se despertara, despertar a los niños a esa hora ocasionaría una verdadera catástrofe.

Cierra y ahora sí, ahora es momento de enfrentarse a Flavia. Este es siempre el instante de mayor tensión. Sin embargo, a pesar de los nervios, del desasosiego que le provoca pararse frente a esa puerta, es capaz de disfrutar de la situación. Tal vez tenga que ver también con la espera. Será que el verdadero fetiche de Lorenzo es la espera, el caos. A veces piensa que la circunstancia en la que más feliz se sentiría sería haciendo piruetas y dando saltos de acróbata en la saliente de un precipicio.

«Muy bien, hora de hacer la vertical y abrir esta puta puerta, Lolo».

Abre y entra, simulando no interesarse en Flavia. Va hasta su lado de la cama, se sienta y se queda así unos segundos. El aire de ahí está apagado, como siempre, porque a Flavia le da dolor de garganta y es preferible abrir las ventanas antes que un berrinche por la mañana.

Flavia ni se ha enterado de que él llegó. Lorenzo resopla. Ya se ha acabado, no quedan piruetas, no hay peligro, no hay riesgo de caerse, no hay precipicio. Solo el silencio, Flavia que duerme sin siquiera sospechar su travesura. ¡No! Travesura no, su mentira, su traición.

Lorenzo corre las sábanas, se acuesta. Y se queda mirándola. Es bella Flavia. A su manera y para su edad, por supuesto. La palabra bella, en este caso, viene siempre de la mano de esa aclaración. La observa. Y a pesar de su belleza, Lorenzo no puede más que recordar la otra belleza, la completa, la belleza a secas, la de Lily y, sus pestañas largas, sus pómulos casi adolescentes.

Verifica que la alarma de su iPhone esté programada a la hora de siempre. También controla que haya bloqueado el número de Lily, no sea cosa que enloquezca aún más y se le ocurra llamarlo mientras él está con Flavia.

Su cabeza repasa cada uno de los pasos que dio desde que salió del apartamento de Lily. Y cierra los ojos recién cuando se convence de que no han quedado cabos sueltos. Se duerme con esa tranquilidad, con esa certeza. Con ese terrible error.

—¿Te sientes bien, mami? —le pregunta Valentina.

—Sí, mi amor, estoy cansada, no te preocupes. —Flavia le da un beso, otro beso para Alejo, y los deja en la puerta del cole.

—Adiós, mami —murmura Alejo, medio dormido.

Flavia pone primera y maneja de vuelta a casa, intentando serenarse. Saca de la cartera el sobre y vuelve a abrirlo, quiere cerciorarse de que ha visto lo que ha visto. Por supuesto que no se ha equivocado, que no ha visto mal: es un preservativo, un Prime texturado, lo que hay dentro del sobre. Flavia pisa el acelerador.

Alrededor de una hora antes, Flavia se levantó, intentando no hacer ruido para que Lorenzo no se despertara. Fue al cuarto de los niños y ejecutó la rutina de todas las mañanas. Encendió la luz, apagó el aire acondicionado, que Valentina insistía en poner en 17 grados, corrió las cortinas y empezó a canturrear: «Ale..., Valen..., ya es hora... hay que ir al cole... buenos días».

Salió de la habitación, fue al baño y se dio una ducha rápida, sin mojarse el cabello. El agua tibia pero, de todas formas, refrescante. Todavía el sol no ha

subido, harán unos veinte grados, el agua así se soporta. Salió del baño, se puso las calzas y la blusa que dejó preparadas ayer en la silla del pasillo, y bajó las escaleras. No pisó el quinto escalón, comenzando de abajo para arriba, para que Lorenzo no se despierte, que volvió tarde y tiene que descansar.

Ya en la cocina, abrió también las ventanas, abrió la nevera y siguió al pie de la letra la rutina: dos rebanadas de pan en la tostadora, la leche calentándose en la cocina, dos cucharadas grandes de cacao para cada taza, una de *Frozen*, la otra de Hulk —la suya es de porcelana blanca—, el pote de queso descremado en la mesa; los uniformes colgando de una percha al pie de la escalera. Fue y vino por la cocina dos o tres veces sin advertir que junto a la puerta, sobre el porcelanato que reverbera bajo la luz que irrumpe tímida desde las ventanas, había un pequeño sobre.

Agarró la percha de los uniformes y volvió a subir. Pisaba despacio para no despertar a Lorenzo. Evitó otra vez, también formaba parte de la rutina de todas las mañanas, pisar el quinto escalón.

—Arriba, chicos. Vamos, que llegamos tarde.

Valentina ya se había sentado en la cama y se ponía las pantuflas. Su amada Elsa había ido a parar al piso. Valentina pasó por su lado, arrastrando los pies, y salió de la habitación. Se oyó la puerta del baño. Alejo no daba señales de despertarse. Flavia se sentó a los pies de Alejo y le acarició las piernas:

—Ale, mi amor, vamos a llegar tarde. Valentina ya se levantó, arriba, dale.

Alejo bostezó y se quedó mirándola desde detrás de dos grandes lagañas.

—Me hago pis, mami.

Flavia fue al baño y golpeó muy despacio:

—Dale, Valen, que tu hermano se hace pis.

Valentina salió y, sin dejar de arrastrar los pies, volvió a su habitación. Alejo entró casi corriendo al baño y descargó sin cerrar la puerta. El pis chocando contra el agua del inodoro fue el mayor ruido que se oiría esa mañana. Al menos hasta que Flavia volviera del colegio y subiera a su habitación con el preservativo en la mano.

Ya otra vez abajo, Flavia serviría las tres tazas, las de los chicos con chocolatada, la suya con un Arpeggio Decaffeinato, y se sentaría a la mesa. Untaría las tostadas con el queso descremado y esperaría moviendo las piernas y mirando insistentemente el reloj de pared. Esperaría a que los chicos bajasen de una vez. Recién en ese momento advertiría que había algo tirado en el piso, allá, junto a la puerta. De no ser tan obsesiva con el orden de la casa, de no necesitar que cada cosa estuviera en su lugar, nada en el piso, a excepción de algún juguete — eso era lo único que Flavia se permitía—, de no ser la Flavia que aprendió a ser cuando decidió que abandonaría la universidad y se haría cargo de la casa, de no ser tan fastidiosa, tal vez habría dejado que el sobre permaneciera ahí hasta al menos después de dejar a los chicos en el cole. Pero Flavia no era así, Flavia es fastidiosa, lo sabe. Pero para mantener esta casa, con dos chicos y con un esposo que no colabora, es necesario serlo.

Por eso dejó la taza a un lado y fue a ver qué era eso que desentonaba. Cuando los chicos bajaban despacio, procurando no hacer ruido porque papá duerme, también saltando el quinto escalón contando de abajo para arriba, y se sentaban cada uno frente a su taza, Flavia recogía ese extraño sobre y lo apoyaba en la mesada. Al principio creyó que era correspondencia, o algún sobre relacionado con el bufete de Lorenzo. Por eso no lo abrió a la primera. Por eso pasaron unos segundos hasta que lo abrió y vio que adentro había un preservativo, un Prime texturado que brillaba como vajilla danesa. Cerró el sobre rápido, como si en su interior hubiera una serpiente, lo soltó otra vez encima de la mesada y volvió a la mesa. Alejo cantaba una canción de un sapo que se llama Pepe y Valentina le decía cállate, Alejo, me tienes harta con esa canción.

«Yo tengo un sapo que se llama Pepe...».

Cállate, Alejo.

—¡Se callan los dos! —dijo Flavia olvidándose de la regla de hacer silencio por las mañanas.

Valentina agachó la cabeza, se quedó con los ojos clavados en su mamá.

Alejo se llevó su taza de Hulk a la boca, como intentando desaparecer adentro de ella.

—A mí me tienen harta. —Flavia bajó un poco la voz, pero seguía gritando—. Todos los días lo mismo. Quiero que terminen ya su desayuno. No quiero escucharlos. Se toman ya la leche, y cuando terminan, llevan todo y dejan la mesa impecable.

—Sí, mami —susurró Valentina. Alejo la miraba a Valen, ella era su hermana mayor, y si ella dice que sí, debe ser que sí. Valen sabe cuándo mami habla en serio y cuándo se puede no hacerle caso. Este, sin duda, es de esos momentos en que conviene obedecer. Y a hacer silencio.

Desayunaron así: mudos, apurados.

Flavia no dejaba de mirar el reloj de pared. Cuando el reloj dio la hora, dijo intentando ser conciliadora:

—Ya está, chicos. Levanten, que salimos.

Valentina fue la primera en obedecer. Llevó su taza y la dejó en el lavavajillas. Volvió y juntó las migas que había dejado en su sector de la mesa. Alejo la imitó. Flavia ni los miraba, seguía con los ojos puestos en el reloj, quizá en algún lugar que estaba más allá del reloj.

Por eso es que, cuando se despedían en la puerta del cole, Valentina le preguntó si se sentía bien. Porque nunca —o muy pocas veces—, pero nunca sin un motivo evidente, había dejado que sus niños la vieran así. Por eso Flavia volvió en tiempo récord a su casa y subió las escaleras, al carajo el puto quinto escalón de mierda, con el Prime texturado en la mano. Por eso entró en su habitación y gritó:

—Levántate, hijo de puta.

A veces los sonidos llegan con la turbiedad de la bruma, llegan tenues, apenas perceptibles. Otras veces no llegan. Es caprichoso el sueño. Duermes el sueño de los justos, quizá con la tranquilidad que nunca antes sentiste, y no eres capaz de oír las voces que llegan desde afuera, desde la vigilia. Entonces te resistes a

prestarle atención a esa mínima voz, te entregas a ese sueño plácido que estás soñando, como si flotaras entre nubes, o como si caminaras bajo una lluvia fresca de verano, esas lluvias pasajeras que ensordecen y refrescan a la vez. Y no te quieres salir, la lluvia te empapa y no te mueves. Y en medio de ese comfortable aguacero empieza a llegarte la voz, una voz vaporosa que al principio confundes con la lluvia, una voz que decides ignorar porque ese momento es perfecto. Sabes que se acabará pronto, lo intuyes. También intuyes que estás soñando. Empiezas a darte cuenta: tú estás durmiendo, seguramente en tu cama, en la cama de siempre, y ese que ahora extiende los brazos para recibir la lluvia no eres tú, es apenas una imagen que has creado de ti mismo. Entonces, cuando te descubres soñando, cuando ya ha dejado de ser una intuición y ha pasado a ser una certeza —sí, Lorenzo, estás soñando—, comienzas a prestarle la atención debida a esa voz, que antes era solapada por las gotas estrellándose contra el piso, contra tu cabeza, contra tus ojos. Y como todo sueño, y como toda tormenta de verano también, la cosa cambia abruptamente. Ya no llueve, ahora estás parado en un piso blanco y todo a tu alrededor también es blanco, estás solo, en silencio. Estiras los brazos, pero nada, ni una gota cae ya. Y en lugar del silencio, ahora te llega la voz, te invade, te penetra los oídos y crees que tambaleas en ese escenario blanco, crees que puedes caerte. Porque sí, porque estás en el aire, y hacía falta que lo notaras para ser consciente de que la caída es inminente. Entonces, una cosquilla dolorosa en el vientre y zas, empiezas a caer. Solo que no caes. En lugar de caer, esa voz te trae consigo, te arrastra y te trae devuelta a tu cama, a tu habitación. Esa voz, antes sutil, ahora es tan densa que no puedes más que saltar de la cama. Abres los ojos y recién entiendes todo: estás en tu cama, Lorenzo. La voz es la de ella, de Flavia. Ni llovía, ni volabas, ni caías. Estás ahí, sin entender qué carajo pasa. Los ojos apenas abiertos y el corazón te rebota en el pecho, porque si Flavia grita así, algo terrible habrá pasado.

—Levántate, hijo de puta —le grita la voz de Flavia—. Levántate y mírame.
Sin saber muy bien cómo, Lorenzo ya está parado a un lado de la cama:

—Qué pasó, Fla, qué pasa.

—Qué mierda es esto, Lorenzo, contéstame, hijo de puta.

Lorenzo mira en dirección a la mano extendida de Flavia, a ese cuadradito plateado que brilla entre los dedos histéricos de Flavia.

—¿De qué hablas? No entien...

—¿Qué cosa no entiendes? ¡Qué cosa no entiendes, Lorenzo!

Lorenzo se queda mirando, más torpe que de costumbre porque le cuesta despertarse completamente, ese cuadradito brillante. Es un... sí, es un preservativo.

—Es un preservativo.

—Claro que es un preservativo. —Flavia está roja de rabia—. No te hagas el idiota.

—No sé, Flavia. —Lorenzo se rasca la nuca.

«Estás en graves problemas, Lorenzo, despiértate de una vez».

Tiene que decir algo pronto, no soporta ver ese gesto de Flavia, a la vez pasmado, a la vez espeluznante: la boca abierta, los ojos grandes y rojos, la quijada corrida hacia un costado.

—No sé, Flavia. Dime de dónde has sacado eso.

De a pocos va aceptando la situación en la que está metido y es consciente, también de a pocos, que debe intentar dominarla.

—¡De dónde crees, tú de dónde crees!

—No lo sé, Flavia. Mira el escándalo que estás haciendo por un preservativo. Lo podrías haber sacado de mi billetera, lo podrías haber encontrado en el auto, en cualquier lugar podrías haberlo encontrado. Eso no importa, lo que importa es por qué lo tenía conmigo (Lorenzo entiende que es preferible aceptar que el preservativo es suyo, aunque no lo sea, y llevar la discusión hacia los motivos por los que él podría llevarlo consigo). Y tú, Flavia, en lugar de preguntarme por qué, en lugar de pensar que había alguna razón para que yo lo tuviera, para que lo tuviera y no intentara ocultarlo, en lugar de eso, vienes y me despiertas a los gritos, aullando como una loca. ¿Tú te has visto, Flavia? ¿Te has escuchado?

Sí, es hora de decirlo: el cinismo de Lorenzo no tiene límites. No es algo de lo que se jacte, pero tampoco es algo que lo avergüence. Gracias a su cinismo nivel dios es que ha ganado los casos que ha ganado, gracias a su cinismo ha conseguido la mayoría de las cosas que tiene. Gracias a su cinismo ha podido sortear situaciones extremas como esa. ¿Hubo situaciones extremas como esa? Sí, claro que las hubo. Tal vez Flavia no lo recuerde, pero Lorenzo sí. Él se acuerda perfectamente. Porque el cínico recuerda esos asuntos, los recuerda y los disfruta.

—¿De qué hablas, Lorenzo? Ahora me vas a decir que la culpa es mía, quieres dar vuelta al asunto y hacerme ver como una bruja, ¿eso quieres?

—Necesitas calmarte, Flavia. No pienso hablar en estos términos. No voy a hablar contigo hasta que te calmes.

—Ah, no... nooo. —Flavia aplasta con el puño el envoltorio del preservativo y se lo tira en la cara. Nunca ha tenido puntería, pero hoy le ha dado a Lorenzo justo entre los ojos—. Ya sé para dónde vas, Lorenzo. Eres un caradura. Ni lo intentes, ¡te lo advierto! No me vengas con que es de Eckert o algo por el estilo. No me vengas con que has debido sacar de paseo al alcalde o a alguno de tus otros clientes y que les has tenido que proveer los forros. Sí, Lorenzo, eso me ibas a decir, ¿no? ¿Acaso te piensas que soy estúpida? Vuelves de madrugada y ni siquiera tienes la prudencia de ser prolijo al menos. Y ahora me vienes con que yo estoy loca porque el señor ha tenido que despertarse. Eres un caradura —esto último lo dice entre dientes, apenas en un murmullo, un susurro que duele más que todos los gritos que ha dado—, un miserable eres, Lorenzo.

Flavia da media vuelta y sale de la habitación. Lorenzo oye las pisadas rápidas y estridentes de cada escalón.

«Mira que eres imbécil, Lorenzo. Mira que la has cagado bien cagada».

Las pisadas se repiten, esta vez acercándose, Flavia vuelve a entrar:

—¿Con quién te estás acostando, Lorenzo?

—Con nadie, Flavia. Con na-die. —La esquiva y pasa a toda prisa al baño—. No sé de lo que me estás hablando.

Ella lo sigue, pero él cierra la puerta antes de que ella alcance a decir algo más. Lorenzo traba la puerta y abre la ducha. Cree oír que Flavia ha vuelto a bajar.

Le tiemblan las manos a Flavia, sentada a la mesa, apoya los codos y se queda mirándoselas. Y sí, no puede evitar que tiemblen. Las piernas también le tiemblan, le duele la panza. «Qué linda manera de empezar el día —se dice negando con la cabeza— y el muy hijo de puta de Lorenzo se queja, como si fuera él la víctima». Como si ella hubiera hecho un escándalo de la nada. Flavia se dice, ahora es casi un murmullo, que por mucho que siga mirándolas, sus manos no van a dejar de temblar. Toma aire, cuenta hasta diez, lo bota, diez segundos también, vuelve a llenar los pulmones. Su taza a un lado, tibia todavía, intacta pero intomable. Oye que la ducha se ha cerrado. Y decide que no va a quedarse esperando, no va a ver cómo sigue la mañana. «Ella» va a hacer que la mañana avance, va a dejar de ser la espectadora de su propia vida. Hoy, Flavia, tienes que ser la protagonista.

«¿Dónde está la Flavia fuerte y decidida que supiste ser? ¿Tan bajo has caído que tu hombre se cree capaz de faltarte el respecto de semejante manera? ¿Tan mal estás?».

Agarra la taza y sube abrazándola con los dedos, colgándose de ella, como creyendo que si la suelta puede derrumbarse. Sube despacio, ya no para que el muy cretino de Lorenzo no la oiga, sino porque busca en cada paso hallar la serenidad necesaria para enfrentarlo. Ya no a los gritos, ya no hecha una histérica incapaz de pensar y hablar a la vez. Sino como la mujer que es, o como la que supo ser. Eso, debe hacer memoria. Hoy y ahí, no hay otra prioridad que ella misma. Ya no importa lo que Lorenzo pueda creer, ya no importan los chicos, no importan los ojos de sus padres ni los de sus amigas, que siempre la miran con incredulidad, como no entendiendo cómo puede ella haberse convertido en la Flavia de ahora, en la que vive y se desvive por su familia, por los chicos y por el «muy hijo de puta de Lorenzo».

Entra en su habitación y va directo al baño. Se queda en silencio, esperando a que Lorenzo abra. Espera tal vez unos cinco minutos, pero el tiempo parece dilatarse cuando una espera, así que tal vez sean menos. Entretanto, oye que Lorenzo corre la cortina, abre y cierra un cajón; oye la tijera también, seguro estará emparejándose la barba. Los minutos pasan y Flavia aguarda aferrada a la taza. Y cuando por fin el muy cretino abre la puerta, con el toallón del Sancaré Golf Club atado a la cintura y la toalla turquesa sobre los hombros, Flavia ni lo piensa. Claro que no lo piensa, porque lo ha pensado lo suficiente mientras subía las escaleras. Entonces, vacía el Arpeggio Decaffeinato contra la cara sorprendida de Lorenzo:

—Pensé que necesitabas despertarte.

Vuelve a salir, y cuando baja las escaleras se lamenta porque más tarde tendría que limpiarlo. No lo imagina a Lorenzo pasando un trapo y poniéndole quitamanchas a las toallas. De todas formas, baja con una pequeña sonrisa interior. Vuelve a sentarse y advierte que las manos han dejado de temblarle. Mejor irse, mejor dejarlo solo por un rato, que nunca se han ido a las manos, pero esta vez bien podría suceder. Así cómo ella hoy ha reaccionado de forma inesperada, tal vez a Lorenzo le ocurra lo mismo. Mejor salir y despejar la cabeza, tal vez hasta salir de compras.

No, Flavia, esa no eres tú, nunca has sido de esas. Te vas y te sientas en una de esas cervecerías de Playa Chacón y te atiborras de cerveza artesanal. Y mientras, que Lorenzo ocupe ese tiempo para meditar. Que sufra.

Lorenzo está aturdido, nunca ha visto a Flavia reaccionar de esa manera. Si es capaz de reaccionar así, como nunca lo ha hecho antes, de qué no sería capaz. Entonces, Lorenzo reflexiona y llega a la conclusión lógica: debe dejar a Lily, dejar las andanzas por un tiempo.

«Basta de mentir por unos meses, hasta que todo se calme, hasta que Flavia se calme, no vaya a ser cosa que se vaya y lo pierdes todo, Lorenzo. Todo lo que tienes, todo lo que realmente importa».

Oye un portazo y la camioneta de Flavia. Resopla. Se sienta en la cama, el

pelo le huele a café.

Ya en la oficina, Lorenzo llama a Lily. Ella contesta al primer ring, él no dice ni hola:

—Necesito hablar contigo, es urgente.

—Hola, mi amor, ¿cómo has estado?

—¿Puedes hablar, Lily? Tengo que decirte algo, es importante.

Lily hace silencio, seguramente ya entendió de qué va esa charla. Lorenzo oye un crujido del otro lado de la línea. Al cabo de unos segundos, Lily dice:

—Ahora no puedo, estoy ocupada.

—Lily, de verdad, tenemos que hablar.

—Está bien, Lolo —ese «Lolo» no lo dice, lo silabea: «Lo-lo»—. Almorcemos entonces.

Ahora es Lorenzo el que hace silencio. Está analizando la situación, pero su cabeza no puede avanzar más que de a un paso a la vez. Y el primer paso es dar por terminada la relación con Lily. Así que no puede ni pensar en el riesgo de que Flavia lo haya seguido, ni en que alguien pueda verlos almorzando, ni en que tenía programada una reunión también al mediodía.

Piensa que podrían hablar en algún bar de Villa Chacón, era muy poco probable cruzarse con algún conocido en ese horario. Pero esta vez, la suerte está de su lado. Entonces decide que lo mejor es hacerlo en el restaurante de la última vez. Lily se merece por lo menos eso.

—¿Te parece bien en el Milcom?

—Creo que sí.

—Me temo que esta será... —Lorenzo no llega a terminar la frase, Lily ya ha colgado.

«Está será la última vez, hermosa».

Capítulo 3

La llamada de Aneth a Goya ya ha ocurrido. Ya ellos han llegado al apartamento de esa tal Lily, ya se pusieron los guantes, ya Aneth ha saludado fríamente al médico forense, ya Goya le ha hecho los chistes de rigor:

—Ey, Oliver, otra vez haciendo horas extras.

—Solo lo hago por amor a mi trabajo, como tú.

—Es que amo, igual que tú, visitar de madrugada a los muertos.

Aneth observa la escena ignorando la rutina aburrida de esos dos viejos. Y se dice (es algo que se repite a diario) que ella no será así de aburrida, así de rutinaria, cuando llegue a los cincuenta. Se lo promete: antes, prefiero que me encuentren a mí muerta en la bañera.

Goya se queda mirando la pequeña biblioteca del pasillo como si fuera a encontrar alguna pista en esa decena de libros: *Alicia en el país de las maravillas*, *La vuelta al mundo en 80 días*. También hay dos ejemplares de una novela llamada *Matilde debe morir*, de un autor que Goya no conoce ni de nombre. Resopla, se rasca el mentón.

—Parece que la víctima era un tanto desordenada —dice señalando el desastre que es el piso: dos sillas volcadas, vidrios desparramados, el perchero en medio del pasillo.

Va hasta la cocina y los pequeños vidrios crujen bajo sus pies con cada pisada. Abre la heladera: un *chardonnay* abierto, una jarra de vidrio con lo que parece ser agua, una lata de Coca Light en la puerta, algunas verduras, dos táper cerrados, un frasco con berenjenas en escabeche y poco más. Goya, después de meditar si servirse un trago del *chardonnay* o un vaso de agua fría, optó por la Coca. La abre y le da un sorbo grande, de esos que provocan ganas de beber, muy parecidos a los de la publicidad de la tele.

—Al parecer —dice Aneth, parándose en el medio del *living* y girando sobre sus piernas, intentando no alterar la escena del crimen—, el asesino no era del

agrado de la mujer.

—Evidentemente peleó por su vida —murmura Oliver, desde el baño, con tono aburrido.

—Evidentemente —repite Aneth.

Oliver sale del baño y va hasta la cocina.

—¿Qué dices? —le pregunta Goya.

Oliver le quita la lata de Coca y le da un trago similar al que antes le dio Goya.

—Creo que esta chica se ha metido con la gente equivocada.

—Sí —reafirma Goya—, se ha metido con un asesino. Pero preferiría que ahora me des el parte oficial.

—Sabes que para hacerlo oficial deberás esperar a mañana. Pero si me preguntan, diría que fue estrangulada en la bañera. Y apostaría dinero a que no hallaremos nada en el cadáver. Habrá que esperar el parte de Criminalística, pero dudo que haya ADN en las uñas del fiambre. Quizá algún cabello, pero sabes que no hay escena del crimen donde no se encuentren al menos una decena de cabellos distintos.

—Ven, Aneth —dice Goya y estira el brazo para que Oliver le devuelva la Coca. Aneth se acerca procurando no pisar los vidrios rotos—. Toma un trago, el día va a ser largo y no nos viene mal un poco de azúcar.

Ella querría no comportarse como una novata. Querría no decir lo que va a decir. En verdad se esfuerza. Es una batalla interna con la que debe lidiar a diario. Pero no lo puede evitar, es más fuerte que ella. Así que lo dice. En lugar de asumir la conducta desdeñosa del jefe y de Oliver, acostumbrados seguramente a presenciar escenas como esta, capaces de beber Coca-Cola a pocos pasos del cadáver de una mujer, representa el papel de inexperta que tanto aborrece y que parece triunfar siempre. Dice:

—Estamos contaminando la escena del crimen. —Procura alivianar el tono, pero ocurre todo lo contrario, a medida que habla, su voz crece—. Cualquier mínima alteración puede hacernos perder el caso en un posible juicio.

—Sí que eres optimista, mujer —dice Oliver con una mueca que pretende ser una sonrisa—. Todavía no tenemos ni un caso y ya piensas en el juicio.

—Estoy demasiado viejo para esto —dice Goya y bebe un último y refrescante sorbo—. Me digo que esto ya no es para mí. Pero sabes una cosa, Oliver, cada vez que escucho a mi querida Aneth, me digo que no puedo jubilarme hasta que no termine el adiestramiento.

—Si la vieja escuela ha de servir para algo —replica Oliver—, será nada más que para adiestrar a los cachorros que llegan.

—Todo lo contrario —dice Goya justo cuando Aneth parecía querer decir algo—. Digo que no puedo jubilarme hasta que Aneth no me enseñe todo lo que sabe.

Aneth intenta descubrir si Goya está siendo sincero o si es otra de sus ironías.

—Las nuevas generaciones —agrega Goya—, debemos aprender de las nuevas generaciones. Son minuciosos, estrictos, severos. Eso, severos. Son profesionales desde antes de portar un arma. Y seríamos muy necios si nos creyéramos que somos nosotros los que podemos enseñarles algo.

Aneth se queda mirándolo y descubre, y cree no estar equivocada —y no lo está—, Goya habla en serio. Entonces intenta ocultar la sonrisa de orgullo que le nace desde el cuello. Goya le guiña un ojo, aplasta la lata de Coca y la apoya en la mesada. Oliver parece desorientado. Él sí todavía no sabe si Goya se ha vuelto loco, si ha dicho eso porque realmente lo piensa o porque es de madrugada y no sabe lo que dice. Lo mira primero a Goya, después a Aneth, como esperando el remate de un chiste que no va a llegar. Unos segundos pasan hasta que decide apropiarse del remate:

—Han de ser buena compañía cuando llega el alzhéimer, abuelo.

—Tranquila, Aneth —dice Goya, acercándose y hablándole casi al oído—. No van a faltar huellas digitales en los vidrios rotos del piso, en los cubiertos sucios del fregadero, en los picaportes. Seguramente habrá huellas en el sacacorchos con el que se descorchó el *chardonnay* que se enfría en la nevera.

No tenemos que preocuparnos por eso. Si había huellas en esta lata, las habrá por todo el apartamento.

—Si no —agrega Oliver—, seguramente no las habrá en ningún lado.

Aneth no va a agregar nada más. Ya la novata ha hablado, ya ha dicho lo que quería decir. De ahora en adelante, mejor será controlarla, mantenerla callada. Que haga silencio, para variar. Que el silencio bien puede interpretarse como sabiduría.

«Eso, Aneth. Te quedas en silencio y te ocupas de lo realmente importante: la pobre mujer asfixiada en la bañera».

Aneth Resopla. Con los brazos en jarra, le echa una mirada a la cocina.

—Dime, Oliver —ella murmura entre dientes—. ¿Dirías que ha muerto por asfixia?

—El doctor Oliver Márquez, aquí presente, —dice con tono irónico el forense— inspectora, ratifica que el cuello de la occisa presenta una lesión contusa simple denominada técnicamente «equimosis» y que, al verificar mediante el tacto, se advierte que tanto las arterias carótidas como la tráquea están comprimidas, llegando a la única conclusión de que la causa de muerte es asfixia por estrangulamiento.

Goya cierra los ojos, resopla. Aneth deja caer los brazos a los costados y abre grandes los ojos como fingiendo un interés mayor del que realmente tiene. Oliver continúa:

—La tonalidad de la equimosis...

—... hematoma —aclara Goya.

—... la tonalidad amarillenta sugiere que el asesinato ocurrió hace unas seis o doce horas atrás. Digamos que entre las tres de la tarde y las nueve de la noche de ayer.

—Felicitaciones, licenciado —dice Goya, temiendo que Oliver continúe—. Se ha sacado un diez sobresaliente.

—Si muestra señales de defensa —dice Aneth y saca su libreta dispuesta a anotar— es muy probable que haya rastros de ADN del asesino.

Oliver ahora contesta con parquedad:

—Apostaría dinero a que no hallaremos nada en el cadáver. Habrá que esperar el parte de Criminalística.

—Siempre quedamos en manos del «cretino» de Hilario —refunfuña Goya.

—Dudo que pueda aportar nada nuevo, tú me conoces —Oliver dice esto mirando a Goya— y lo conoces muy bien a él. Hazme caso. Ni en las uñas del fiambre hallarán ADN. El hecho de que la hayan asesinado en la bañera no nos es de mucha ayuda. El agua se encarga de llevarse gran parte del ADN y el PH de esta zona es de los más elevados, lo que dificulta el examen hasta para el perito más calificado al momento de ponerse a aislar moléculas. Quizá encontremos algún cabello, pero, te lo repito, sabes que no hay escena del crimen donde no se encuentren al menos una decena de cabellos distintos.

—El cabello no nos sirve —dice Goya—. Es una mujer joven.

—Veinticuatro años —afirma Aneth.

—Al parecer, por la total ausencia de portarretratos, cepillos de dientes o cualquier objeto que pudiera sugerirnos que un hombre vivía con ella o la visitaba con cierta frecuencia, no tiene novio o algo parecido. Así que podríamos hallar veinte cabellos de veinte tipos distintos, y no nos sería de gran ayuda.

La novata, sigilosa y sorprendentemente, se adueña otra vez de la voz de Aneth, y antes de que ella pueda frenarla, vuelve a pronunciarse:

—No está pensando en que tal vez la víctima sea lesbiana. En ese caso...

—En ese caso —interrumpe Goya—, habría en alguna pared, o en la biblioteca o en la mesa de luz, la foto de su novia; habría de todas formas un cepillo de dientes.

—Es sabido —dice Oliver sonriendo— que las *tortas* también tienen dientes y hasta se los lavan.

—Aneth. —Goya se pone serio, más serio que de costumbre—. Esta chiquita vivía sola, a eso me refiero. Y si tienes dudas, y antes de siquiera insinuar que soy un tipo homofóbico, como sí lo es este otro tipo que está acá... —Lo señala a Oliver, que inmediatamente deja de sonreír—... Te sugiero que recorras otra

vez el apartamento y lo veas con tus propios ojos.

—Sí, jefe. No quise.

—Pruebas, Aneth. Eso buscamos. Eso es lo que hacemos aquí. Rastreamos, olfateamos, deducimos. ¡Qué crees que he estado haciendo desde que llegué!

Aneth baja la cabeza. Siempre que la novata se pone al mando del timón y se le da por hablar, es ella la que debe pagar las consecuencias.

Goya vuelve a la biblioteca. No sería la primera vez que la presencia de un libro —o la ausencia de uno— guiara a los investigadores hacia el responsable del crimen. Observa detenidamente cada uno de los libros y los dos estantes: los cubre una película uniforme de polvo, hace tiempo que nadie toca, ni siquiera para limpiar, aquel pequeño sector del apartamento. Se quita la idea de la cabeza.

«Vamos, Sherlock. El asunto va por otro lado».

Camina hacia Oliver:

—¿Algo más que puedas decirnos?

—Nada que les sirva. Ella se defendió, pero no pudo con su agresor, eso es todo. Además de los hematomas (esto lo silabea: he-ma-to-mas) en las muñecas, su cadáver no nos aporta gran cosa.

Aneth, sin levantar la cabeza, se queda mirando el desastre que es el piso del apartamento. Los vidrios rotos y el resto de las cosas desparramadas. «No hay sangre, no hay sangre. El piso salpicado de vidrios y ni una gota de sangre...».

Goya la observa, la ve caminar lentamente, zigzagueando entre los pequeños vidrios que se extienden por el parqué. La ve llegar hasta la nevera y detenerse sin dejar de examinar el piso, cada trozo de vidrio. Goya recuerda el *chardonnay* enfriándose dentro. Siente la boca seca, y le da rabia.

—¿Qué tienes en mente, Aneth? —inquire sin moverse, su voz es casi un carraspeo.

Cansado, tal vez aburrido, Oliver se aplasta contra la pared. Quiere irse ahora mismo, completar el papeleo y volver a la cama. Pero sabe que eso no va a suceder con esos dos desquiciados adictos al trabajo.

Aneth murmura algo, tiene la mirada clavada en el piso aún. Sus manos giran

despacio, mientras, sigue con los murmullos. Ahora hace jugar a sus dedos, los índices de ambas manos girando como si empujaran los pedales de una bicicleta diminuta e invisible, como si con ese movimiento lento, gradual, pudiera reconstruir lo ocurrido unas seis horas atrás, tal vez doce.

«Hematomas solo en las muñecas y en el cuello. Ni una gota de sangre».

Esto último Goya alcanza a oírlo. Y esa idea hará que lleguen, tal vez al mismo tiempo, a una conclusión interesante. Y mientras ambos rumian esta conclusión —conclusión de la que Oliver permanece ajeno—, alguien despierta abruptamente en su amplia cama del exclusivo barrio de Villablanca —acaso Flavia, acaso Lorenzo—, sin saber el motivo exacto, pero sintiendo un fastidio inexplicable.

—Ni una gota de sangre —dice Goya y camina hacia Aneth.

—¿Por qué? —Aneth clava sus filosos ojos cafés en la mirada cansada de Goya.

—¿Por qué? —repite Goya.

Oliver se acerca en silencio. Busca comprender lo que ocurre en las cabezas de esos dos, que ahora parecieran estar comunicándose telepáticamente.

—Es extraño —dice Goya—. ¿No lo crees?

Y Aneth, con la idea que termina de tomar forma, le responde:

—Es extraño, jefe. El apartamento es un verdadero desastre. El piso repleto de vidrios, las sillas desparramadas, el perchero caído. Todo parece indicar que...

—Que hubo una pelea, que la víctima y el asesino pelearon. Pero...

—Sin embargo —Aneth dice esto intentando no sonreír, aunque no puede evitar que le brillen los ojos—, no hay restos de sangre. Con semejante cantidad de vidrios rotos, se diría que sería muy probable que alguno de los dos sangrara.

—Yo diría que sería poco probable que no ocurriera.

—Entonces, podemos suponer que todo este desastre es una farsa, que por alguna razón el asesino se encargó de hacernos creer que la víctima luchó desesperadamente por su vida.

Oliver levanta una silla y se desploma sobre ella.

—Vaya, vaya, vaya —le dice a Goya intentando formar parte de la escena—, veo que tu alumna, además de hermosa, es inteligente. Felicidades por el hallazgo, jefe.

Aneth ignora el comentario. No porque decida hacerlo, sino porque, a fuerza de oír constantemente observaciones similares —«¡Ey, belleza, tráeme un café!»—, su cabeza se ha programado para desoír toda acotación machista, de las que no faltan, más bien, sobran.

Ahora, otra vez, todos duermen en Villablanca. Lorenzo duerme, Flavia duerme, Alejo y Valentina duermen. Ha sido apenas un segundo de inquietud, de zozobra, tal vez dos, un escalofrío que acaso nada ha tenido que ver con lo que ocurre en ese lejano apartamento.

—Es lo que te digo, Oliver —es Goya el que irrumpe, ahora con su voz de siempre—: son ellos los que nos enseñan. Los necesitamos, necesitamos gente joven, mentes frescas, tanto o más de lo que ellos nos necesitan a nosotros. Dime, Aneth. —Apoya su mano en el hombro de ella—. Dímelo otra vez: ¿por qué no hemos encontrado ni una puta gota de sangre?

Aneth vacía sus pulmones, parpadea:

—Porque esto es una puesta en escena. El asesino la mató en la bañera, donde la encontramos. Tal vez la drogó primero, o ingresó al apartamento cuando ella dormía y tuvo suerte de encontrarla de la forma más accesible.

—¿Crees que el asesino ha tenido suerte...?

—¡No, jefe! Solo estoy pensando en voz alta, descartando posibilidades. Lo que creo es que el asesino conocía a la víctima. Le prometió una ducha tibia y burbujeante, tal vez unos masajes, y cuando la tuvo a su disposición, no tuvo más que apretar con fuerza el cuello dócil de la pobre. Y para confundirnos, después de asesinarla, plantó este desastre que vemos.

—¡Exacto! No podría haberlo dicho mejor. Y si el asesino procedió de tal manera fue porque temía que la primera hipótesis que barajaríamos sería la de crimen pasional.

—Entonces, jefe, seguiremos la pista de lo que el asesino se ha propuesto

ocultarnos.

—Estamos en presencia de un asesino frío y calculador. Créeme que, así como no ha habido sangre, tampoco hubo pasión en estas cuatro paredes.

—Venganza —aporta Oliver, cruzando una pierna sobre la otra—. Estás diciendo que esto se trata de algún tipo de venganza.

—Una venganza siempre se sirve fría —dice Aneth, sin saber por qué aquella frase ha estado agazapada en su cabeza.

—No nos apresuremos, es solo una posibilidad que nos permite tener algo con qué trabajar. Recuerda esto, Aneth, alguien lo dijo alguna vez: «No hay nada más engañoso que un hecho evidente».

—Lo tendré presente, jefe. Quisiera saber a quién le pertenece la frase.

—Yo también, Aneth. Quisiera recordarlo yo también.

Dos llamadas perdidas de Lorenzo, cuatro wasaps:

«No seas chiquilla flavia
y al menos contéstame el móvil
me preocupas
háblame y dime por lo menos que estás bien».

Flavia revuelve su té, un Twinings Earl Gray británico al que ha endulzado con un cuarto, ni más ni menos que un cuarto, del sobrecito de Stevia que llevaba en la cartera.

«¡Deberías estar atiborrándote de cerveza, mujer! ¿Qué haces tomando té como esas viejas paquetas que tanto detestas?».

Vuelve a mirar el móvil. Ha visto los mensajes de Lorenzo desde la vista previa, pero ha decidido no leerlos.

«Que se preocupe el muy cretino, se lo merece».

Mira su reloj. En menos de una hora debe volver: los chicos salen del cole y por nada del mundo llegará tarde. Se dice que tomar té ha sido una decisión sensata. «Mira si ibas a aparecerte en el colegio ebria como una cuba, ¡qué estupidez!».

Le da un pequeño sorbo a su té mientras observa por la ventana cómo una pareja de ancianos le da de comer a las palomas en la plaza de enfrente. Atrás de la pareja de ancianos, la fuente de agua bailotea mientras un grupo de niños pasa corriendo por debajo de uno de los rociadores, intentando no mojarse. O fingiendo no querer mojarse, típico juego de niños. Piensa que un día de estos dejará que los chicos falten al cole y se pasarán la tarde en esa plaza, que les vendría bien tener amigos que no solo sean los de la escuela, los del club; que mejor sepan lo que es conocer gente nueva, hacerse amigos de otros niños que hasta hace poco eran completos desconocidos.

Las palomas se amontonan alrededor de los ancianos, hasta que uno de los niños sale despavorido porque otro amenaza con mojarlo, y entonces vuelan un poco, no demasiado, un revoloteo que es más parecido a un salto, al vuelo torpe e ineficiente de una gallina, porque las palomas están acostumbradas al barullo, porque habrán de saber que ese que las asustó es apenas un niño y que no representa un mayor peligro. Entonces vuelven al piso, otra vez picotean el pan que la pareja de ancianos les ha dejado. La señora se sacude las manos, le hace un gesto al que seguramente es su esposo, y comienzan a irse: despacio, como en angustiosa cámara lenta.

Flavia se queda mirando la fuente entonces, a los chicos que, como las palomas, cada vez son más. Toma el último sorbo de té, mira el móvil —que no ha vuelto a sonar— y le hace un gesto al mozo para que le traiga la cuenta. Tanto sol allá enfrente, tanta agua danzando por sobre las cabezas de aquellos niños, le ha dado ganas de estar ya mismo en el *jacuzzi*. Aunque sabe, porque siempre le sucede así, que es muy probable que al llegar a casa no le den ganas de llenarlo. Es más la espera que el gozo y el relax de sumergirse entre las burbujas, porque no tiene sentido, por más que ahora se muera de ganas, prepararlo para ella sola. Mejor en la bañera, se dice, que en diez minutos está lista.

«Sí, Flavia. Vuelves con los chicos, les preparas la merienda y te das un placentero baño de inmersión. Cierras los ojos y te desconectas de este mundo por un buen rato».

Con Lily todo ha salido casi a la perfección. Si bien la charla que se debían, la última gran conversación, lo tuvo al mal traer, ahora ya estaba todo resuelto. Esquemático, Lorenzo planifica los pasos a seguir:

«Ahora, de un asunto por vez. Te encargas de solucionar este embrollo en el que te has metido con Flavia, te comportas hasta que pase la tormenta, y cuando logres encausar tu matrimonio, vuelves a lo tuyo».

Debe decírselo muchas veces. Lorenzo se conoce, la única forma de tener buena conducta es exigiéndosela. Y para eso está su propia voz, que no será como la voz de la conciencia de la mayoría, solemne, moralista, culposa, pero es una voz práctica, que siempre ha sabido guiarlo por buen camino. Por eso se lo repite: «Es hora de hacer buena letra, Lorenzo», porque su voz es sabia. Su voz también le dice, y eso lo aturde, que debe ponerse al día con Illescas.

«No es chiste, Lorenzo: o pagas tu deuda o no querrás saber de lo que es capaz este tipo».

Jamás Illescas le ha reprochado un pago, jamás ha tenido que recordarle sus deudas. En ese sentido, y seguramente por eso mismo, es que Lorenzo lo eligió como su corredor de apuestas personal. Illescas ha dado muestras de sobrada medida. Es discreto Illescas, prudente. Es... un matón elegante, casi simpático. Lo que también es cierto, y es lo que empieza a preocuparle —por eso su sabia voz se lo recuerda—, es que jamás ha tenido una deuda tan grande con este tipo ni durante tanto tiempo. Pero ahora Lorenzo puede solo focalizarse en Flavia, en recuperar la confianza que perdió por aquel estúpido preservativo, por aquella estúpida noche y el escándalo que tuvo que soportar y los gritos y el café desparramándosele por la cara.

«De un paso por vez, Lorenzo: si quieres llegar a la Z, debes primero recorrer la A, luego la B, y así todo el abecedario».

Dos horas llevaban en la zona precintada. Aneth se había encargado de completar el informe, y ahora el papeleo quedaba en manos de unos pinches de

oficina, un grupo de polis que entre todos no sumaban los años de Goya.

—Dime que tenemos algo, Aneth.

—Tenemos para empezar, jefe. —Aneth apoyó dos hojas en el escritorio y se puso a leer la información que había obtenido hasta el momento—: Liliana Maylén Villegas, veinticuatro años, soltera, mesera desde hace un año y medio en el Sancaré Golf Club, su perfil de Facebook está al parecer en desuso, su última publicación fue hace poco más de seis meses, apenas dos fotos en las que ninguna sale ella ni ninguna otra persona, su *e-mail* no ha...

—Aneth, te lo suplico. —Goya se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos—: Dime que tenemos algo.

Aneth sabía que la interrupción aburrida del jefe llegaría. Solo había querido probar hasta dónde él soportaría escucharla.

—En el Golf nos han pasado un teléfono fijo, al parecer el de la madre, María Carolina Gutiérrez. Llamé tres veces, pero no he tenido suerte.

Goya resopló, abrió los ojos y se levantó de la silla:

—Pero tienes la dirección.

—Pero tengo la dirección.

—Muy bien, eso es algo. Vamos.

—¿No crees que deberíamos esperar a que tengamos algo más concreto para decirle a la señora Gutiérrez?

—Esperando se nos va la vida. Sabes que si hay algo de lo que no soy capaz es...

—De esperar. Lo sé: «El que espera, desespera».

—Me conoces tanto que me asusta, Aneth. Vamos, yo conduzco, tú hablas.

—Como siempre.

—Como siempre.

Como siempre, fue Aneth quien debió informarle a la señora Gutiérrez que su hija había sido asesinada. La escena resultó similar a otras tantas, un tanto distinta a las que muestran en las series policiacas: la madre de la víctima

ofreciéndoles un té o agua helada, y esperando la amarga y fatal noticia, los inspectores compungidos, empáticos, las manos que tiemblan, un abrazo y un llanto y acaso un desmallo, las fotos de la víctima empapelando algún pasillo, portarretratos de cuando era niña y mostraba su sonrisa con ventanitas. La escena fue muy distinta a las de *The Killing* o las de *CSI*. Sucedió como solía suceder. No sin sorpresa, Aneth ya podía predecirlo sin temor a equivocarse. La madre, en este caso la señora Gutiérrez, negando que fuera posible. Si hasta hacía unos días habían hablado por teléfono, cómo se iba a morir Lily si tenían planeado salir de paseo el próximo fin de semana largo.

—Ustedes están locos y vienen a la casa de una sin siquiera confirmar la información antes, que seguro es un error y a la que buscan es a la chica de la otra calle; una ya está grande para estas bromas, a ver usted, señorita, míreme y dígame que es una broma. ¡Usted, señor!, no ve que para broma esto ya pasó de castaño a oscuro, no entiendo lo que me dicen, qué me dicen, por favor, díganme, díganme que es mentira, que es una broma de mal gusto, cómo que está muerta, mi Lily, cómo que la mataron, quién, cómo, por favor, no puede ser, no, no, no, no puede ser, señores, mi Lily, no mi Lily, no, no mi Lily, Dios, Diosito, ¡mi Dios, por favor, no!».

La puerta que se cierra de un golpe, pero Aneth ya lo había predicho y ha puesto el pie para que la puerta no se cerrara del todo. Entonces Goya retrocede y vuelve a la vereda porque él también sabe cuál es su rol en esos casos, así que se aleja y la deja a Aneth, que le va bien en esos asuntos, pues sabe conectarse con las personas. Y Aneth espera unos segundos y entra en la casa, mientras, la señora Gutiérrez se toma la cabeza y va de acá para allá como buscando algo, abre y cierra puertas y se lleva todo por delante, y enseguida se pone a abrir y cerrar cajones, puertas, como si su Lily fuese a salir desde adentro del aparador o de la nevera. Y la casa se llena de gritos, gritos como solo pueden emitir aquellos que acaban de enterarse —de comprender— que su niña ha muerto, que su niñita, que hasta hace nada aprendía a caminar y la miraba pícaro mientras se tambaleaba de una pared a otra, ya no existe más, que se ha ido sin que su mamá,

quien le prometió protegerla siempre, pudiera hacer nada, que su niña se ha muerto sola y ni un beso de despedida, ni un «Adiós, mi niña, pronto estaré contigo, te pido perdón, mi amor».

Aneth soporta la escena en silencio, sin quebrarse. La primera vez creyó que no sería capaz de volver a atravesar una situación semejante. Con el tiempo aprendió que una se acostumbra a todo, incluso hasta a lo más terrible. Ya no sentía que el corazón fuera a salirse por esa madre que lloraba, que aullaba como un animal herido. Ahora Aneth era capaz de presenciar la escena desde afuera, como si se tratara de un episodio de *CSI*, solo que más realista, más aterrador, más verosímil.

Más tarde, cuando entiende que lo peor ya pasó, cuando ya no se oyen los gritos ni los golpes de puertas y cajones, Goya sabe que puede entrar. Entra y ahí están, Aneth y la señora, sentadas en el sillón, entre penumbras, ahora sí tal cual lo muestra *CSI*, obviando la parte tremenda, el verdadero y profundo —e inenarrable— dolor.

Goya entra sin hacer ruido y se para junto a Aneth, procura no mirar a la señora Gutiérrez. Un vaso de agua sobre la mesa y un portarretratos en la mano de la señora completan el cliché.

—Ya ve, detective —pronuncia agónica la señora Gutiérrez—. Lily estaba por casarse.

Aneth y Goya se miran, la señora Gutiérrez tiene los ojos clavados en la fotografía.

—Mi Lily estaba esperando el momento adecuado...

—¿Tenían fecha, señora? —murmura Aneth.

—Estaba esperando —repite la señora Gutiérrez como si hablara para sí— el momento adecuado para pedirselo.

Goya intenta ordenar lo que la señora acababa de decir.

«Sí, entendiste bien, ella se lo pediría a él. No te sorprendas, los tiempos han cambiado, no debe ser gran cosa».

—Para pedirle que se casara con él —termina de decir la señora Gutiérrez.

«No, jefe, esto es otra cosa. ¿No lo notas? ¿No notas cómo te mira Aneth? Sí, ella también lo ha notado, seguramente antes que tú».

—¿Tiene el nombre del prometido de su hija? —pregunta Aneth.

Goya sabe que ella tampoco se ha tragado aquello de que el tipo era su prometido. Seguramente él ni imaginaba que ella tenía esos planes. Por eso es que Aneth no deja de mirarlo.

La señora Gutiérrez por fin levanta la cabeza, como si acabase de comprender algo. Se queda mirándola; Aneth se acerca, le quita con cuidado el portarretratos y le toma suavemente las manos.

—Señora —susurra, y Goya apenas puede oírla—. ¿Tiene algún dato del prometido de su hija?

La señora Gutiérrez niega con la cabeza, y el flequillo le cae sobre un ojo y se queda ahí, pegoteado por las lágrimas. Abre la boca dos veces, pero las palabras no salen.

Goya se acerca y le ofrece el vaso de agua. Ella lo agarra, pero el vaso se resbala entre sus dedos temblorosos y cae en la alfombra. Aneth se apura en levantarlo. Le apoya una mano en el hombro porque sabe, porque lo ha visto y lo ha memorizado, que la señora querrá automáticamente levantarse y limpiarlo, porque los deudos se convierten en eso, en autómatas, en seres alienados que parecen hallar cierta calma en preocuparse por cosas sin importancia, como levantar un vaso o ponerse a lavar los platos, o peinarse frente al espejo. Entonces, le pone la mano en el hombro y repite la pregunta:

—¿Sabe el nombre de ese hombre? —Aneth, ya un poco hastiada, decide no llamarlo su «prometido».

Acaso ese cambio provoca un cambio también en la madre de Lily, que ahora entiende que se le ha hecho una pregunta y que debe responderla.

—No, querida. Lily es muy reservada. Era...

Aneth asiente con la cabeza, le acaricia la espalda.

—Dijo que él tenía un trabajo, no sé. Algo peligroso. Con el Gobierno o algo parecido. Que ni siquiera...

Aneth, al ver que la señora no soportaba más y que volvía a llorar, agarró el vaso y se lo dio a Goya. Él entendió. Lo agarró y fue hacia la cocina.

—Sé que es difícil, señora Gutiérrez. Créame que sé por lo que está pasando. Y si insistimos es porque necesitamos que el tiempo esté de nuestro lado. Todo lo que pueda decirnos hoy nos va a ahorrar horas de investigación.

Goya volvió con el vaso, pero al ver que la señora se disponía a hablar otra vez, esperó a mitad de camino.

—Ni siquiera se podían sacar fotos, señorita. Eso me dijo mi Lily, que no podían sacarse fotos juntos porque él trabajaba en algo del Gobierno. Por eso no me dio ni el nombre. Lily es muy difícil, siempre ha tenido su carácter, su temperamento, y cuando se le mete algo en la cabeza... Por eso no insistí. Tampoco le dije nada cuando me vino con que le iba a proponer matrimonio. ¿Dónde se ha visto, señorita, que sea la mujer quien lo proponga? ¡Y antes de conocer a su suegra! Pero así es mi Lily, señorita. Así era.

La señora Gutiérrez sonrió, tal vez recordando alguna travesura de su Lily. Aneth, cómplice, también sonrió.

—¿Usted cree que él?

—No, señora. No creemos nada todavía.

Goya carraspea. Ahora es él quien le ofrece el vaso de agua. La señora Gutiérrez lo acepta, pero no lo bebe. Aneth se levanta. La señora Gutiérrez se queda con los ojos sumergidos en el fondo, contempla el vaso como si en su interior se estuviera reproduciendo una película con los recuerdos de su Lily. Goya vuelve a carraspear, busca en los bolsillos. Siente que le transpiran las patillas. Y se reprocha demorar ese momento. Porque lo que busca en sus bolsillos es su tarjeta, y quisiera haberla tenido a mano, no estirar ese silencio, ese dolor. Finalmente da con su tarjeta, Aneth advierte que se le escapa una pequeña sonrisa, de satisfacción, como si hubiera encontrado el boleto ganador de la lotería. A veces, o muchas veces, Goya no es más que un niño.

—Le dejo mi tarjeta. —La apoya sobre la mesa, bien visible—. En caso de que nos pueda ayudar a identificar al asesino de Lily.

Esto también forma parte de la rutina. Aneth ha descubierto, y para eso ha debido pasar mucho tiempo, que aunque tal comentario es al parecer muy rudo, muy áspero, funciona para que el familiar del asesinado —en este caso, la pobre señora Gutiérrez— comience a cambiar su actitud. Porque no es la misma actitud que tiene alguien cuyo hijo se ha muerto de forma natural que la que puede tener un padre cuyo hijo ha sido asesinado. Aneth no quería creerlo cuando el jefe se puso a exponer su teoría al respecto, pero pudo comprobarlo: el dolor paraliza, el odio y la rabia funcionan como un resorte que te hace saltar siempre hacia adelante. Cualquier psicólogo podría decir lo contrario, pero ninguno ha tenido que pasar por eso tantas veces como ellos, así que al carajo los psicólogos.

Capítulo 4

Sin solución de continuidad, sin que ellos volvieran a tocar el tema aquel del preservativo, y sin que Lorenzo le reprochara que ella no le atendía el teléfono, es decir, como si no hubiera pasado nada, Flavia y Lorenzo cenan mientras Alejo y Valentina juegan *Angry Birds* con la *tablet* en el piso. Flavia se esfuerza en rellenar los silencios, Lorenzo le dice que ha pensado que no estaría nada mal tomarse unos días de vacaciones, solos, sin los niños. Que mañana mismo se ponen a planearlo y no pasa de ese mes. Ella sonrío. Llena las copas con lo último que queda del malbec y hacen un brindis austero. Las copas chocan y otra vez el silencio, y otra vez Flavia ocupando ese silencio con las cosas que debe hacer mañana y con algún chisme de alguna madre del colegio. Lorenzo sonrío cuando hay que sonreír, asiente cuando debe asentir, se pone serio cuando corresponde. Y mientras ejerce su papel de esposo perfecto, no puede dejar de pensar en el próximo martes, en cuánto falta para volver a encontrarse con Isabel.

«Ya estamos bien, Lorenzo. Ha sido apenas un sacudón, una advertencia. Debes cuidarte, Lorenzo, pero no es necesario que te detengas. Solo cuídate. Si lo haces, no hay razones para que dejes de frecuentar a aquella chiquita».

Terminan de cenar. Flavia levanta la mesa, Lorenzo pone los platos y los cubiertos en el lavavajillas.

—¡O me ayudan a lavar o se van a dormir!

Lorenzo no acaba de decir esto y Alejo y Valentina desaparecen escaleras arriba. La *tablet* también desaparece, por supuesto, podrán subir todo lo que quieran, pero no podrán evitar que se diviertan un rato más con sus «aves enojadas».

Flavia no deja de sorprenderse. Lorenzo tiene mil defectos, pero tiene una virtud que la vuelve loca, y es cómo sabe llevar a los chicos, cómo consigue con una sola frase algo que a ella le demoraría horas, insistir con que vayan a la

cama, que mañana hay cole, que no me hagan enojar.

Lorenzo se lava y se seca las manos, suspira. Flavia no puede dejar de mirarlo. Él lo sabe, la tiene donde quería.

—¿Subimos?

—Vamos.

Una hora más tarde, abrazados y con sendas sonrisas, duermen como hacía mucho tiempo no dormían. Después de haber hecho el amor como hacía siglos no lo hacían.

Por eso es que, al día siguiente, Lorenzo lo ha llamado a Illescas y le ha dicho que antes del mediodía pasaría por su despacho. Porque en su cronograma ya ha tachado los pendientes: su asunto con Lily, su asunto con Flavia. Así que es hora de abordar el asunto con Illescas.

—Bueno, amigo. —Lorenzo ya lo tiene enfrente, lo oye monologar; Illescas es el que, después de las preguntas de rigor: «¿cómo está la familia?, ¿qué edades tienen tus niños ya?, vaya que el tiempo pasa volando», habla ahora—. Pongámoslo de esta manera, querido Lorenzo, se te aparecen los cien mil antes del viernes o el lunes vuelves a tu oficina en muletas.

Illescas se para, rodea su escritorio y se para frente a Lorenzo, que abruptamente ha dejado de sonreír. Lo agarra de la solapa de su costosa chaqueta deportiva y lo lanza contra la puerta. Lorenzo lo mira sorprendido. ¿Dónde está el Illescas discreto, el Illescas sensato?

—¿Entiendes, Lorenzo? —sube el tono, pregunta, pero con tono afirmativo—. ¿Entiendes, Lorenzo?!

Lorenzo alcanza a mover apenas la cabeza. Illescas sonrío. Lo suelta, le acomoda la chaqueta como si todo hubiera sido un malentendido y le aprieta la cara con ambas manos. Todavía es muy pronto para que Lorenzo llegue a tal conclusión, pero más tarde, esa misma noche quizá, razonará que jamás se ha sentido tan humillado, tan poca cosa, como esa mañana con el traicionero hijo de puta de Illescas. Pero ahora solo siente impotencia. Porque tal vez, y solo tal vez,

podría defenderse, agarrarle fuerte las manos y darle un cabezazo, o una patada en los huevos bien puesta, y veremos quién es el que grita en esta oficina de cuarta, veremos quién manda. Pero esa no es siquiera una posibilidad. No hay chances de que ocurra algo así. Habría que estar loco para enfrentar a un mafioso como ese tipo, aunque sea el más bajo en el escalafón de la más baja célula mafiosa, y creer que te saldrás con la tuya. Así que mejor tragarse la rabia y el orgullo, y hacer de cuenta que no pasó nada.

Entonces, asiente otra vez y murmura un «sí» agudo que lo avergüenza todavía más y que esa noche, cuando no pueda dormir y Flavia le pregunte si le ocurre algo, Lorenzo querrá olvidar para siempre.

Tal vez Illescas advierte lo que se le pasa por la cabeza, tal vez por eso sonría: porque le causa placer ver cómo Lorenzo se doblega ante él, porque él, Macedonio Illescas, a pesar de sus debilidades, a pesar de no ser un asesino conocido o un tipo de temer, es alguien poderoso. Tal vez por eso sonrío.

—Ahora —dice volviendo a sentarse— sal de mi oficina. Tengo clientes a quienes llamar.

Esa noche, cuando Flavia procurase averiguar lo que le sucedía, Lorenzo le mentiría: que lo tiene a mal traer un caso complicado, que tiene mucha presión porque es un caso que no puede perder, que está en juego no solo el nombre de su bufete sino el suyo propio, que debe preparar muy bien el caso y, así y todo, es posible que lo pierdan. Flavia le hará unos pequeños masajes en el cuello que pronto se extenderán hasta la espalda. Y en un parpadeo estarán otra vez uno sobre el otro, primero ella, después él, luego otra vez ella. Solo que nada se parecerá a la noche de ayer. Hoy el sexo volverá a ser como el sexo de siempre. Y otra vez a dormir cada uno para su lado, sin sonrisas.

—Me gustaría —propondría él en la oscuridad de la habitación y todavía dándole la espalda— que mañana almorcemos juntos. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto.

Sin darse vuelta, Flavia le acariciará los tobillos con sus pies. Y se dormiría unos segundos después. Lorenzo lo advertiría en el cambio de respiración, la

conoce lo suficiente como para saber cuándo acabaría de dormirse. Él, en cambio, va a necesitar de algo así como dos horas para poder dormirse.

—Buenos días, señor Lorenzo.

Es el guardia Daniel Garrido quien rompe el silencio del estacionamiento. Lleva ya cuatro años trabajando en el bufete, levantando y bajando la barrera, registrando los datos de los que ingresan y egresan, ya sean empleados, clientes, proveedores, visitas, y recién hoy se atreve a llamarlo así: Lorenzo. El señor Lorenzo le ha pedido en más de una ocasión que deje de decirle doctor Gracia, que puede llamarlo por su nombre. Pero siempre le ha resultado muy difícil hacerlo. No solo con él, lo mismo le sucede con el doctor Eckert, solo que, en ese caso, el doctor Eckert parece muy contento con que lo llame así. Por eso es que el señor Lorenzo es, de los dos socios, su preferido. Por eso y por otras cosas que no habrán de ser muy importantes, pero que hacen que uno se incline más por uno que por el otro. Detalles, no mucho más. Cuando uno de los socios, uno de los jefes, te saluda amablemente y te pregunta por tu familia, o recuerda tu cumpleaños, o te gasta bromas por el partido del domingo, y el otro apenas escupe un «Buen día» que sale poco natural, como forzado, como si repudiara tener que saludar al tipo que trabaja en la garita del estacionamiento donde debe dejar su lujoso auto, entonces, no hay mucho qué pensar, no es difícil decidirse por el doctor Gracia, el señor Lorenzo.

—Buenos días, señor Lorenzo —ha dicho Garrido. Y, extrañamente, el señor Lorenzo no ha contestado. Garrido levantó la barrera y se quedó mirando cómo el señor Lorenzo aceleraba hasta el estacionamiento identificado con su apellido. Dos lugares más allá está la camioneta de la señora Flavia.

Procurando disimular, Garrido lo observa.

«Habrà tenido una pésima mañana», se dice. No solo porque entró sin saludar, sino por el gesto que llevaba: la frente fruncida, la boca era apenas un tajo a la sombra de su nariz pronunciada. Y parecía un tanto desarreglado.

«Sí, señor, un pésimo día».

Garrido monitorea la cámara de seguridad que reproduce en blanco y negro lo que él, desde su garita, su íntimo refugio, no puede ver. Ve que el señor Lorenzo (¿o será que lo que le molestó fue que lo haya llamado así? Garrido espera que no, y se dice que volverá a llamarlo doctor Gracia) se queda unos minutos frente al volante. No puede ver detalladamente lo que ocurre en el auto, pero pareciera que no hay movimientos en su interior. Así pasan unos minutos, hasta que el señor Lorenzo (¡Doctor Gracia, Garrido, doctor Gracia!) finalmente se baja, rodea su radiante Audi A4 y se dirige al baúl. El baúl se abre y el doctor Gracia saca una bolsa, una bolsa grande, de esas de residuos, y saca también algo que parece ropa, un vestido o algo similar, la calidad del video no es muy buena, pero definitivamente es alguna prenda femenina, y lo mete en la bolsa. Garrido observa la escena con cierto aburrimiento. Aunque, a decir verdad, desde su garita todo transcurre con un aburrimiento fatal. Pero el trabajo es trabajo, se dice, y hay que cuidarlo, no está fácil afuera, hay que cuidar el trabajo por más que sean las doce horas más insoportables de tu vida.

Garrido saca una taza y un saquito de té y la llena con agua caliente del dispensador. El doctor ahora cierra la bolsa con una cuerda o con un precinto, es evidente que el contenido de la bolsa debe permanecer dentro. En ese instante ve salir desde la puerta que da a las oficinas a la señora Flavia. Ella pasa al lado de Garrido y lo saluda con la mano y con una sonrisa enorme, de esas sonrisas que siempre lleva puesta y que la convierte también en la esposa preferida de Garrido. Porque si el doctor Eckert es antipático, su esposa es la reina de la hostilidad.

Garrido le devuelve el saludo y la sonrisa mientras que con la otra mano revuelve el té. Entonces tira el saquito en el cesto y mata el aburrimiento observando al matrimonio Gracia. No solo los observa, juega al juego de siempre, el de inventar historias. Toma un sorbo del té, que está amargo pero caliente, mientras ve que la señora Flavia camina sigilosa hasta el coche de su esposo. Y oye la voz de ella que dice súbitamente «¡Hola, cariño!». Esto no lo oye por la cámara, que solo reproduce imagen y no audio, sino porque el

estacionamiento es pequeño, con lugar para doce autos, y los sonidos se amplifican como si estuvieran en el interior de la caja de resonancia de un piano de cola. La imagen frente a Garrido le permite ver que el doctor Gracia se sobresalta como si hubiera escuchado la voz de un muerto, y que, por el susto, sus hombros se levantan y enseguida, y sin darse vuelta, cierra el baúl, activa la alarma de su auto —esto también lo oye— y se queda con las manos apoyadas en el baúl.

La señora Flavia se queda parada a unos metros de distancia. El doctor Gracia («¡Tanto te has esforzado en llamarlo señor Lorenzo y ahora debes volver a lo de doctor!») lleva una mano a su pecho y gira hacia donde está su esposa y cierra los ojos. Garrido oye la voz del doctor como si lo tuviera a su lado:

—Me has dado el susto de mi vida.

—No quise asustarte, querido.

—A la luz de los hechos, diría que ese y no otro ha sido tu objetivo. —El doctor se acerca, la toma por los hombros y le da un beso en la mejilla.

—En realidad quise sorprenderte, perdón si te asusté.

—¿Qué haces aquí? Creí que me esperarías en mi oficina.

—Nada, querido. —Garrido ve en la cámara que ella ahora lo abraza por la cintura—. Quería romper la rutina. Además, me muero de hambre. Y si subías, seguramente recibirías una llamada, contestarías, te pondrías a trabajar y no saldríamos más. Quería que fuéramos al restaurante tan pronto llegaras.

—Veo que tienes hambre —dice el doctor tomándola del hombro—. Vamos.

—Creí que iríamos en el auto.

—Cariño, Gusto's está apenas a dos calles de aquí. La caminata no nos vendrá nada mal. Y a la vuelta nos ayudará con la digestión.

Caminan ahora en dirección a la garita de Garrido. Él se sienta recto en su silla y finge no prestarles atención. Pasan por su lado y Flavia ahora no se da vuelta. El doctor Gracia, en cambio, lo mira y se despide de él haciendo la venia. Garrido lo saluda con el pulgar arriba, los ve llegar a la calle y desaparecer por el sur.

Daniel Garrido siempre juega a inventarse historias, solo que las que inventa no son nada originales. Influenciado por las series de detectives que mira en su celular cuando le toca cubrir el turno noche, que son sus favoritas sin importar lo pobres y previsibles que pueden ser la mayoría, únicamente se le ocurren historias que encajarían en cualquiera de esas series. De modo que ahora divaga que el señor Lorenzo (el doctor Gracia) oculta algo. Que por la reacción ante la aparición sorpresiva de su esposa, no sería descabellado conjeturar que algo se trae entre manos, algo más grande que una infidelidad. Claro, no puede ser un simple asunto de faldas, pues de serlo no habría historia policial que se sustente. En esas ridiculeces piensa Garrido durante sus desoladas tardes de vigilancia. Piensa y fantasea cosas así. Sin saber que, tal vez en ese caso, no se trate de ninguna ridiculez, de ninguna fantasía.

Hilario Cota y Oliver Márquez fuman en la puerta del apartamento de la segunda víctima.

—Te apuesto el desayuno de mañana a que la primera en llegar es el bombón —apura Hilario.

—¿A quién te refieres? —replica Oliver fingiendo ingenuidad.

—Ya sabes, el bombón de Aneth.

—¿Dices que llegará antes que el jefe?

—Ajá.

—Acepto la apuesta. Seguramente está bebiendo en algún bar cerca de aquí.

El auto de Aneth se detiene en la esquina. Es ella otra vez la primera en llegar.

Hilario sonrío. Lo codea a Oliver, que maldice por lo bajo.

—Si sigues sin dormir —le dice Hilario mirando su reloj apenas ella descende del coche— muy pronto te vas a ver tan vieja como este vejstorio que fuma a mi lado, y yo voy a desayunar gratis de por vida. —Tira el cigarrillo al piso, lo aplasta, la sonrisa le dura unos segundos.

Aneth ya no fuma, pero ver cómo echan humo, casi placentemente, a esas

horas de la madrugada, sin mucho más que hacer que esperar y fumar, le provoca unas ganas insoportables de prender uno, de darle al menos una pitada. Pero se resiste, sería una estupidez volver al vicio.

—¿Lo has llamado al jefe ya? —pregunta Oliver apoyándose contra el marco de la puerta.

Aneth asiente con la cabeza.

—¿Y va a venir?

—Claro que va a venir —dice Hilario—. ¿No te pensarás que tiene cosas más importantes que hacer a las 3:00 de la madrugada?

—¿Qué tenemos? —dice seria Aneth.

—Sígueme —propone Hilario.

Entretanto, Goya conduce hacia la dirección que acaba de pasarle Aneth.

«Debería ponerse de moda asesinar a las 3:00 de la tarde. Me daría un bello descanso».

Al cruzar por la intersección de Charcas y Armenia la radio se desintoniza. Goya oprime los botones de su estéreo hasta que da con una frecuencia que transmite música clásica. «Esto sí es música». No reconoce al intérprete, así como no sabe quién es el autor de la pieza que suena, a decir verdad, sabe poco y nada de música clásica. «Música de cámara —le dijo una vez Pérez—, de cámara lenta». Ese recuerdo le provoca una carcajada. Se mira en el espejo y llega a la conclusión de que aún es capaz de reír. Un violín y tal vez un chelo ahora son su banda sonora. Goya solo sabe que esa música le da paz. Entiende, aunque no sepa nada, que algo sublime, algo majestuoso, ocurre mientras los músicos tocan esa pieza.

Baja la velocidad, no hay urgencia por llegar al domicilio de la segunda víctima. Aneth ya estaría ahí, seguramente Hilario y Oliver también. No hay razones para apresurarse. Mejor conducir con tranquilidad, y tal vez pueda escuchar la pieza entera antes de llegar.

Por casualidad, o por alguna razón ajena al discernimiento de Goya, pero que sin embargo le sucede muy a menudo, el auto se detiene detrás del de Aneth en

el mismo momento en que un trombón y unos platillos anuncian el final de la pieza, y se oye la voz primorosa y suave del locutor que informa que acaba de sonar el *Concierto número 3*, de *Las cuatro estaciones*, de Antonio Vivaldi.

Aneth se asoma por el ventiluz del baño y ve que el jefe llegó. Cierra la cortina y se queda examinando el cadáver, despatarrado en la bañera.

—Es igual que el primero —dice Hilario como esperando una confirmación por parte de Oliver.

—La estrangularon, igual que a la chica anterior.

Goya atraviesa la puerta de calle, camina por el pasillo, siente un escalofrío. Es una sensación similar a la de cuando en un día de treinta grados sale a la calle tras haberse pasado la tarde en una habitación refrigerada y, al poner un pie afuera, siente como si chocara contra una pared calurosa, densa, pegajosa. Eso siente, ese contraste. Y esto se debe a que hasta hace unos segundos conducía tranquilo, con Vivaldi danzando sereno, angelical, alrededor de sus oídos, y ahora debe caminar por el pasillo y enfrentarse al sórdido escenario de un asesinato despiadado.

«¿Hay acto más angustiante que tener que dar la cara con los familiares de la víctima? Sí, por supuesto: pararse frente a la víctima que yace inerte a unos pasos de distancia. Porque dar la noticia es terrible, pero más lo es el hecho que provoca esa noticia, la muerte misma».

—Estamos frente al mismo asesino —murmura Aneth—. No hay dudas, es idéntico al primero.

—Pero esta vez —interrumpe Goya desde la puerta del baño— nuestro asesino no se tomó el tiempo de estropear el lugar.

Era cierto, a diferencia de la primera víctima, en este caso el apartamento lucía muy diferente. Si bien no era el apartamento más pulcro de Sancaré, al menos no había vidrios desparramados por el piso ni sillas volcadas.

—¿Quién la encontró? —pregunta Aneth.

—Su hermana mayor. —Oliver revisa su cuaderno—: Yael Antón. Dice haber venido al apartamento porque su hermana no contestaba el teléfono, y eso

nunca pasaba. Llegó y la encontró muerta (tenía un juego de llaves). Tuvo un ataque de nervios y fue derivada al hospital, pero tenemos los datos para ubicarla.

—Podemos suponer —piensa Aneth en voz alta— que la hermana llegó cuando el asesino todavía estaba aquí, y que por eso no se encargó de destrozarse el lugar.

—Y por eso —completa Hilario— no fue lo suficientemente meticuloso como para borrar todas sus huellas.

—Puede ser —gruñe Goya.

Aneth sale del baño:

—Buen día, jefe.

—Buenas noches, diría yo.

Ella va a la cocina y la recorre con la vista, procurando no tocar nada.

—¿Mismo procedimiento? —pregunta Goya mirando en dirección a Oliver.

—Sí, jefe, parece que estamos tras las huellas de un asesino en serie.

—Tres, caballeros —masculla Hilario—, una serie comienza recién con tres asesinatos.

Aneth se pone en puntillas y abre la alacena con la mano que lleva puesto el guante. Hace lo mismo con los cajones del armario. No busca nada en particular, solo le enfurece sentirse inútil. Vuelve al baño y se queda detrás de Hilario, que ahora toma fotos del cadáver. Empuja levemente la puerta y examina detrás de ella. Nada al parecer. Se agacha y, con un golpe de vista, cree detectar algo. Se levanta, se recoge el cabello y vuelve a mirar con detenimiento aquello que ha llamado su atención.

—Mira, Hilario —dice mordiéndose la boca.

Hilario saca una foto más, voltea y se pone de rodillas junto a Aneth.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta Aneth con tono afirmativo.

—Es sangre —dice Hilario—. Hazme lugar.

Aneth se hace a un lado y deja que Hilario haga lo suyo. Él le saca dos fotos a la gota de sangre, que había permanecido oculta debajo de la puerta entornada,

desde dos ángulos distintos. Estira la cámara para que Aneth la sostenga, y hurga en su bolso. Destapa un vial de unos tres centímetros de largo por uno de diámetro, saca un diminuto hisopo de su interior y sostiene la tapa con el meñique y el anular, refriega el hisopo sobre la sangre, y cuando decide que ya se ha impregnado lo suficiente, vuelve a introducir el hisopo en el frasco y lo tapa otra vez. Lo cierra con minucioso cuidado, vuelve a ponerse de pie. Se queda mirando a Aneth sin decir nada. Goya lo ve guardar el vial adentro de una bolsa hermética y también la mira a Aneth:

—Veo que alguien estaba sangrando.

—Es lo único que hay por el momento —murmura Hilario cerrando la cremallera de su bolso—. Al parecer se esmeró en limpiar y obvió una pequeña fracción del piso. Un pequeño detalle.

—Solo eso nos hace falta —dice Goya—. Danos pequeños detalles y nosotros te llevaremos tras las rejas.

—Espero nos dé más que eso —dice Hilario y sale del baño, esquivando primero a Aneth, después a Goya.

Goya lo sigue. Aneth se queda mirando a la niña. Porque eso es, una niña, al igual que Lily, la primera. Apenas pasados los veinte.

«Te voy a encontrar, cobarde asesino de mujeres. Te voy a mirar a los ojos y vas a saber que fui yo quien lo hizo. ¡Cobarde!».

Aneth tarda en salir del apartamento y, al llegar a la calle, ve a Goya recostado sobre el capó de su auto. Ella se acerca. Se suelta el pelo y se queda mirando el cielo.

—¿Cómo estás, Aneth?

—Cansada pero bien.

—No es eso lo que te pregunto. —Goya saca un cigarrillo suelto del bolsillo de su camisa. Lo enciende, le da una pitada larga—. Ten, te hace falta.

—No, jefe. Paso.

—Toma, fúmalo. Te matará con los años, pero te prometo que hoy te ayudará a pasar la noche.

Aneth acepta el cigarrillo y se lo lleva, solemne, a la boca. Le da una pitada y se lo devuelve.

—Es tuyo —dice Goya—. De todos los vicios, es el único que me repugna.

Aneth lo tira en medio de la calle.

—¿Qué piensa, jefe?

—Pienso que no debes dejar que esto te altere.

—No se preocupe por mí, estoy bien.

—No me preocupo por ti. Me preocupo por mí, no puedo hacer esto si debo ocupar mi cabeza en saber cómo estás tú. Te necesito concentrada, Aneth. Y para ello es necesario que sepas mantener cierta distancia.

—Lo sé, es lo que hago.

—Piénsanos como observadores. Observamos, analizamos, deducimos, ejecutamos. Piénsanos como los documentalistas del Discovery, mirándolo todo desde lejos, en silencio y sin participar, aunque veamos cómo una leona destroza a una pobre gacela.

—Los del Discovery son unos zopencos. —Aneth salta sobre el capó y se estira a un lado de Goya. Sigue contemplando el cielo.

Goya sonrío, la mira.

—Es verdad, Aneth, ¡vaya que lo son!

—Voy a estar bien, jefe. Le prometo que cuando lo atrapemos y lo mire directo a los ojos, voy a estar bien.

—Si es que lo atrapamos.

Lorenzo pide un café con crema para él y un capuchino para Flavia. Ella hace unos minutos que no despegla la mirada de su móvil. Lorenzo está a punto de ensayar un reproche, pero se dice que todavía no tiene crédito para hacerlo, de modo que se aguanta. El mozo trae el pedido, y Lorenzo aprovecha y le entrega la American Express y le pide que le cobre todo, incluida la propina. Le guiña un ojo, el mozo dice «Ya le traigo la cuenta, señor Lorenzo» y se va con pasos ligeros. El teléfono de Lorenzo suena. Contesta. Corta. Ha sido su socio quien ha

llamado.

—¿Buenas noticias? —indaga Flavia, dejando su móvil a un lado y corriendo la silla un poco para que el sol no le dé de lleno.

—Muy buenas, era Eckert. Acabamos de cobrar lo del caso de la petrolera.

—Eso quiere decir que hoy invitas tú —dice Flavia y saca la lengua.

Lorenzo la ve, después de mucho tiempo, como la joven que fue cuando se conocieron. Una joven hermosa, *sexy*, provocativa.

—Sabes que te amo, Flavia —dice la boca de Lorenzo, sin que él tuviera preparado decir algo así. Se sorprende al decirlo de forma tan natural, y es una sorpresa agradable—. Deberíamos viajar este mismo fin de semana, ¿no lo crees?

Ella vuelve a correr su silla, ahora hasta ponerla muy cerca de la de él. Se estira y le da un beso en la boca, un beso tibio y suave.

—Lo que tú quieras, amor. Si alguien se merece, más que cualquiera, un buen descanso, ese eres tú.

Lorenzo la abraza. Y el mozo debe fingir una tos para que se den cuenta de que existe alguien más que ellos dos en el mundo.

—La cuenta, señor —dice el mozo.

Lorenzo firma el *ticket*, guarda la tarjeta y se queda contemplando los ojos hermosos de Flavia:

—¿Vamos?

—Vamos —responde ella. Se levanta, se estira como cuando practicaba yoga y hacía «el saludo al sol», y recoge su cartera y su móvil. Lorenzo la espera con las manos en los bolsillos. Cuando ella ya se ha asegurado de que no ha dejado nada olvidado en la mesa del *Gusto's*, se acerca a Lorenzo y se le cuelga del cuello.

Hoy, como hacía mucho tiempo, siglos tal vez, se sienten plenos, completos. Como si hubieran vuelto a conectarse después de años, como si hubieran sido durante un largo tiempo dos desconocidos, y ahora que se ven a los ojos, logran reconocerse. Caminan las dos cuabras hasta la oficina de Lorenzo. Recorren

abrazados el estacionamiento.

—¿Sabes qué pienso? —dice ella al pasar junto a la garita de Garrido—. Que este hombre tiene mucha cara de degenerado.

—No seas así, amor —dice Lorenzo sonriendo—. Es buen tipo. Algo entrometido, nada más.

—Siempre lo saludo muy cordialmente porque temo que me secuestre y me viole.

Lorenzo no puede contener una carcajada. Definitivamente hoy Flavia es la Flavia que conoció hace años. Llegan a la camioneta y se despiden con un beso y un abrazo que, si hubiera durado más, los habría conducido directo a la cama. O a la alfombra de la oficina de Lorenzo.

—Nos vemos a la noche.

—Te amo, cuídate.

Lorenzo la ve arrancar y salir despacio, como conduce siempre. Entonces, él se sube a su auto y lo pone en marcha. Mira su reloj: todavía está a tiempo de pasar por el banco.

Capítulo 5

Lorenzo entra a la oficina de Illescas. No puede verse, no puede saberlo, pero intuye que en su rostro se extiende una sonrisa mitad de desprecio, mitad de triunfo. Quisiera tener un espejo a mano, se sentiría orgulloso de este Lorenzo que ahora viene a pagar, a enfrentar al tipo que hace unos días lo humilló, lo trató como basura. Illescas, aplastado en su silla detrás del escritorio, sí puede verle la cara, tal vez por eso frunce el entrecejo, porque no se esperaba la vehemente irrupción de Lorenzo.

—Aquí tienes. —Lorenzo suelta un fajo de billetes sobre el escritorio.

Illescas lo observa, parece no inmutarse. Toma aire, se acomoda el saco, junta una pila de papeles, los guarda en un cajón, lo cierra. Levanta el fajo y lo sopesa, como si pudiera calcular cuánto dinero hay con solo sostenerlo. Se queda mirándolo a Lorenzo.

—Está todo —dice Illescas, volviendo a abrir el cajón y arrojando el dinero en su interior con desdén.

—Claro que está todo, cuéntalo. —Lorenzo se apoya sobre una pierna, los brazos en jarra—. Soy hombre de palabra. Pago mis deudas. Cien grandes, ni más ni menos.

Illescas parpadea, cierra los ojos un momento, como si pretendiera echarse una siesta. Los abre y sonrío, y esta vez no hay dudas, la sonrisa de Illescas es ciento por ciento de desprecio:

—Muy bien, señor hombre de palabra, lo felicito. Pero así como tú eres un hombre de palabra, yo soy un hombre de negocios. Y como tal, debo comunicarte que aquí falta dinero. Me debes quince grandes, Lorenzo. Ya sabes, intereses...

Lorenzo no puede evitar que la mandíbula le cuelgue como si las muelas inferiores pesaran toneladas.

—No sé nada de ningún interés, Illescas. Cien era todo lo que te debía.

Ahora estamos en paz.

Illescas suelta una carcajada, se levanta y vuelve a arreglarse el saco.

—Querido Lorenzo, creí que había sido claro contigo. Cuando vienes y me pides dinero, cuando apuestas y no ganas, debes pagarme. Y cuando pierdes, no pagas y me insultas, debes atenerte a las consecuencias. Este es mi juego, Lorenzo, y son mis reglas. Tú eres punto, yo soy la banca. No querrás ponerte a la banca en contra por un puñado de billetes.

—Te estás excediendo. Acabo de darte cien grandes. —Lorenzo procura que su voz suene firme, pero no lo consigue; apenas un hilo de voz sale de su boca, un hilo quebradizo, trémulo, un filamento frágil que en cualquier momento se podía deshacer.

—Créeme, Lorenzo, de una forma u otra, siempre cobro mis deudas. Si sales de aquí sin decirme que vas a pagar, sabré lo que tengo que hacer.

Lorenzo se rasca la nuca, tiene los ojos clavados en el piso ahora.

—Exacto —dice Illescas—. Eso es, eres un tipo inteligente, Lorenzo. Con un grave problema con el juego, pero eres sensato. Ahora vete y no vuelvas si no es con los quince restantes. Y apresúrate, porque pronto serán veinte, pronto serán muletas, tal vez hasta una falange.

Lorenzo sale disparado, pero sin atreverse a dar un portazo. Sale a la calle y siente que le falta el aire, las piernas le flaquean. Piensa en llamar a su socio, en decirle que retirará otros quince grandes del caso de «la petrolera contra Silvia Antón», que después los repondrá. Pero no lo hace. Se queda parado, sin recordar dónde ha dejado el auto.

Entretanto, llegan los datos preliminares de la segunda víctima. Solo un dato es relevante. El nombre de la víctima: Silvia Antón. Pero al inspector Goya no le dice nada ese nombre, tampoco a Aneth. Están atascados. Y lo estarán hasta que lleguen los resultados de la muestra de sangre. Están tan atascados como siguen estándolo con la muerte de Lily, la primera. Igual de inmóviles como ahora, que llevan casi veinte minutos intentando avanzar, pero el tráfico está imposible y

parece que van a morirse de viejos arriba de ese estúpido auto.

—¿Desde cuándo se te da por la música clásica? —indaga Aneth.

—Desde ayer, querida. ¿No es increíble que a mi edad pueda aún ser nuevo en algo?

Aneth sonríe, sube el volumen, se recuesta en el asiento.

El teléfono de Goya suena, es el comandante Sotomayor. Aneth apaga el estéreo, se acerca al teléfono para oír lo que dice:

«Tienes otra, Goya. Tu asesino de la bañera lo ha hecho de nuevo».

Goya le hace un gesto a Aneth con la mano, escribiendo en el aire. Ella interpreta velozmente el gesto, busca en la guantera y saca el cuaderno y el lapicero azul, anota lo que Goya le dice:

«Los Sauces 1432, El Amparo. Tercera víctima».

—No estaré hasta dentro de una hora, estoy atascado en el Centro. Pero apenas pueda salirme, vamos para allá. Sí, vamos, estoy con la inspectora Castillo. Sí, creo que sí, buena idea, así será.

Goya corta la llamada, Aneth lo mira.

—Dice Sotomayor que vayas tú.

—¿Dijo mi nombre?

—Tu nombre lo dije yo, pero al oírlo no dudó en sugerir que fueras. Al parecer, tus actuaciones en los últimos asesinatos han dejado buena impresión.

—¿Quieres que vaya?

—Por supuesto, Aneth. A no ser que prefieras reemplazarme al volante y liberarme de este calvario.

—Buena suerte, jefe. Lo espero allá. Si tengo novedades, lo llamo. —Aneth arranca la hoja del cuaderno y se baja del auto.

«Deben ser tres para considerarse una serie», susurra para sí Aneth.

En este caso, el apartamento es un caos. El asesino se tomó su tiempo para destrozarse cuanto tuvo a su alcance. La escena del crimen parece en realidad el epicentro de un terremoto.

—Si sigo viéndote tan a menudo —dice Hilario esquivando cosas—, tendrás que invitarme una copa.

—Cuando quieras —dice Aneth, aburrída.

Oliver sale a la puerta del 5B y enciende un cigarrillo. Tiene ojeras del tamaño de una bola de villar. Desde la puerta, y con la mano que sostiene el cigarrillo, le apunta a Aneth:

—Esto se va a poner pesado, sabes. O encuentran rápido al homicida...

—Feminicida, ha matado a tres mujeres.

—Sí, como sea.

—Cómo sea, no. Tres mujeres, Hilario.

—Tres hombres, tres mujeres, da igual. Es un asesino, o feminicida o cómo quieras llamarlo. El asunto es que deben atraparlo ya, si no quieren que esto les explote en la cara.

—¿A qué te refieres? —Aneth esta vez no entra en el baño.

Oliver aplasta el cigarrillo y vuelve a entrar. Se acerca a la ventana y corre levemente la cortina.

—Velo por ti misma.

Aneth esquiva una silla y un cajón roto, se asoma y ve al otro lado de la calle dos camionetas. Una es de Canal 5, la otra, de *Todo Noticias*.

—Carajo —dice Aneth a regañadientes.

—Y eso no es todo.

—Hoy estás más hablador que de costumbre.

—Tengo mis momentos.

—¿Cuánto hace que no duermes, Oliver?

—Lo mismo que tú, despreocúpate. ¿Quieres o no quieres las novedades?

—Vas a decírmelas por más que no quiera.

—Por supuesto, aunque preferiría decírselo a Goya. ¿No piensa venir?

—Ya debe estar llegando. Dime, Oliver.

—Esta chica no es precisamente la tercera.

Aneth abre los ojos, ahora él ha captado su atención.

—Ven, te mostraré. —Oliver comenzó a caminar en dirección al baño.

—Preferiría quedarme por aquí.

Oliver se da vuelta y se queda mirándola. Asiente, se pasa la mano por la cabeza, resopla:

—Livideces, Aneth, el cadáver presenta manchas rojas en toda la superficie dorsal. Sangre estancada, sabes. Esta chica ha estado sobre su espalda un largo rato.

—Entonces.

—Entonces, esta es nuestra segunda víctima en orden cronológico.

Goya entra al apartamento. La frente se le arruga al ver el desastre. Le hace un gesto a Aneth, ella se pone las manos en los bolsillos y lo sigue. Salen. Él camina delante, suben las escaleras. Dos son los pisos que recorren hasta llegar a la azotea.

—¿Recuerdas lo que nos mencionó la madre de...?

—De Lily —confirma Aneth—, Liliana Maylén Villegas.

—Exacto, aquello de que tenía un novio muy reservado, algo así como un espía de la CIA. Un tipo que seguramente es casado y cuyo único plan con nuestra Lily era pasar un buen rato. Bueno, tenemos un nombre. Un tipo que podía encajar.

—¿Un tipo casado?

—Más que eso, Aneth. Espera, escucha la historia completa.

—La segunda víctima —dice, el nombre de ella Goya sí lo recuerda—, la señorita Silvia Antón...

—Que en realidad es la tercera.

—¿Cómo tengo que hacer para que no me interrumpas, mujer? —Goya se asoma y mira hacia abajo, pero siete pisos son más de lo que su vértigo le permite—. Espera, Aneth, ¿qué dijiste?

—Que la de hoy es en realidad la segunda. Lleva más de un día muerta.

—Ya veo, creo que ahora empieza a cerrarme todo. Escucha. Pero, por favor, escúchame. —Le apunta con el índice, como acusándola—. La señorita Antón,

que es nuestra tercera, acababa de ganar un juicio laboral. Con una petrolera. Y debido a ello ha permanecido en contacto con un bufete de abogados. Shhh, Aneth, espera, no digas nada. El bufete está a cargo de dos hombres: un tal Lorenzo Gracia y otro fulano llamado Edgar Eckert. Y adivina qué, la señorita Antón fue asesinada un día después de haberles pagado la comisión por el caso ganado. No antes, no durante, sino inmediatamente después.

—...

—Puede sonar forzado, lo sé, pero la aprobación del pago se hizo por teléfono. Antón llamó y autorizó el pago desde su móvil el mismo día, tal vez minutos antes de que la asesinaran. Y esto es lo mejor. —Vuelve a apuntarle con el dedo—. Ambos socios están «felizmente» casados, ambos dan con el perfil que nos sugirió la madre de Lily.

Aneth está a punto de decir algo, pero es obediente, no va a hablar hasta que Goya haya terminado su exposición.

—Dime, Aneth, ¿crees que es muy descabellado lo que te digo?

Aneth se pone el pelo detrás de la oreja, lo mira:

—Es algo. No teníamos nada, ahora tenemos algo.

—Pensaba. —Goya camina en círculos por el piso cuarteado de la azotea—.

Pienso...

—¿Qué piensa, jefe?

—Pienso en ti. Tú tienes muchas virtudes, no las enumeraré ni hoy ni nunca. Pero las tienes. Es todo lo que voy a decir. Pero tu mayor virtud es precisamente la que todos señalan como tu debilidad.

—Que soy mujer.

—¡No, Aneth! Eres novata. Y eso te permite una mirada distinta porque no cometes los errores que puedo cometer yo por exceso de confianza. Y pensaba que si Antón es nuestra tercera víctima, tal vez el asesino no estropeó el apartamento no porque advirtiera la llegada de la hermana de ella, sino sencillamente por exceso de confianza. Y fue por eso que tampoco notó la mancha de sangre en el piso. El tipo es vanidoso. Cree que se saldrá con la suya,

que ya no necesita preocuparse por los detalles. Antón era la tercera, y creyó que ya había adquirido cierta experiencia.

—Deberíamos hacerles una visita.

—No, querida Aneth, al vanidoso hay que hacerle creer que es todopoderoso. Dejemos que siga creyendo que no tenemos nada.

—Si sigue creyéndolo, tal vez siga matando mujeres.

—Vuelve al apartamento. —Goya sacó su móvil del bolsillo—. Ya mismo lo llamo a Sotomayor, que él y el fiscal se encarguen de la parte burocrática.

—Tenemos que detenerlo, jefe, no podemos darnos el lujo de que vuelva a hacerlo.

—Lo sé. Pero no podemos aparecer por el bufete y autorizar que los investiguen con apenas una intuición.

—¿Confías en el fiscal? —pregunta Aneth.

—¿En Santórsola? Por supuesto que no. Quién sabe si no es amigote del bufete. Pero es lo que tenemos.

Capítulo 6

Antes de entrar a la casa de la cuarta víctima, Goya le susurra a Aneth:

—Te apuesto un [Johnnie Walker](#) que no encontramos ni un vidrio roto.

Goya empuja la puerta y deja que Aneth pase primero.

La inspectora da unos pasos, se da vuelta y le murmura:

—Efectivamente, tenemos un feminicida vanidoso.

Hilario Cota les sale al cruce, tiene el gesto contraído y el rostro pálido:

—Están viniendo Sotomayor y el fiscal Santórsola. Esto se está poniendo peludo, muchachos.

—Habla —ordena Goya.

—Soledad Alfonso, española, veinticinco años, soltera. Visa de turista, trabajaba de mesera en una cervecería de Playa Chacón. No novio, no amigos, no familia. Vive aquí desde hace un año y medio, y al parecer tenía pensado quedarse un largo rato.

—Esta vez no hallamos sangre —interrumpe Oliver con un semblante similar al de Hilario, y tal vez al de Goya y Aneth—. Pero encontramos esto. —Muestra una bolsa Faraday negra, de evidencia—. Tenemos un móvil.

—¿Un móvil? —La boca de Goya se convierte en una U invertida.

—Exacto, veremos qué nos da.

—En cuanto a la sangre que hallamos en la segunda escena —agrega Hilario —, sabemos que no pertenece a la víctima.

—Eso es alentador —gruñe Goya—. Si es que algo lo es.

Una media hora después, cuando Goya y Aneth conversaban en el auto de ella a escondidas de los periodistas que ahora se amontonaban en la puerta de la chica Alfonso, la puerta trasera se abrió y rápidamente ingresó el comandante Sotomayor. Por la otra puerta subió el fiscal Santórsola.

—No tengo que explicarles lo difícil que se está poniendo esto.

Goya le respondió sin darse vuelta, los ojos clavados en el retrovisor.

—No somos nosotros quienes le agregamos dificultades al caso.

Aneth quiso darse vuelta y mirar la reacción de Sotomayor, pero consiguió no moverse.

—¡A qué te refieres, Goya!

Goya ahora sí se dio vuelta. Miró al fiscal primero, después a Sotomayor.

—Si hubieran autorizado la vigilancia del bufete, tal vez esto no habría pasado.

Santórsola por fin habló:

—No quiero escucharte, Goya. ¡No quiero escucharlos! Si quieres una orden, si pretendes que te autorice lo que sea, debes traerme algo, lo sabes. Esperaría este desplante de tu compañerita. —La señaló con el mentón—. Pero no de ti, no eres nuevo en esto. —Juntó sus manos un par de veces como un clérigo y tomó aire para respirar—. Si quieres que te dé algo, Goya, debes darme algo tú. Dos más dos es cuatro, desde siempre ha sido así. Y puedes llorar todo lo que quieras, aunque diría que estás grande para darle al lloriqueo, pero si no me das una prueba, un puto indicio que amerite destinar recursos en esa dirección, no puedo ni voy a hacer nada.

—Esa dirección podría llevarnos hacia el asesino —dijo con firmeza Aneth.

—¡Carajo! También podría llevarnos a una demanda por hostigamiento, por abuso policial, por lo que carajos se les antoje. ¡Son unos malditos abogados chupasangre!

—Está bien. —Sotomayor se quitó los lentes y se restregó los ojos—. Está bien. No nos sirve de nada discutir por lo que no podemos hacer. Tú, Goya, encárgate de encontrar algo que nos permita avanzar hacia alguna dirección. Tú, Aneth, mira y aprende. Y por el amor de Dios, no copies las mañas de este viejo testarudo.

Sotomayor resopló, esgrimió un ligero gesto de despedida, le hizo otro gesto al fiscal y ambos bajaron del auto. Goya los vio alejarse a paso raudo, mientras un periodista, micrófono en mano y secundado por un tipo alto y de pelo largo

que cargaba una cámara enorme, salía tras ellos. Goya arrancó y salieron con dirección a la estación de Policía.

—Inspectora Aneth —musita el joven Arriaga y se queda parado unos pasos más allá, esperando que Aneth le dé el visto bueno para aproximarse.

Goya, desde su silla del otro lado del escritorio, le lanza una mirada a su compañera, le guiña un ojo y ensaya una sonrisa que se frustra a mitad de camino.

Ella lo ignora, mira a Arriaga y mueve levemente la cabeza indicándole que puede acercarse.

«Este tierno nerdo siempre se dirige a mí nada más para que después yo deba soportar las bromas del jefe y de todo el Departamento».

—Permiso, perdón, no quise interrumpir. —Arriaga trae consigo unos papeles, mueve la cabeza de acá para allá, como pájaro, habla rápido, se le tropiezan las palabras en la boca—. Tengo los datos, los del móvil, ese que hallaron en... Ya tenemos la información, mire, miren, son...

—Tranquilo, pichón —gruñe Goya, se para, rodea el escritorio y se sitúa en medio de Arriaga y Aneth—. Dinos qué tenemos, despacio, tranquilo.

—No es mucho, jefe —le habla a él, pero la mira a Aneth. Toma aire, le transpira la frente—. Se borraron todas las llamadas. No hay textos, no tiene aplicaciones instaladas, ni WhatsApp ni Messenger, nada.

—No tenemos nada —dice Aneth, mirándolo de reojo, con tono de pregunta. El joven Arriaga revuelve los agitados papeles, saca uno:

—Se encargaron de borrar casi todo. Pero encontramos algo... Yo... encontré algo.

—Pues lánzalo de una vez, chico. Me vuelvo cada vez más viejo aquí a tu lado.

—Sí, sí, perdón. —Sigue mirándola a ella—. Encontré cinco números de marcado rápido. Están por acá, sí, sí, son estos. No hay llamadas ni están agendados los números, pero quedaron guardados en la memoria interna.

También rastreamos tres fotografr... —Le transpiran las patillas ahora por el tropiezo—. Tres fotos subidas a la nube desde una cuenta creada con un correo genérico: nowomannocry@gmail.com.

—Oye, chico —dice Goya con una sonrisa ahora completa, plena—. Deberías replantearte el significado de «No tenemos nada».

—¿Las fotos? —indaga Aneth mientras se pone de pie.

—Ya las mandé a imprimir. Es que nuestra impresora se quedó sin tóner, así que les pedimos a los muchachos de la Científica que la imprimieran.

Apenas Arriaga termina de decir esto, Aneth sale disparada hacia el Departamento de Científica. Goya le quita al joven el documento con la lista de números telefónicos y se desploma en la silla que ocupaba Aneth.

—Buen trabajo, chico.

—Gracias, jefe. —Arriaga mira hacia el pasillo por donde se fue Aneth.

—Es una pérdida de tiempo, chico. Eso jamás sucederá.

Arriaga parece no oírlo, sigue con los ojos estúpidamente hundidos en la estela que Aneth dejó tras de sí y que solo es visible para él.

—No me digas que no te lo he dicho.

—Sí, jefe —responde Arriaga como volviendo de la hipnosis y sin saber muy bien qué cosa acaba de decirle Goya.

—Apuesto, chico, que cuatro de los cinco números les pertenecen a nuestras víctimas.

—Así es. —Arriaga le señala los documentos, levanta los hombros—. Están todos los datos en los registros que le di. El quinto número es de una tal...

Goya se acercó para leer la diminuta letra:

—Isabel Flores.

—Exacto, Isabel Flores.

Arriaga se queda unos segundos mirando a Goya, como esperando una conclusión que no va a venir. Y tras unos segundos de incómodo silencio, se va con paso lento, otra vez al Departamento de Informática, otra vez a «la Madriguera».

En unos minutos, Aneth volverá con las fotos impresas en tamaño A4 y una sonrisa igual de grande. Caminará rápido, dando pequeños saltos en lugar de pasos, hacia su escritorio. Goya la verá y sabrá, antes de que ella diga algo, antes de que despliegue las fotos sobre el teclado sucio de su computadora, que por fin tienen algo, algo de verdad, algo que es más que un palpito, algo que Santórsola no podrá impugnar. Y cuando ella presente dos fotos, ambas de la chica Alfonso, y él la mire sabiendo que Aneth esconde en la espalda una tercera, Goya la examinará con los ojos aburridos, como si no pudieran soportar el peso de las cejas, y como ella no dirá ni hará nada, él tendrá que decirle «Ya está bien, Aneth, muéstrame lo importante, ya te estás pareciendo a tu enamorado Arriaga». Ella elevará sensualmente una ceja y moverá la cabeza de lado a lado, y ese vaivén resultará más cómico que erótico, y ante el gesto de Goya, ella ya habrá de estar satisfecha con el suspenso provocado y soltará lentamente la foto, la dejará caer sobre las otras dos. Goya la observará de cerca primero, y después tendrá que pararse para ver la fotografía completa, el cuadro de esa pareja que bebe cerveza en una mesa que da a alguna calle de Sancaré, despreocupados, aparentemente alegres (o satisfechos, al menos), abrazados, sonrientes, acaso felices. Y Goya no va a tener que verificarlo, sabrá que ese tipo que bebe con Soledad Alfonso, con la cuarta asesinada en su propia bañera, a pesar de que en la foto lleva unos Ray-Ban azules, espejados, es el mismísimo Lorenzo Gracia. «Ahí tienes tu maldita prueba, imbécil», murmurará Goya pensando en la cara de Santórsola.

Aneth le dirá «Lo tenemos, jefe», y Goya se echará hacia atrás en su silla, abrazado a la fotografía, y se quedará contemplándola. Intentando encontrar las razones por las que un tipo exitoso, un tipo al que le va bien, qué bien, al que le va de maravillas, un tipo casado con una mujer hermosa, con dos niños pequeños, una hermosa casa y una hermosa vida, podría matar a cuatro mujeres. Pero esta reflexión, este discurrir vago y sin sentido, no durará más de unos segundos. Porque Goya lo sabe, las mayores atrocidades se dan siempre sin

ninguna razón, sin motivos aparentes.

Goya juntará las fotografías y el documento con los números telefónicos y se los devolverá a Aneth. «Vas y se los llevas ya mismo al fiscal», le dirá. Y ella obedecerá. Saldrá por la puerta, pero pronto regresará. Pasará al lado de Goya y seguirá de largo. Goya no sabrá que ella irá hacia «la Madriguera» y le dará un abrazo al pobre Arriaga, que le dirá que ha hecho un gran trabajo, que se lo deben.

Cuando Aneth pase otra vez por enfrente suyo, Goya se parará delante de ella y le dirá: «Apresúrate, Aneth, son cinco los números en la lista». Aneth seguirá dando pequeñas zancadas, pues sabrá que deben actuar rápido, que deben evitar que una quinta mujer se dé su último baño.

Todo eso va a ocurrir cuando Aneth vuelva del Departamento de Científica, en unos minutos. Pero ahora Goya cierra los ojos y casi que se duerme. «¿Cuánto hace que no duermes, hombre?». Y piensa, aunque en minutos no le hará falta, la manera de hacer que alguno de los buitres del bufete pise el palito. Porque Goya sabe —intuye— que algo tienen que ver con la muerte de la tercera, que en realidad es la segunda, o al revés.

Entonces Goya saca del cajón dos aspirinas y las traga con un poco de agua del caño. Se moja la nuca y se lava la cara. Se seca con la manga de la camisa y sale de la estación como renovado. Sube a su auto, lo pone en marcha y llama a Aneth:

«¿Dónde estás? O. K. Te paso a buscar en diez por La Crujía. No, no vamos a esperar la orden. Voy para allá».

Cuelga, pone primera y sale disparado:

«La espera es un lujo que no podemos darnos».

En menos de diez minutos está en la esquina convenida. Aneth llega unos minutos después. Sube, se pone el cinturón de seguridad. Antes de arrancar, él la mira. Ella le devuelve la mirada:

—Quieres que te cuente qué dijo Santórsola.

—No sé si quiero escucharlo.

—Dijo que iba a evaluarlo.

—Con eso me basta. Y con menos también.

—Hablé también con Sotomayor. Nos dio luz verde.

—Eso sí que no lo puedo creer.

—Pues no lo creas, porque no fue nada oficial. Pero me dio a entender que podemos avanzar mientras Santórsola habla con el juez.

El auto arranca.

—¿Sabes la dirección? —pregunta Aneth, pero su voz lleva el tono de una certeza.

Por eso Goya no responde. Pisa el acelerador, zigzaguea, maneja como si estuviera a punto de perder el último vuelo. Maneja lo más rápido que puede porque no deben perder tiempo, lo sabe. Y en el veloz serpenteo de autos que parecen estar detenidos, Goya recuerda aquella vez en que fue detrás del Fraile, el hijo de puta que mató a Pérez. Por eso es que pisa a fondo el acelerador, porque en la cabeza tiene a ese tal Lorenzo Gracia y a las cuatro chicas que mató, pero porque además no puede sacarse de la cabeza la imagen de Pérez.

Capítulo 7

La primera en pasar la presuntuosa puerta de entrada de las oficinas de Gracia y Eckert es Aneth. Goya la sigue. A pesar de conocer la fachada del edificio, y de haberle prestado más atención desde que sospechó que alguno de los socios del bufete estaba vinculado con los asesinatos, no deja de sorprenderse ante tan lujosa edificación. Pasa por delante de una réplica del David de Miguel Ángel y no puede evitar largar un silbido de asombro.. Se queda unos segundos contemplando, no sin admiración, el recibidor. Sobre el lado interno de la puerta, que hubiera permitido el paso de un tanque de guerra, hay una amplia vidriera que muestra la típica representación de la justicia: la mujer con los ojos vendados que carga una balanza en perfecto equilibrio.

Una extensa escalera, con piso de azulejos, se alza hasta una galería con una barandilla de vidrios espejados. Por todo el perímetro, grandes sillas de respaldo recto con asientos redondos de terciopelo verde ocupan espacios vacíos a lo largo de las paredes. No parece que alguien se haya sentado nunca en ellas. Goya contemplaba las instalaciones cuando una mujer se acerca y los saluda.

—Buenos días, ¿en qué los puedo ayudar? —dice una voz a la vez firme, a la vez graciosa. Cálida y tajante al mismo tiempo. Es la voz de una jovencita de unos veinte años. Tiene ojos de caricatura japonesa: grandes, redondos, ligeramente sensuales. La chica es parecida a su voz.

—Soy el inspector Goya y esta es mi colega, la inspectora Castillo. Necesitamos conversar con el señor Gracia.

La chica ha de estar acostumbrada a visitas poco simpáticas, por supuesto, trabaja en un serpentario. Que, por más que quizá sea el edificio más lujoso de Sancaré, no deja de ser un nido de víboras.

—¿Y sobre qué asunto desean hablarle los inspectores?

—Preferiríamos hablarlo con él —dice Goya desplegando su mejor sonrisa —. Es serio.

Goya le dice «Es serio», queriendo decirle «Vamos, niña, no venimos a cobrar alguna tajada, no venimos a buscar dinero».

—Entiendo que sea serio —dice la chica con un tono insoportablemente maternal—. Pero el doctor Gracia es un hombre muy ocupado, si ustedes están de acuerdo, podríamos arreglar...

—Escúchame, niña tonta —Aneth se le acerca y le habla al oído—. Tu jefe está metido en serios problemas. Estamos hablando de asesinato en primer grado, ¿acaso no ves las noticias?, ¿acaso no ves otra cosa que el Cartoon Network?

La chica parpadea varias veces, la boca se le va abriendo lentamente. Los ojos miran hacia arriba, como si intentara procesar lo que acaba de escuchar, como si pudiera encontrar las respuestas en algún punto fijo allá en el alto techo de ese vanidoso recibidor.

Goya se acerca también. Le apoya la mano en el hombro a Aneth:

—¿Me permites?

Aneth se hace a un lado. Resopla, se golpea el costado de la pierna.

—Necesitamos hablar con él, eso es todo. Tú puedes ser quien nos ha ayudado con esto o quien nos ha impedido hacerlo.

La chica ahora lo mira como si recién lo viera, como si Goya recién se hiciera de carne y hueso frente a sus ojos. Vuelve a parpadear, se lleva instintivamente la mano al cuello. La mira de reojo a Aneth.

—Es que el doctor Gracia no está. —Ahora lo mira fijamente, procura exhibir una sonrisa.

—El doctor no está —repite Goya, esperando que la chica termine la frase.

—Lo siento mucho, inspector, inspectores. —Posa los ojos en Aneth—. El doctor Gracia está fuera los martes. Visita clientes en el hospital.

El hospital es el San Juan. Once minutos, cronometró Aneth, se tardaron en llegar desde el bufete. Once minutos desde que dejaron a esa tonta recepcionista. «Hospital San Juan», les ha dicho. «La señorita Isabel Flores es su contacto allí».

Por eso es que un viaje que habitualmente duraría veintitrés minutos les ha demandado la mitad. Porque la señorita Flores, la señorita Isabel Flores, no hay dudas, será la próxima víctima. Porque su nombre es uno de los cinco que figuran en el marcado rápido del móvil que ha descartado el asesino, que tampoco tienen dudas para entonces, es Lorenzo Gracia. Por eso también es que, apenas llegaron, estacionaron el auto en doble fila y sin percatarse de que obstruían la entrada y salida de ambulancias, y con el motor aún en marcha, bajaron del interior del auto y corrieron hasta la puerta del Hospital San Juan. Porque el asesino, el doctorcito Lorenzo Gracia, seguramente hará de la pobre Isabel Flores su próxima víctima, su quinta víctima (si es que no hay otras). No debieron decirlo, decírselo. Apenas la recepcionista mencionó el nombre de Isabel, apenas dijo «La señorita Isabel Flores es su contacto allí», supieron qué debían hacer. Y lo que debían hacer era eso: correr hacia el hospital. Encontrarla. Evitar que el muy cretino de Lorenzo Gracia se saliera con la suya. Y para eso debían ser expeditivos. Cualquier conversación, cualquier comentario, sobraba. Aneth sabía lo que tenían que hacer. Goya sabía también. Por eso fue que durante los once minutos que demoraron en llegar al hospital, ninguno dijo nada. Por eso apenas Goya paró el auto en la puerta del hospital, Aneth bajó corriendo y detrás de ella fue él. Por eso ahora Aneth llega agitada a la mesa de entrada, ignorando al tumulto de personas que aguardan mirando una pantalla a que sea su turno de ser atendidos, muestra su placa y dice que está buscando a Isabel Flores. No dice doctora, porque no sabe si es doctora o enfermera, acaso una administrativa. A decir verdad, Aneth sabe muy poco acerca de la estructura jerárquica de un hospital. Por eso cuando la chica de la mesa de entrada le informa que la doctora Flores no está, Aneth le pregunta «¿Quién está a cargo!?»». Está a punto de decirle «Necesito hablar con su jefe». Pero «jefe» no le parece un término apropiado en un hospital. Acaso sea supervisor, director, encargado. No lo sabe.

Goya entra con pasos que retumban sobre el mármol como si caminara con tacos altos. Algunos se dan vuelta para ver el origen de esos estridentes pasos.

Otros lo miran apenas puso un pie en la sala de espera. Tal vez sea porque, en su caminar apremiante, puede verse la cartuchera y la empuñadura de su revólver. Llega y alcanza a oír que la chica que habla con Aneth dice un nombre, un tal Durand.

—Santiago Durand —dice Aneth—. Muy bien, llámelo, es urgente.

Segundos después, la chica llama al doctor Santiago Durand por el micrófono. La voz de la chica se oye muy diferente por los parlantes.

«Doctor Santiago Durand, presentarse urgente en recepción».

Unos extenuantes minutos después aparece —una mano en el bolsillo, la otra carga una taza humeante— ese tal Durand.

—¿Qué pasó? —pregunta Durand mirando de reojo a Goya.

—Los inspectores quieren hablar con usted, buscan a la doctora Flores.

Durand le da un sorbo a su café y afirma con la cabeza.

—¿Por qué la buscaban los señores?

Aneth piensa que si el doctor también empieza a dar rodeos, no podrá hacer otra cosa más que reducirlo y aplicarle una de esas presas que aprendió en la Academia y que tan buen efecto surgen.

Goya quizá piensa lo mismo. Por eso tal vez se le acerca al doctor, le saca la taza y se la da a Aneth.

—Su vida corre peligro. O me dice dónde podemos ubicarla, o tal vez no la cuenta.

El doctor da un paso hacia atrás, los músculos de la garganta sobresalen debajo del cuello de su camisa. Tarda apenas unos segundos en procesar lo que Goya acaba de decirle. Mueve la cabeza y le habla a la chica de la mesa de entradas.

—Busca en su registro la dirección y el teléfono y dáselos pronto a los inspectores. —Mira en dirección a Goya—. La doctora Flores tiene turno corto los martes. Se habrá ido... —Mira su reloj—... Hará una media hora.

«Bien hecho», piensa Goya. «Bien hecho, doctor».

—El teléfono ya lo tenemos —dice Aneth y se aleja. Goya la ve abandonar

el hospital. Goya agarra el papel que le entrega la chica y sale también.

—¡Gracias, doctor! —grita antes de abrir la puerta y desaparecer.

Durand vuelve a tomar su taza, la otra mano de nuevo en el bolsillo.

—¿Cree que deberíamos llamarla, doctor? —pregunta la chica apoyando la mano en el tubo del teléfono.

—No. Deja que su línea permanezca libre, si alguien tiene que llamarla, son precisamente aquellos que acaban de salir por la puerta.

Tres días después, y a pesar de que se comprobaría que el ADN encontrado en el baño de una de las víctimas no guarda correspondencia con su perfil genético, el fiscal Santórsola llamará a declarar como imputado a Lorenzo Gracia.

Coartada tras coartada, la acusación se desmoronará. Lorenzo Gracia declarará que la noche en que Liliana Maylén Villegas fue asesinada, él había salido a cenar con su socio, el doctor Edgar Eckert. Que el motivo de la cena era festejar por un caso importante que habían ganado. Se le preguntará cuál era el caso, y el doctor Lorenzo Gracia dará especificaciones no solo acerca del caso, sino acerca de la cena. Dirá que pagó con su American Express, que pueden investigarlo. Y será cierto.

Un *match* de golf con Antonio Vanegas y Luis Biglia en el Sancaré Golf Club lo ubicará a veintidós kilómetros del domicilio de Silvia Antón, y la coartada será verificada mediante los testimonios de sus dos compañeros de juego y de otros socios del club, que por esas horas bebían en el restaurante que da al hoyo 14. Lo mismo sucederá con Soledad Alfonso, la víctima número tres. El día en que ella fue asesinada, aproximadamente a la hora en que se produjo su deceso, Lorenzo Gracia llevaba a los chicos (Alejo Gracia y Valentina Gracia) al cumpleaños de Benjamín Amaya, vecino de los Gracia e hijo de Silvia López y Carlos Amaya. Y de ahí iría a ver a un tal Macedonio Illescas, quien rechazará cualquier asociación con el manejo de apuestas clandestinas, pero acreditará que Lorenzo Gracia aquella tarde fue a visitarlo.

Por su parte, Lorenzo Gracia no negará su relación con todas y cada una de

las víctimas. Sus huellas, por supuesto, estarán en los cinco apartamentos. Asumirá que tenía «encuentros fortuitos» con ellas. Recalcará, y esto a Aneth la exasperará sobremanera, que eran «fortuitos». Goya sabrá que lo que pretende hacer el acusado es recalcar que no había vínculo amoroso entre él y las víctimas. Goya intuirá que con esto Lorenzo procurará que para la señora Gracia el impacto no sea tan duro. A propósito, la señora Flavia Gracia no acudirá a los interrogatorios. Permanecerá en su casa, con sus hijos. Tampoco dará declaraciones para los medios de comunicación, que tan pronto se enteraron de que Lorenzo Gracia era el principal sospechoso se instalarían en la puerta de su casa en Villablanca, a la espera de que ella o alguien salga de la casa. El caso se vendrá a pique. Pero esto ocurrirá dentro de tres días. Y será sorprendente; a decir verdad, tanto Goya como Aneth habrían creído que lo tenían, que por fin agarraron al asesino a quien los medios apodarían «el asesino de la bañera».

Sin embargo, ahora Goya maneja en dirección a la casa de Isabel Flores. Entretanto, Aneth llama con insistencia al número que figura en los registros. Cinco, seis. Diez veces llama, y todas las veces es el contestador con la voz de Isabel Flores, firme y pícara, la que contesta:

«En este momento no puedo hablar, llámame más tarde. Y por favor, no dejes mensajes: ¡Ya nadie hace eso!».

Goya hunde su pie en el acelerador. Toca bocina en cada esquina.

—¿Nada?

—Nada —responde Aneth—. El puto contestador.

El motor ruge como una bestia malherida, los neumáticos chirrían al llegar a la esquina. Dan la vuelta en la 53, y Goya debe pisar los frenos y dar un volantazo para no chocar a una camioneta. Aneth casi le da un cabezazo a la guantera. Se queda mirándolo.

Goya se baja y ve que una fila de autos se extiende por delante, hasta el infinito. «Maldito crecimiento demográfico».

—Estamos a dos cuadras, Aneth. Bajemos.

Goya pone las balizas, se baja, aguarda que Aneth se baje y cierra el coche.

—Es acá a la vuelta —dice la inspectora subiendo a la vereda.

Caminan ahora, pero con la velocidad de un trote. Aneth tiene la consideración de no correr, de esperarlo; sabe que, literalmente, Goya ya no está para esos trotes. Y porque sabe que el procedimiento, cuando uno ha de encontrarse cara a cara con un asesino, debe respetarse. De modo que deben ingresar los dos. Los dos deben entrar al apartamento de Isabel Flores y cubrirse las espaldas. Por eso, es mejor no correr. Estar con energía y preparados para correr solo si hiciera falta.

Llegan a la dirección: la puerta es angosta y está embutida en lo que parece ser un pasillo. Detrás de esa puerta de seguro habrá un puñado de apartamentos apelmazados, incrustados uno sobre otro y por los costados, procurando ocupar con una diminuta vivienda cada metro cuadrado de la propiedad. La puerta está abierta. Entran en silencio, primero Goya, detrás Aneth. No se equivocaban, hay unos diez apartamentos de cada lado, con puertas enclenques y ropa secándose alrededor del patio central, donde un muchacho desarma un ciclomotor. El muchacho los mira. Goya lleva su dedo a la boca, indicándole que haga silencio. Aneth ya ha empuñado su arma. El muchacho no se mueve, se queda arrodillado frente al motor desarmado del ciclomotor.

Aneth cruza para el otro lado del patio, le hace una seña a Goya, le indica la puerta del apartamento 8A.

Las luces interiores están apagadas. Sigilosamente caminan hasta ponerse frente a la puerta. Goya levanta tres dedos. Una cuenta regresiva acompañada por un susurro: «uno, dos, tres». Goya patea la puerta, Aneth entra, Goya se apura hasta ponerse a su lado, su revólver reverbera por la claridad que se filtra tímida por un ventiluz. Una única luz llega desde el fondo de un pasillo. Goya la hace a un lado a Aneth y va hacia la luz, ella lo sigue sin descuidar la retaguardia. Apenas pueden oírse sus respiraciones. A medida que se acercan, algo más se oye, algo parecido al tictac de un reloj, solo que no es un reloj, es un goteo. Goya entra en la luz, es un baño. Un baño pequeño en el que apenas entra una bañera y un inodoro. El goteo es de la bañera, los ojos que lo miran a Goya,

sorprendidos, son los del cretino de Lorenzo Gracia. El mismo gesto que Goya vio en la foto aquella con la chica Soledad Alfonso, mientras bebían cerveza y simulaban ser felices, solo que ahora no lleva lentes de sol y Goya puede verlo a los ojos, puede contemplar la piel pálida del abogado, los párpados que ni se mueven, paralizados; todo él está paralizado, incrédulo.

Aneth entra también al baño y no solo ve a Lorenzo Gracia, también ve que su mano acaricia —insiste en acariciar— la cabellera de una chica que, de a poco, y para tranquilidad de Aneth, comienza a darse vuelta.

Después, el caos: los gritos de la doctora Flores, que no entiende qué está pasando, que no sabe que esos dos que acaban de meterse en su apartamento son inspectores y que irrumpieron para evitar que el tipo que hasta hace unos momentos la acariciaba la asesinase. Goya también grita y, sin dejar de apuntarle, le ordena a Lorenzo Gracia que se arrodille, que ponga las manos sobre la nuca. Lo esposa mientras Aneth agarra una toalla y va hasta donde la doctora Flores, que grita «¡Qué pasa, qué quieren, qué es esto, qué pasa!» con el gesto desencajado, y la cubre y le dice con voz apagada que ya está bien, que salga, que no hay problema, que son inspectores.

—Cúbrase, doctora Flores —le dirá mientras Goya levanta al abogado y lo saca del baño—. Tranquila, Isabel. —Isabel Flores, al oír su nombre, la mirará a Aneth. Agarrará temblorosa la toalla y se la llevará al pecho. Aneth meterá la mano en la bañera y sacará el tapón, y respirará, por fin podría respirar. Y aunque no se note, ella también tiembla. Es una sensación confusa. Tiembla porque la situación ha sido de las más tensas que le ha tocado experimentar desde que es inspectora, pero tiembla también porque no habría podido soportar encontrarse con un quinto cadáver yaciendo en el agua fría de la bañera. Tiembla porque a veces, muy pocas veces, lo que ellos hacen sirve para algo. En este caso, para salvarle la vida a esa chica, la doctora Isabel Flores, la misma que ahora tiembla sin evitar que se note.

Y tres días después del arresto, tres días después de esa victoriosa tarde en los

suburbios de Sancaré, en un piso de apartamentos amontonados, Lorenzo Gracia sacará de su manga una coartada para cada asesinato. Y ellos no tendrán nada. Nada de nada. Solo la certeza de que ha sido él, pero la de ellos es una certeza basada meramente en la intuición. Porque pruebas, pruebas no tendrán. Nada más lo que todos saben, lo que los noticieros se encargarán de informar: que el señor Lorenzo Gracia mantenía «relaciones fortuitas» con las cinco chicas, que fue hallado junto a la posible víctima, pero que no había señales de violencia, que la mismísima Isabel Flores declarará que Lorenzo siempre la ha tratado muy bien, que ella sabía que él era casado y sabía también que su relación no prosperaría. Que no sabía de las otras cuatro, pero que era de esperarse de un tipo casado, que si engaña a su mujer con una, bien puede hacerlo con diez. Más tarde, Isabel Flores enviará a los medios una declaración (que seguramente sería escrita por su abogado) en la que le pedirá disculpas públicamente a la señora Flavia Gracia, y a todos lo que pudo haber perjudicado con su accionar.

Los del Canal 5, una semana más tarde, la abordarán cuando ella salga del hospital, y ante la insistencia del periodista, Isabel Flores dirá «Me cuesta creer que sea un asesino». Aneth, que aguarda a que Goya salga de la oficina de Sotomayor, mirará esto en su celular. Y la presencia de Isabel en YouTube disparará algo en su cabeza, algo que empieza a moverse como si comenzara a salir de un letargo de días.

Goya saldrá de la oficina del comandante Sotomayor con los típicos gestos de la derrota. Y ella lo verá salir en silencio y dejarse caer en su silla. Entonces, caminará hacia él y le dirá:

—El ADN, jefe.

—¿Qué pasa con eso, Aneth? Por favor, dame unos segundos de calma.

—Pensaba... pensaba que tal vez el doctor no lo hizo solo. Tal vez necesitó de un cómplice.

—No tenemos nada contra el doctor, Aneth. Cuatro coartadas, todas verificables. Y ahora, después de lo que pasó, no podemos insistir con este tipo. Ahora, y me lo acaba de decir Sotomayor, este tipo es intocable.

—Es que no me cierra, jefe. No me cierra que todo cuadre de forma tan perfecta. Usted sabe lo difícil que es tener una coartada aun siendo inocente, y este tipo saca de la galera cuatro coartadas perfectas. No me cierra.

—Somos dos, Aneth. Pero ese es precisamente el problema, somos solo dos. Estamos solos en esto, nadie va a colaborar con nosotros. Acaba de decírmelo...

—Sotomayor.

—Sí, el mismo.

—Lo de las coartadas es una cosa, jefe. Pero que ahora la doctora Flores diga lo más tranquila que no cree que su amante sea un asesino, eso ya me supera. — Aneth le muestra el video. Goya no lo mira, pero se queda escuchando los dos minutos y quince segundos que dura el careo.

—Dime lo que estás pensando.

—¿Y si fuera la doctora la cómplice? ¿Y si fuera ella la que se encargó de llevar a cabo el plan de su amante?

—Es un disparate, Aneth.

—Escúcheme.

—A veces quisiera saber cómo funciona esa cabecita. —Goya se pone de pie—. Me encantaría que me lo dijeras. Dime, ¿ves un video y enseguida asocias un punto con otro? ¿Así de simple?

—Es que ella...

—Ella nada, Aneth. A ella le resulta imposible que su querido amante sea un asesino, así como le resultará imposible al socio de Gracia, como a sus compañeros de golf, a su propia esposa. Créeme, no hay nada extraño en eso.

—Pero ella tenía motivos, tal vez...

—Espera.

—Tal vez...

—Espera, cállate, por favor.

Aneth parpadea, se muerde los labios por no seguir.

—Crees que la doctora podría haber tenido motivos, eh. Eso está muy bien. Muy tirado de los pelos, pero es algo. Ahora, si buscáramos motivos en el

entorno del abogado, ¿quién crees que podría tener verdaderos motivos para matar a las amantes del tipo?

Aneth baja la cabeza. Goya se le acerca, le levanta el mentón.

—Dime, Aneth, ¿quién?

Aneth abre los ojos, las aletas de la nariz se abren también.

—¡La esposa!

Capítulo 8

Esa misma tarde, cuando la señora Flavia Gracia deja a los chicos en el colegio, Goya y Aneth la interceptan antes de que vuelva a subirse a su camioneta.

—¿Podríamos hablar? —le pregunta Goya, recostado sobre la puerta del acompañante de la camioneta.

Flavia mira en dirección a la puerta del colegio. Un grupo de madres la miran y fingen hablar de otra cosa, pero son torpes, se nota que hablan de ella, de la pobre Flavia, la cornuda más cornuda de todo Sancaré. En la otra esquina, más allá del portón de entrada al predio, todavía rondan algunos periodistas. No se cansan. Será que un caso de infidelidad como ese vende tanto o más que los propios asesinatos.

—Acá no. En mi casa. —Rodea la camioneta y se sube. Cierra su puerta, abre la ventanilla del acompañante—. Saben dónde vivo, los espero.

Pone en marcha el motor, se coloca el cinturón de seguridad y hace chirriar las ruedas. Goya busca rápido las llaves del coche en su bolsillo, Aneth se sube al vehículo, la siguen.

Ya en Villablanca, Aneth ha sacado su libreta y espera a que Flavia les traiga la limonada que les ofreció apenas los hizo pasar. Goya teme que todo eso no tenga ningún sentido. Teme que Sotomayor se entere de que están en la casa del abogado y pegue el grito en el cielo. O peor, que el fiscal Santórsola tome cartas en el asunto y los corra del caso. Pero nada de eso sucederá. Lo que va a suceder será a la vez sorpresivo y esclarecedor. Aparentemente esclarecedor.

Goya, sabiendo que el tiempo les juega en contra, irá directo al grano.

—Sabe, señora, que en el domicilio de una de las víctimas hallamos una gota de sangre. Y sabe que el análisis de ADN descarta como posible asesino a su esposo.

Ella asiente, agarra una de las limonadas, bebe. Aneth hace lo propio. «Muy sabrosa», dice.

—La inspectora y yo —sigue diciendo Goya— nos preguntábamos si usted accedería a hacerse un análisis similar al que se hizo su esposo.

—Ex...

—Su exesp...

—... porque si bien todavía no nos divorciamos, los trámites ya han sido iniciados.

—Su exesposo, entonces. Similar al que él aceptó hacerse. Solo descartando a...

—Qué me quieren decir, ustedes. ¿Ahora yo soy sospechosa de la muerte de esas pobres chicas? No les alcanza con lo que estoy pasando, con el infierno que estoy viviendo desde hace semanas. Vienen a mi casa... o peor, van al colegio de mis hijos y me deshonran frente a las otras madres, frente a las autoridades del colegio, frente a mis propias amigas.

—No ha sido nuestra int...

—Y en lugar de buscar al asesino de esas pobres chicas... —Ahora abre los brazos sin advertir que empieza a derramar la limonada—... vienen a injuriarme a mí. No les alcanza con lo que estoy viviendo, con lo que están padeciendo mis hijos por el imbécil de mi esposo, de mi exesposo. ¡Cinco! —El labio le tiembla como si se estuviera congelando—. Con cinco me engañaba el muy hijo de puta. No tenía dinero para que contratemos una empleada, pero el muy cretino se gastaba fortunas en los caballos con ese tipo despreciable de Illescas. ¡No nos íbamos de vacaciones hacía dos años! Pero claro, sí que tenía dinero para gastárselo en mujeres, en hoteles de mala muerte, en bares repletos de jóvenes enamorados, como si él fuera joven, como si fuera soltero, como si estuviera enamorado. Y mientras él hacía de las suyas, yo acá, administrando la casa, cuidando de sus hijos. Yo debía mantener esta casa limpia y linda, así como la ven, mientras el gran Lorenzo Gracia se gastaba nuestro dinero con esas niñas, haciéndoles regalos caros. Mientras acá se hacía lo que se podía, él brindaba con Nieto Senetiner y se reía de mí y de todo lo que yo hacía por él, por nuestra familia.

De repente, apenas Flavia termina de decir esto, advierte que ha largado todo aquello que tenía guardado, todo lo que no había dicho esas semanas. De repente, advierte que ha derramado la limonada casi por completo sobre la alfombra. Entonces, respira profundo, agacha la cabeza. Aneth deja su vaso, que apenas ha probado. Goya, en cambio, ha descubierto algo. Aneth no lo sabe, y está bien que no lo sepa. Pero él no ha podido dejar pasar eso que la señora Gracia acaba de decir.

—No fue nuestra intención molestarla, señora —dice Goya poniéndose de pie. Le hace un gesto a Aneth. Ella, sin comprender qué sucede, pero obedeciendo, también se levanta.

—Lamentamos mucho lo ocurrido —sigue diciendo mientras Flavia deja caer el vaso en la alfombra—. Ya nos vamos. Que tenga buenas tardes.

Goya llega a la puerta, la abre y espera a que Aneth salga. Lo hacen en silencio. Al llegar al auto, ella no puede evitar la curiosidad:

—¿Qué pasó, jefe?

—A buen bebedor, pocas palabras —murmura Goya con una media sonrisa.

—Esto no tiene sentido —dirá esa misma tarde el fiscal Santórsola.

Goya y Aneth hablarán con él en la oficina de Sotomayor.

—No es una prueba —dirá Sotomayor—, pero es un indicio.

—No podemos pedir un análisis de ADN porque a la señora, a la pobre mujer, se le ocurrió decir Nieto Senetiner. Esto, insisto, no tiene sentido.

—Existen más de cien distintos tipos de uvas —dirá con voz segura Aneth—. Y ella mencionó una de ellas, el *chardonnay*.

—Eso no significa que...

—Solo en Sancaré... —Aneth dará vuelta a la hoja de su libreta—... se comercian setenta y dos marcas de ese varietal. Se-ten-ta-y-dos. No sé ustedes, pero las probabilidades no están de su lado. No soy buena para las matemáticas, pero creo que no fue ninguna casualidad que eligiera justo el vino que encontramos en la escena de nuestra primera víctima.

—Todo lo que ustedes quieran. Pero ya estamos demasiado expuestos, los medios nos sepultarían si le exigiéramos a la señora Gracia un análisis de ADN. No podemos permitirnos más errores.

—Tal vez no sea necesario pedirlo. —Sotomayor se parará y saldrá de su despacho. Goya y Aneth se echarán una mirada cómplice. Sotomayor volverá a los diez minutos con unos papeles enrollados en la mano:

—Flavia Andrea Diaz renunció a su apellido al contraer matrimonio —leerá en voz alta Sotomayor. El resto lo leerá para sí. Dejará los papeles sobre su escritorio y mirará en dirección a Santórsola—. Hace once años conducía en estado de ebriedad y chocó con un auto aparcado en el que una pareja se daba unos arrumacos. El accidente fue grave, el chico debió ser internado de urgencia, casi se desangra. Sin embargo, la cosa no prosperó. Misteriosamente, los perjudicados decidieron no demandarla.

—Arreglaron —dirá con tono aburrido Santórsola.

—Seguramente el arreglo fue beneficioso para las dos partes. El asunto es que aquella vez quedó registrada en la base del Departamento de Tránsito toda la información de la señora, señorita por entonces, Flavia Diaz. No solo sus huellas digitales, también se le extrajo una muestra de saliva. Recordarán que por aquella época debíamos engrosar una base de datos por entonces... digamos, exigua.

—Tenemos su ADN entonces —dirá Goya.

Sotomayor asentirá con un leve movimiento de cabeza.

—¿Crees —Sotomayor le hablará a Santórsola— que si halláramos que coincida con la sangre de nuestro asesino, podrás darnos vía libre?

Los tres lo mirarán a Santórsola.

—Hagan lo que tengan que hacer, espero que no se equivoquen. —El fiscal se levantará, se abrochará el saco y saldrá disparado del despacho de Sotomayor. Aneth cerrará su libreta y le guiñará un ojo a Goya.

—Años de experiencia —murmurará Sotomayor con los ojos fijos en Goya — y quedamos en manos de un inspector alcohólico que juega a ser Sherlock

Holmes y una novata que la hace de Pitágoras.

Capítulo 9

El ADN extraído de la sangre hallada en el apartamento de Silvia Antón, la tercera víctima, que fuera encontrada en segundo lugar, coincidirá con el de la señora Flavia Gracia. De modo que el caso dará un giro de 180 grados. Las huellas digitales de la señora Flavia Gracia se encontrarán en la primera escena del crimen: tres huellas visibles en el cuello de la prueba rotulada como N°. 7, la botella de Nieto Senetiner.

Esta vez, para beneplácito de Goya y Aneth, y también del comandante Sotomayor, la acusada no tendrá coartadas a las que aferrarse. Sus días, testificará, se repetían: de casa al colegio, del colegio a casa, tal vez alguna salida de compras, otra vez al colegio, de vuelta a casa, preparar la cena, bañar a los niños, esperar a que su infiel esposo regrese a casa. Sin coartadas, con motivos obvios, la causa avanzará en esa dirección.

Aneth fue quien debió tocar el timbre de los Gracia con una orden de allanamiento. La propia Flavia los recibió y, apenas abrió la puerta, pareció comprender el motivo por los que una decena de policías se esparcía estratégicamente sobre su jardín.

—Señora Flavia Gracia —le ha dicho Aneth mirándola a los ojos, como se prometió que haría con el feminicida («la» feminicida, en este caso) de las cuatro chicas—, queda usted arrestada por el asesinato... —pronuncia todo esto y lo oye como si lo dijera alguien más. Se ve esposándola como si lo filmara alguien más desde una cámara panorámica, y el resultado es muy diferente al que imaginó cuando se prometió que ella misma se encargaría de encerrar al feminicida. Todo, incluso el traslado en el móvil policial y la detención de la señora Gracia, ha resultado muy distinto de lo que Aneth esperaba.

Por eso ahora, frente al espejo de su propio baño, no puede sostenerle la mirada a esa irritante mujer que hunde sus ojos en los de ella, como acusándola. Por eso se quita la ropa intentando evitar el espejo. Sumerge un pie en la bañera,

luego el otro, y a pesar de la satisfacción que sube por sus piernas a medida que va hundiendo su cuerpo en el agua, hay algo que la incomoda. Algo que la hace sentirse de mil demonios. El móvil ha quedado sobre el botiquín, debe estirarse para alcanzarlo. Lo agarra y se recuesta en el agua fresca, procurando no mojarlo. Entra a YouTube y tipea «Asesino de la bañera». Además de los videos ya reproducidos, pintados en violeta, un video subido hace una hora llama su atención. Es la cara de Lorenzo Gracia quien completa la imagen previa del video: su rostro desconcertado, aturdido al parecer, y justo sobre su nariz, el triángulo acostado que Aneth pulsa para reproducirlo.

A diferencia de lo que hizo la señora Flavia cuando su esposo fue detenido, el abogado levanta la cabeza dispuesto a responder las preguntas del entrevistador. Aneth lo escucha con detenimiento. Lorenzo Gracia dice que todo eso ha destruido a su familia, que se siente culpable. Que jamás hubiera creído que su esposa sería capaz de cosa semejante. Insiste con decir que la culpa es de él. Dos o tres veces lo dice: «Si yo hubiera honrado nuestro matrimonio, como todo hombre de bien debe hacer, esto no habría sucedido. Yo, y no otro, soy el culpable». Aneth dobla las rodillas, pone pausa. Piensa. Vuelve a darle *play*. «Espero que nuestros hijos nos perdonen algún día», dice el muy canalla. Una llamada interrumpe la reproducción del video. Es Goya:

—¿En qué andas, compañera?

—Hola, jefe. No mucho para contar. Intento descansar un poco. ¿Pasó algo?

—Acaba de llamarme Sotomayor. Parece que hay un nuevo caso en puerta.

—Estaba pensando. Bah, mi cabeza... no para, ya lo sabes.

—No pienses, Aneth. Debes aprender a soltar. Si permites que tu cabeza se aferre con uñas y dientes a cada caso, vas a pasarte la vida girando en círculos.

—Tengo la sensación de que...

—Tienes la sensación de que la esposa del abogado no es culpable, lo sé. Imaginaba que apenas te enteraras de la suerte de nuestro querido abogado comenzarías con esto.

—¿De qué suerte me hablas, Guillermo? —Muy pocas veces lo llamaba por

su nombre y lo tuteaba. Solo se lo permitía cuando no estaban trabajando, si es que en algún momento no lo hacían.

—¿No lo sabes? Resulta que tenían un acuerdo prenupcial, por lo que tras la sentencia, y no dudes de que habrá sentencia, él dispondrá de los bienes de ambos. ¿Eres capaz de imaginar de cuánto estamos hablando?

—Mucho dinero seguramente.

—Y propiedades por todo el continente. —Se oye el ruido de unas botellas —. Vaya que tendrá para gastarse en el casino este hombre.

—Estás bebiendo.

—Adivina qué.

—No lo sé, ¿[Johnnie Walker](#)?

—*Chardonnay* cosecha 2004, Aneth, de nuestra bodega predilecta: Nieto Senetiner.

—Tengo miedo, jefe.

—Supéralo. No somos útiles si nos dejamos devorar por el miedo.

—Tal vez debería emborracharme.

—Ese sería un buen plan, si es que quieres arruinar tu prometedora carrera.

—Creo que el maldito nos ha engañado.

—Descansa, Aneth. Yo me hago cargo de Sotomayor. Descansa, tómate el día. Mañana a primera hora te cuento las novedades.

—Sí, jefe —resopla como queriendo desperezarse. Goya corta la llamada.

La cabeza de Aneth, a pesar de sus intentos de olvidarse del caso, insiste en darle vueltas y vueltas. Piensa que, si ella quisiera, si fuera que se hallara en serios problemas porque le debe mucho dinero a un prestamista peligroso como el tal Illescas, o porque los hombres con los que se acuesta han comenzado a ponerse pesados y pelagra su matrimonio, podría fácilmente librarse del asunto sin demasiados problemas. Asesinaría a los tipos que le exigiesen que se separe de su esposo y se encargaría de plantar pruebas falsas. Se zafaría de las acusaciones con la facilidad que sus conocimientos le dan, que no son muy distintos a los de un abogado. Incluso, hasta podría inculpar al propio Goya. ¡Eso

sí que sería sencillo! Iría a su apartamento con cualquier excusa. Y cuando él se descuidara, ella sacaría la botella vacía del *chardonnay* que ahora bebe en soledad, se la llevaría consigo y no tendría más que volver a cargarla y dejarla visible en la nevera de alguno de esos tipos. Así de fácil.

Se dice que sería demasiado. Que para planear un crimen tan evidente hay que ser un ser muy despiadado. Que se trata de matar a sangre fría a personas que te conocen como nadie, que habría que ser el peor de los canallas para permitir que tu pareja vaya a prisión de por vida.

Procura eliminar esas ideas de su cabeza. Cierra los ojos, la mano del móvil lejos del agua. Es desobediente su cabeza, no para. Aneth vuelve a abrir los ojos, abre otra vez YouTube, otra vez le da *play*. Ahora Lorenzo Gracia dirige sus ojos hacia la cámara, como si la mirara a ella. Y esa mirada, aunque la idea es caprichosa, a ella le resulta muy parecida a la que imaginó cuando se dijo que metería tras las rejas al asesino. Lorenzo Gracia dice, vuelve a decir, que él es el culpable de todo. No dice responsable, que es lo que diría un abogado que sabe la diferencia y las implicancias de una y otra palabra.

«Que se sepa, lo digo profundamente arrepentido: el culpable de todo esto soy yo».

Aneth bloquea el móvil. Vuelve a cerrar los ojos. Se dice que, de una forma u otra, eso es verdad. La culpa de todo es de él.

Sin embargo, no puede dejar de sentir culpa ella también. Por eso es que no ha podido mirarse al espejo. Porque ella también se siente culpable.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a raul@raulgarbantes.com.

También me puedes encontrar en:

www.raulgarbantes.com

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Otras obras del autor

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga

La Caída de una Diva (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)

Fuego Cruzado (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)

Noche Criminal

Suicidas del Aspa

Conspiración Marcial (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 1)

Cacería Implacable (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 2)

Legado Corrupto (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho nº 3)

La Última Bala

El Silencio de Lucía

El Palacio de la Inocencia

Resplandor en el Bosque

Pesadilla en el Hospital General

Mirada Obsesiva

El Asesino del Lago (Misterios de Blue Lake 1)

El Misterio del Lago (Misterios de Blue Lake 2)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinatos, crímenes y misterios

Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de misterio, intriga y conspiraciones

Colección Completa de Misterio y Suspense (8 novelas)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)

Sombra Infernal

Detonación Inminente

El Ausente

[Tiroteo](#)

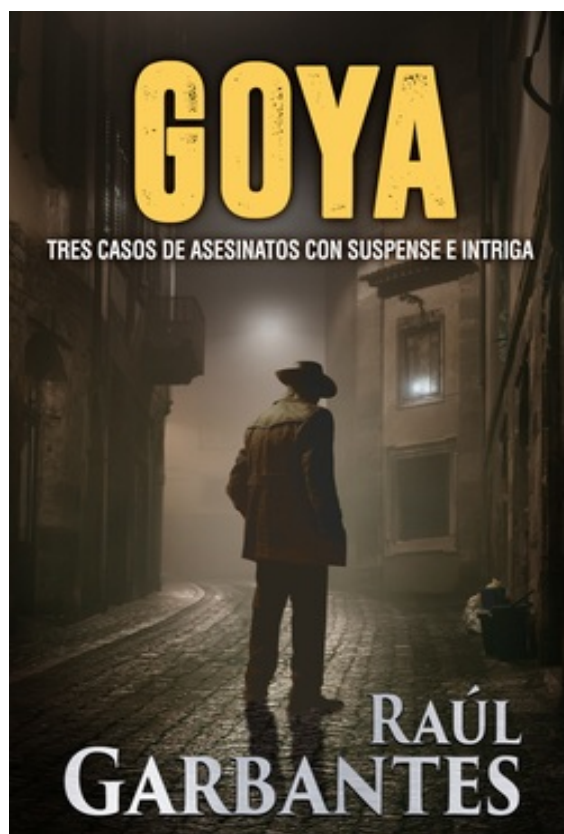
[Atentado en Manhattan](#)

[El rapto de Daniel Evans](#)

[Miedo en los Ojos](#)

[Juegos Mortales](#)

Goya: Tres casos de asesinatos con suspense e intriga



La ciudad de Sancaré se torna cada vez más caótica e insegura, hundiéndose en un abismo de violencia y corrupción, en donde el crimen está a la orden del día.

El detective Guillermo Goya debe investigar junto a su compañero, Marcelo Pérez, tres casos que conmocionan a toda la población: el aparente suicidio de una poetisa, el brutal asesinato de una mujer y la muerte de dos adolescentes.

Pero ¿Qué precio tiene la verdad? La obsesión de Goya por descubrir los secretos ocultos tras estos sombríos episodios, lo llevará a descuidar sus vínculos familiares y a poner en riesgo su propia vida.

Raúl Garbantes nos ofrece esta precuela de su obra *La Caída de una Diva*. En *Goya* podrás conocer el pasado de este enigmático detective y adentrarte junto a él en una atrayente trama de intriga y suspenso, a través de tres intrigantes

relatos cortos: «Los traicionados», «El fraile» y «El jugador».

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Caída de una Diva (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo n° 1)



Una mujer es encontrada sin vida en el Teatro Imperial de la ciudad de Sancaré. El cuerpo de la famosa diva Paula Rosales está inerte entre las luces y vestuarios de su camerino.

Para investigar lo que se esconde detrás de este oscuro episodio es designada Aneth Castillo, una detective principiante que recién llega a la capital buscando cambiar de aires y explorar nuevos rumbos.

Aneth es dedicada y perspicaz, pero no podrá resolver este caso sin la ayuda del detective Guillermo Goya, un astuto veterano con un pasado turbulento, que ha abandonado todo por su adicción a las drogas y al alcohol.

La diva Paula Rosales parecía tener una vida de ensueño, con una carrera exitosa y un hombre que la amaba, pero ¿qué ocultaba detrás de esa sonrisa de espectáculo?

Aneth y Goya emprenderán una minuciosa investigación en un mundo lleno de intrigas, rodeado por una atmósfera cautivadora e inquietante, en donde nada ni nadie es realmente lo que parece.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Fuego Cruzado (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



La pequeña hija de un millonario de la ciudad de Sancaré desaparece misteriosamente y la policía presume que ha sido secuestrada.

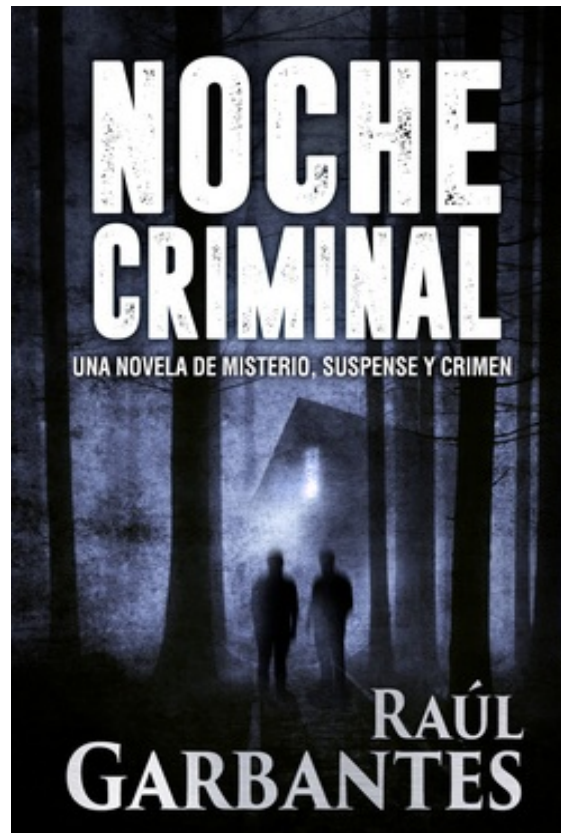
Mientras el inspector Goya se recupera en una clínica por su problema de adicciones, el caso se le asigna a la detective Aneth Castillo. Ella tendrá esta vez la ayuda de Matías Vélez, su nuevo compañero de trabajo, por quien se siente sumamente atraída.

En mitad de la investigación, el humilde barrio de La Favorita sufre un gran incendio que provoca numerosas muertes y destruye los hogares de cientos de personas. Al parecer, este episodio tiene una conexión con el secuestro de la niña y oculta detrás muchos secretos que involucran a personalidades reconocidas de la ciudad.

Con la fortaleza y sagacidad que la caracterizan, Aneth Castillo se adentrará en el lado oscuro de Sancaré y no parará hasta resolver el caso y sacar a la luz toda la verdad..

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Noche Criminal



Seis jóvenes deciden ir a pasar un fin de semana a una casa de campo, con motivo de festejar la graduación universitaria del más querido de todos: Raúl.

Desde el inicio del viaje comienzan a surgir ciertos conflictos en el grupo, principalmente entre Tiago y Tomás, generándose un clima de tensión constante que irá creciendo a lo largo de todo el fin de semana.

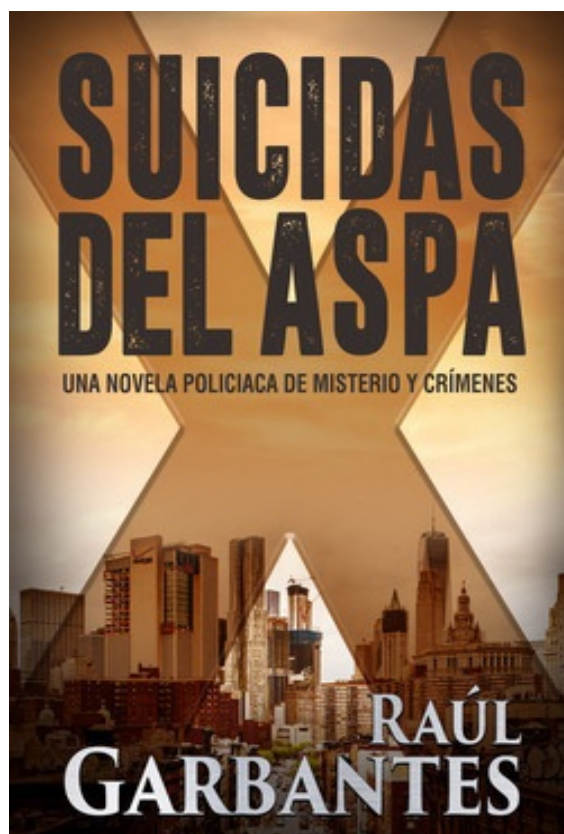
Durante la segunda noche, los amigos organizan una fiesta de celebración y preparan una abundante cantidad de bebidas alcohólicas. Con el paso de las horas, las tensiones acumuladas van aumentando cada vez más hasta salirse de control por completo.

Lo que iba a ser un divertido plan entre amigos, terminará convirtiéndose en la peor pesadilla de sus vidas tras producirse un trágico episodio: el extraño

asesinato de uno de ellos.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Suicidas del Aspa



10 a.m., Gotemburgo, Suecia. Un hombre se arroja por un precipicio con su auto, perdiendo así la vida. El suceso conmociona a toda la ciudad y atrae la atención de periodistas y grandes medios de comunicación.

Todas las evidencias indican que fue un suicidio, sin embargo, este es ya el tercero en menos de dos meses y comparte ciertas características con los anteriores: hombres de mediana edad pertenecientes a la élite poderosa de la ciudad que se suicidan a las 10 a.m. ¿Simple casualidad?

El único que se atreve a cuestionar la hipótesis del suicidio es el intrépido sargento Josef Lund, quien sostiene que existe una relación entre estas tres muertes, aparentemente vinculadas a una organización criminal secreta.

Lund tendrá que lidiar con el escepticismo de su jefe, el inspector Viktor

Ström, e investigar en profundidad cada caso para poder descubrir lo que realmente se oculta detrás de estos episodios. El tiempo corre en su contra y deberá actuar rápidamente antes de que ocurra un nuevo crimen.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Conspiración Marcial (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho
nº 1)



Illinois, 1968. El detective privado Nathan Jericho, hombre muy inteligente, un tanto anticuado y de mal carácter, es contratado para investigar un misterioso caso relacionado a la existencia de un proyecto conspirativo, nacido en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Al adentrarse en la investigación, Jericho hace un descubrimiento que cambiará su vida por completo: el proyecto tiene una estrecha conexión con su historia personal y su pasado como huérfano.

Este caso llevará a nuestro detective por un peligroso laberinto de intrigas y secretos, en el que están involucrados grandes intereses y poderosos personajes. Pero para Jericho será mucho más que un desafío profesional, tendrá que

enfrentarse a los fantasmas de su propio pasado y encontrar respuestas a las preguntas que lo han atormentado durante toda la vida: ¿Por qué lo abandonaron en un orfanato? ¿Qué significa el tatuaje Jericho grabado en su piel? ¿Por qué esta conspiración es denominada Proyecto Jericho?

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Cacería Implacable (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho n°
2)



Después de sobrevivir a una explosión que le costó la vida a su jefe y compañero, el detective Nathan Jericho deberá continuar solo la investigación en torno al Proyecto Jericho, una conspiración gestada durante la Segunda Guerra Mundial, que buscaba crear armas humanas.

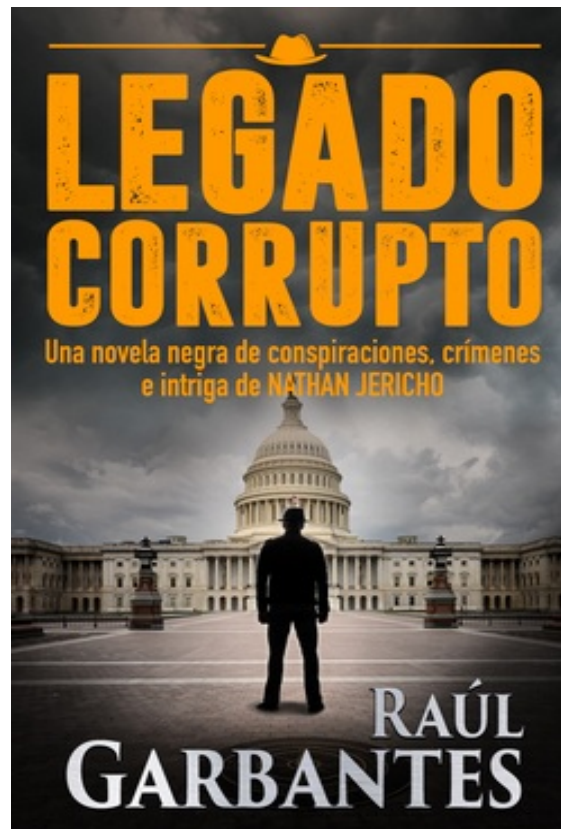
Jericho descubre que fue víctima de este plan macabro durante su infancia, pero no puede recordar los detalles del pasado. Para complicar aún más el caso, las personas poderosas que están detrás del proyecto le tienden una trampa y logran que la policía lo persiga por asesinatos que no cometió.

Solo y prófugo de la ley, nuestro detective tendrá que utilizar todo su ingenio para seguir adelante con la investigación más importante de su trayectoria

profesional, y sin duda, la más significativa a nivel personal. Resolver este caso es un deber que Jericho tiene con el mundo y consigo mismo.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Legado Corrupto (Serie de suspenso y misterio del detective Nathan Jericho n°
3)



Tras la elección de Richard Nixon como presidente de los Estados Unidos, sus partidarios comienzan a elucubrar un plan para reactivar el antiguo Proyecto Jericho, creado durante la Segunda Guerra Mundial con el propósito de formar un ejército de supersoldados, utilizando niños como sujetos de prueba.

Ante esta tentativa, el detective Nathan Jericho y sus compañeros Damascus y Anezka, se unen a un grupo llamado Los Conspiradores, que trabaja para acabar con el mandato del presidente Nixon y evitar que aquel oscuro plan prospere.

A medida que la misión se desarrolla, Jericho y Damascus, quienes fueron víctimas del Proyecto Jericho, van dejando atrás viejas disputas del pasado y fortalecen su vínculo, dispuestos a poner fin definitivo al horror que marcó su

infancia y la de muchos niños.

Las cartas están sobre la mesa y las consecuencias de una mala jugada pueden ser catastróficas. Cualquier paso en falso pondrá en peligro la seguridad del mundo entero.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

La Última Bala



Una serie de misteriosos asesinatos alteran la tranquilidad de todos los habitantes de Seattle. Al parecer, los crímenes poseen características en común y las víctimas no son elegidas azarosamente, hay historias que las unen.

Este caso le será sin duda asignado a Olivert Crane, el detective más reconocido de Seattle.

¿Quién es el artífice de este plan siniestro? ¿Cuáles son sus razones para matar? ¿Qué demonios habitan el alma de un asesino?

Con una larga lista de sospechosos y pocas pistas contundentes, Oliver tendrá que llevar a cabo una exhaustiva investigación y descubrir la identidad de un criminal que recurrirá a los métodos más extraños para no ser atrapado.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Silencio de Lucía



Tras una fuerte pelea con Darío, Lucía comienza a replantearse el rumbo de su vida y decide regresar a la isla en la que nació.

Su estadía allí transcurre entre recuerdos, dudas y reflexiones. Las preguntas existenciales que la han acompañado siempre, volverán a su mente y la obligarán a buscar nuevas respuestas, a enfrentarse a viejos fantasmas del pasado y a romper al fin el silencio.

¿Es posible vivir en la desesperación y no desear la muerte?

Esta novela de Raúl Garbantes nos introduce en un universo introspectivo, a través de historias y personajes que indagan sobre el deseo, el sufrimiento y la vida del hombre.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Palacio de la Inocencia



En medio de una noche llena de pesadillas, Diana recibe una llamada que cambiará su vida por completo. Su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue aparentemente secuestrada por el asesino.

Tras estos terribles episodios, Diana y Justo, el jefe del Departamento de Homicidios, comienzan una exhaustiva investigación para poder encontrar a Mina y revelar la identidad del culpable.

En un principio, la policía no logra descubrir demasiadas pistas y la búsqueda se complica aún más por la falta de información sobre Bárbara, quien llevaba una vida llena de misterios y secretos.

El teléfono suena nuevamente. Una extraña voz deja un mensaje encriptado en un acertijo. En una carrera contra reloj, Diana deberá descifrar el enigma para

poder hallar a su sobrina y desenmascarar al asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah y su padre viajan en auto de regreso a casa. En el trayecto, pasan por el sombrío bosque en el que su madre desapareció hace cinco años. De repente, una sensación escalofriante recorre el cuerpo de la niña. Al mismo tiempo un venado cruza por la carretera, provocando un accidente en el que Sarah sale bruscamente despedida hacia el bosque.

Tras abrir los ojos, la pequeña toma consciencia de que se halla inmersa en una de sus peores pesadillas: está perdida en el mismo bosque que se tragó a su madre.

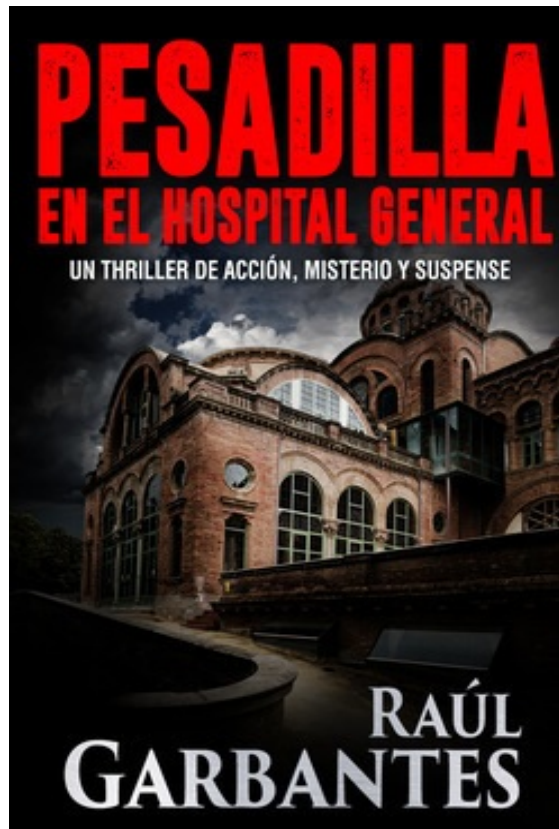
¿Sera esto causa del destino? ¿Podrá Sarah sortear el temor que la invade y salir ilesa de este horrible suceso? ¿Guardará este hecho alguna relación con la extraña desaparición de su madre?

El autor Raúl Garbantes nos sorprende nuevamente con una alucinante

trama, rodeada de misterio y suspense.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Pesadilla en el Hospital General



Julián Torres es un joven médico que trabaja en la guardia nocturna de un hospital de la capital, ciudad viciada por el crimen y la ilegalidad. Su vida da un giro radical cuando un extraño paciente llega a la sala de emergencias.

El hombre presenta golpes y heridas por todo el cuerpo pero, tras realizar los exámenes pertinentes, los médicos afirman que no hay graves problemas internos. Julián le comunica los resultados al paciente para tranquilizarlo pero éste le asegura con firmeza que igual va a morir. Luego, le pide que tome una fotografía del extraño tatuaje que lleva en el brazo y le entrega una cadena que cuelga de su cuello.

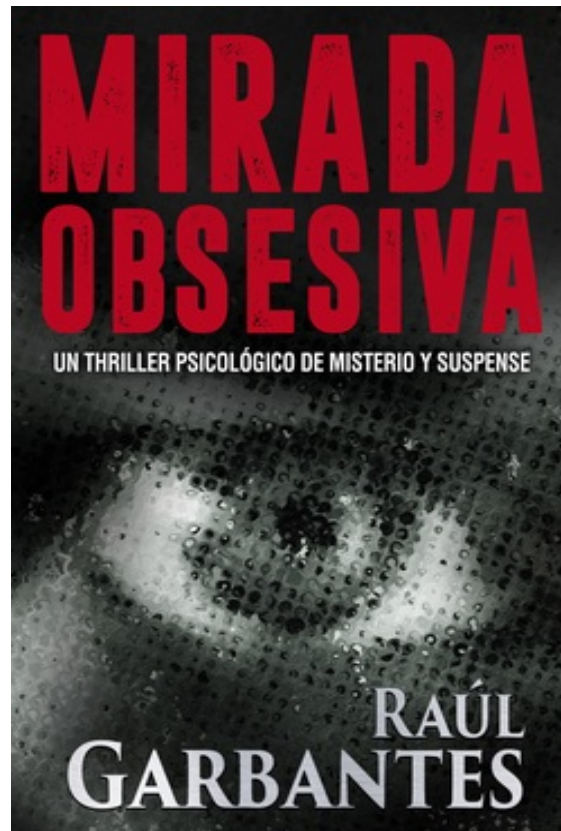
Al cabo de unos minutos, el hombre muere repentinamente, a causa de un supuesto paro cardíaco. Julián, pasmado por la noticia, recuerda sus últimas palabras: “Esta ciudad tiene la culpa. Toda esta ciudad es cómplice. Está sucia.

Usted parece un tipo inteligente, sabrá donde usar la llave”.

Para averiguar las reales causas de su muerte, Julián deberá adentrarse en asuntos que van mucho más allá de su profesión, e investigar a fondo la red criminal que atraviesa la ciudad.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Mirada Obsesiva



Valeria Gómez es una mujer joven y exitosa que lleva una vida ordenada y metódica. La mueve un fuerte afán de controlar todo cuanto está a su alrededor, sin dejar nada al azar. Sus días transcurren entre el trabajo, su apartamento minimalista y el cuidado de sus plantas.

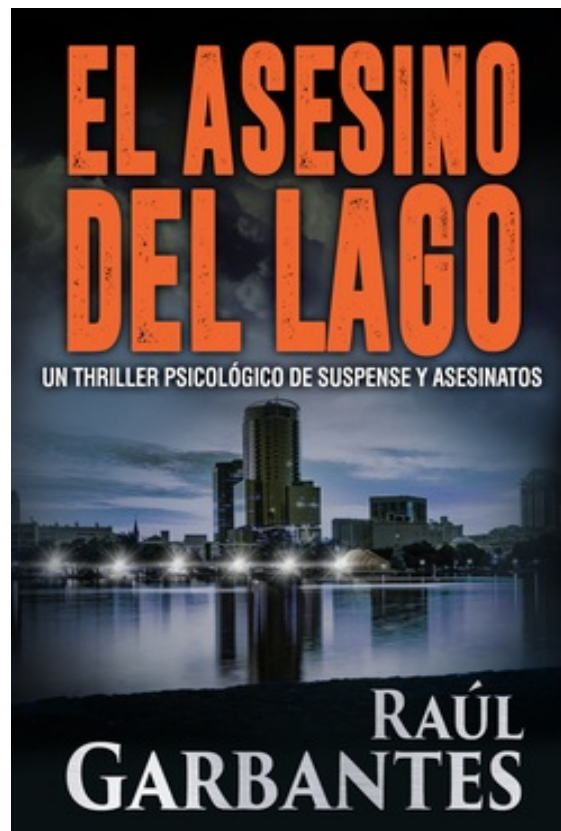
No obstante, de un momento a otro, su vida deviene en un caos: alguien comienza a observarla y a acosarla incesantemente. El acosador parece estar obsesionado con las miradas, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos.

¿Quién es este sujeto? ¿Con qué fin la atormenta?

El miedo y la angustia llevarán a Valeria a los lugares más oscuros de su mente. Descubrirlo será crucial para no terminar perdida en el abismo de la locura.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Asesino del Lago (Misterios de Blue Lake parte 1)



La familia Peterson tiene una vida aparentemente tranquila y feliz en un bello departamento con vista al lago, en una zona residencial de la ciudad. Pero este estado de calma se ve alterado cuando su vecino de enfrente es misteriosamente asesinado.

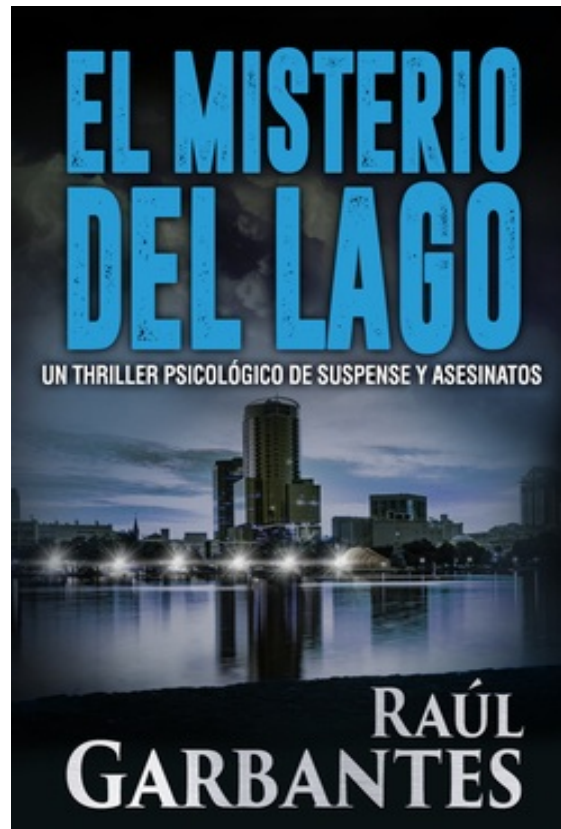
Tras este episodio, Gloria, la viuda de la víctima, queda viviendo sola y pierde completamente la cordura. Al poco tiempo, su hermana decide mudarse allí con su marido, quien es policía e investigará el caso de “El asesino del lago”.

Las dos familias vecinas, los Petersons y los Clarks, comenzarán a acercarse y a hacerse amigos, pretendiendo restablecer la calma y volver a la normalidad. Pero en Blue Lake, la paz y la felicidad parecen ser más una fachada que una auténtica realidad.

Después de aquella trágica muerte, se desencadenarán una serie de acontecimientos extraños alrededor de los miembros de estas familias, que no dejarán de intranquilizarlos hasta que se descubra la identidad del asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Misterio del Lago (Misterios de Blue Lake parte 2)



Después de recibir la fatal noticia del asesinato de su mejor amigo, el detective Paul Riviera decide regresar a su ciudad natal para investigar el caso y desenmascarar al famoso “Asesino del lago”.

Con la ayuda de sus compañeros del departamento de homicidios, Paul se adentra en una búsqueda incesante por caminos confusos y misteriosos, llenos de pistas falsas y callejones sin salida, que muchas veces parecen acabar con las esperanzas de encontrar al verdadero culpable.

Este caso llevará a Paul hacia lugares inesperados. Recorriendo las calles en las que creció, se irá encontrando con viejos fantasmas del pasado y con ciertos secretos reveladores de su infancia, a los que tendrá que hacer frente para poder continuar con la investigación.

Su fortaleza, astucia y la firme convicción de justicia, serán sus mejores

aliadas para descubrir la identidad del asesino.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinatos, crímenes y misterios



En esta colección encontrarás dos novelas de asesinatos crímenes y misterios que te harán estremecer: El Asesino del Lago y El Misterio del Lago.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de misterio, intriga y conspiraciones



Esta colección contiene las tres novelas de la serie Nathan Jericho: Conspiración Marcial, Cacería Implacable y Legado Corrupto.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Colección Completa de Misterio y Suspense (8 novelas)



Una colección completa con ocho de las mejores novelas de misterio y suspense de Raúl Garbantes.

Disponible en Amazon – Adquiere-la [AQUÍ](#)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Diez de las mejores novelas de Raúl Garbantes en una sola colección

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Sombra Infernal



El sonido de la hélice de un helicóptero perturba la tranquilidad de la noche. Las balas de una ametralladora atraviesan el cristal de una ventana, destrozando todo a su paso. El sicario Thomas Tanner se levanta del suelo y ve con espanto el cuerpo acribillado de su novia.

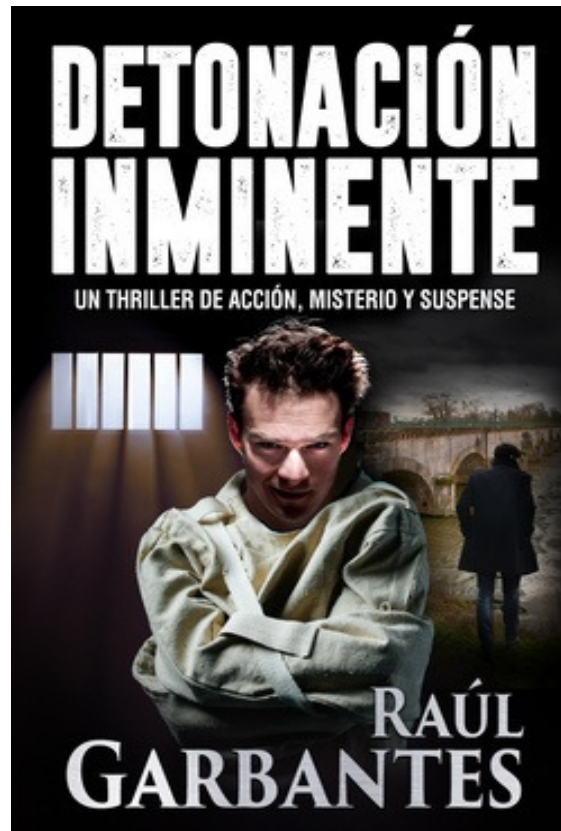
Rápidamente, Tanner abandona la habitación, lleno de rabia y de dolor, tratando de imaginar quién o quiénes podrían estar detrás de este brutal episodio y por qué habrían querido matarlo. Un nombre viene a su mente: La Sombra, un mítico asesino sin rostro, que mata por motivos más oscuros de los que cualquiera puede imaginarse.

Antes de aniquilarlo, La Sombra intentará debilitarlo mental y moralmente. Para sobrevivir, Tanner tendrá que analizar sus extraños métodos y jugar su propio juego. El duelo es a muerte y cualquier paso en falso podría arrastrarlo

hacia el infierno mismo.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Detonación Inminente



Una llamada desesperada advierte a la Policía Metropolitana de Londres sobre la pronta explosión de una bomba.

El aviso proviene de una profesora de escuela que realiza tareas humanitarias en la prisión de Woodhill. Uno de los presos con los que ella trabaja se atribuye la autoría del plan: Leonard Matheson, un psicópata con un complicado pasado militar, que está recluido en el pabellón de enfermos mentales.

¿Dónde tiene Matheson escondida la bomba? ¿Quiénes son sus cómplices? ¿Qué objetivos se ocultan detrás de este plan?

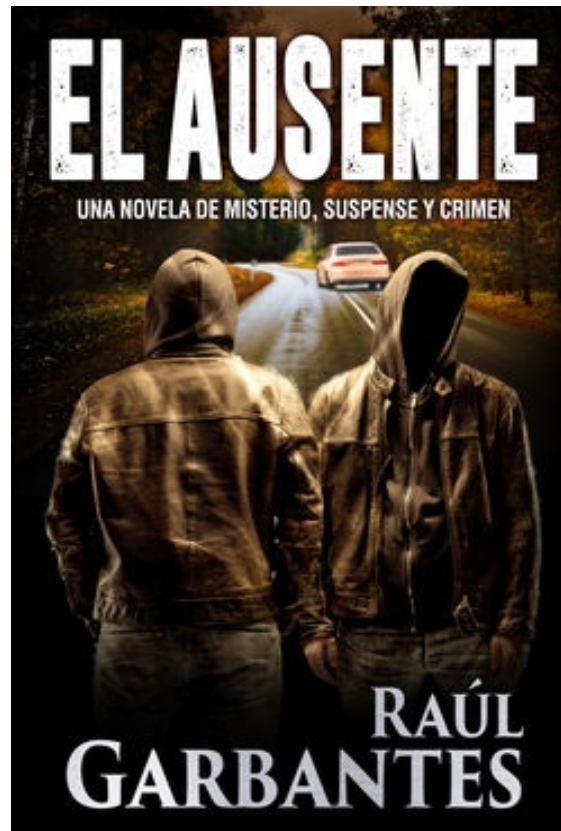
El agente secreto Ernest Harris y su compañera Lynn, deberán resolver estos interrogantes y actuar rápidamente para rastrear el paradero de la bomba y desactivarla antes de que el tiempo se agote.

Cada minuto que pasa aumenta la tensión en esta fabulosa novela de Raúl

Garbantes, que nos atrapa en una trama llena de intrigas, misterio y suspenso.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Ausente



Cansada de la falta de compañerismo de sus colegas en el trabajo y afectada por una dolorosa ruptura de pareja, Lydia Chen, terapeuta para personas con necesidades especiales, deja su puesto en la Universidad de Emory y decide mudarse a las afueras de Savannah, un pequeño poblado en el sur de los Estados Unidos.

Al llegar al pueblo, es invitada por las autoridades a colaborar en el extraño caso de Stanley, un joven autista que regresa a casa de sus padres después de haber estado desaparecido durante una década.

Lydia, con la ayuda del detective David Wilson, deberá adentrarse en el misterioso mundo de Stanley, tratando de descifrar todas las señales para reconstruir así la historia de los pasados diez años.

¿Cuáles fueron los motivos por los que desapareció Stanley? ¿Qué ocurrió

realmente durante su ausencia? ¿Tienen sus padres algo que ver con todo lo sucedido?

A medida que la investigación avanza, Lydia descubrirá que la historia esconde muchos más secretos de los que cualquiera podría haber imaginado.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Tiroteo



Seward es un pequeño y apacible pueblo donde todos se conocen y la tranquilidad reina en las calles, pero una trágica noticia cambia el rumbo de las cosas: Mason, el hijo de la familia Powell, muere en un tiroteo con la policía. Para sorpresa de la gente, a nadie se le permite recoger el cadáver, ni entrar en la zona del incidente.

Annie Peterson, una reportera joven y ambiciosa, decide investigar el caso con el objetivo de lograr reconocimiento en todo el país, y se propone utilizar todos los métodos que sean necesarios para resolverlo antes que el resto.

En el proceso de su investigación, rodeada de secretos y misterios, Annie notará que el asunto es mucho más peligroso de lo que sospechaba y que Seward no es el pueblo tranquilo que muchos pretendían hacerle creer.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Atentado en Manhattan



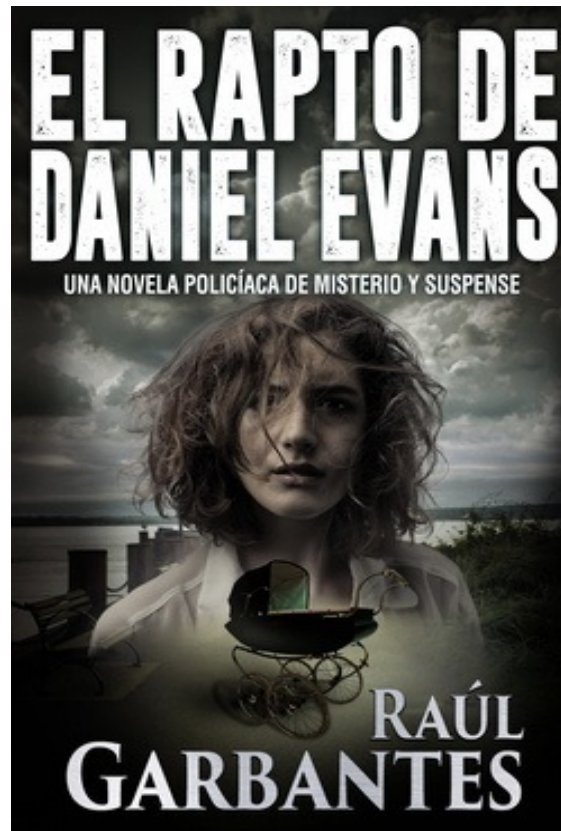
El teléfono suena y nadie contesta. Phillip yace tendido en el sofá, borracho como siempre desde que regresó de combatir en Irak. Las noticias en la TV anuncian la alarma en la ciudad de Manhattan: una explosión hizo volar por los aires al emblemático edificio postal James A. Farley.

La información no es clara, sin embargo, Phillip ve el fuego que aún no se extingue en la diminuta pantalla de la TV. Luchando con la resaca, él se da cuenta de todo: Atrapada entre los escombros, llena de heridas, se encuentra Lillian, su mujer embarazada, quien había ido al correo con los papeles que él había olvidado llevar.

Este suceso no sólo cambiará por completo la vida de Phillip, abrirá además, una herida profunda en la ciudad de Nueva York.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El rapto de Daniel Evans



Vancouver, Canada. George Devon es un detective obsesionado con resolver casos asociados a desapariciones de niños o maltrato infantil. Su nueva asignación es la denuncia por el secuestro de un bebé. Las dos denunciantes son dos hermanas con características diametralmente opuestas. Diana Evans es la madre del niño y está muy enferma. Sheila Roberts es la tía y fue la última persona que vio el niño antes de que desapareciera.

Este nuevo caso confronta a Devon con los demonios de su pasado como huérfano cuando fue un niño vendido por sus padres drogadictos. Debido a su propia experiencia, el detective comienza a tener sus propias sospechas al margen de los testimonios oficiales y comienza a imaginar la posibilidad de que alguien no está diciendo toda la verdad. Un drama detectivesco con secretos

familiares en donde la belleza de Vancouver se ve ensombrecida por la delincuencia de los bajos fondos.

Miedo en los Ojos



Alexis Carter, una terapeuta que reside en la ciudad de Topeka, Kansas, está aburrida de su trabajo. Siente que necesita más acción en su vida, así que decide entrar a trabajar como perfiladora criminal en la policía de la ciudad.

Lo que Alexis no sabe, es que justo en ese momento, un asesino serial de niños está aterrorizando la ciudad.

¿Será Alexis la encargada de descubrir al criminal? ¿Podrá resolver los espantosos crímenes que la ciudad ha visto en años? Tal vez. Pero, para hacerlo, ella pondrá muchas cosas en juego. Incluso su propia vida.

Juegos Mortales



Charles Denver ha comprado la mansión Hunting Downs, una emblemática residencia ubicada en el pueblo inglés de Ambercot. Charles se la pasa encerrado en su estudio, leyendo sus libros y tratando de escribir uno propio. Eso cuando no se dedica a pasar el tiempo con su prometida: Louise Default.

Es justamente Louise quien convence a Charles de abrir su mansión a los habitantes del pueblo, y ofrecer una fiesta. Esto coincide con dos envíos postales de procedencia dudosa: una carta inquietante que recibe Charles, y un equívoco folleto que recibe Louise. El folleto habla de «La búsqueda del tesoro», un juego en apariencia inocente. La carta habla de unos «restos del pasado» ocultos en Hunting Downs.

Al momento de celebrar la fiesta, la tragedia golpeará las puertas de la casa.

Y las supuestas casualidades y errores empezarán a revelarse como lo que realmente son: oscuras manipulaciones, pasadizos que llevarán a los investigadores del caso a un pasado cruel y tortuoso.

Como todo pueblo, Ambercot tiene sus secretos y sus miserias. En lo más recóndito de Hunting Downs, el pasado está más vivo que nunca, y se abre paso a través de los años y del olvido.